

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 26 junio - 2 julio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 343

¿QUIEN MANDARA EN ARGENTINA?

EL GENERAL
LUCERO,
UN HOMBRE
CLAVE



El general Perón abraza al general Lucero

LA IGLESIA
NADA TIENE
QUE VER EN
LA REVUELTA

REBELION COMUNISTA EN TRIESTE

Andanzas de Vidali, jefe del P. C. triestino (página 55)
del Director a don Juan Tudeña (pág. 7) * «Julio César» vuelve a España, por Enrique Ruiz García, ensayo especial (pág. 9) * Entrevista a Joaquín Pérez Madrigal, por Alberto Barra (pág. 13) * La «sardana» en tres mil pueblos catalanes, por Jaime Pol Girbal (pág. 17) * El programa de las oportunidades vitales, por Antonio Robert (pág. 21) * La vida en los conventos de clausura de San Sebastián, por María Jesús Echevarría, enviado especial (pág. 22) * Teatro de la Zarzuela (pág. 27) * Para las vacaciones, acuérdesese de los cineeros, por Octavio Aparicio (página 32) * El auge del motel en Norteamérica (pág. 46) * La opinión de intelectuales, por Raymond Aron (pág. 52) * La invitación de Rusia a Adenauer, por M. Blanco Tobío (página 58)
hombre a cuyos ojos les fué otorgado verlo todo hermoso
pela por Carmen Conde (pág. 38)



Ellas lo dicen...

LOS HOMBRES TAMBIEN LO NECESITAN

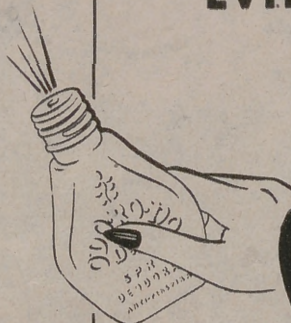
La transpiración no es patrimonio del sexo débil. Y sus desagradables consecuencias no pueden imputarse sólo a la mitad del género humano. Los trajes masculinos se impregnan lo mismo o más, que los femeninos. El remedio es también idéntico para los dos:



- ODO-RO-NO Normal (Rojo)
- ODO-RO-NO Instant (Incoloro)
- CREMA ODO-RO-NO
- ATOMIZADOR ODO-RO-NO

Ultima novedad. Se maneja como los pulverizadores.

MUY PRACTICO PARA HOMBRES y uso rápido y frecuente.



ODO-RO-NO

EVITA LAS MOLESTIAS DEL SUDOR

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



El Presidente Perón conferencia con el Gobernador de Buenos Aires, Carlos Aloc, sobre el desarrollo de la sublevación de la Marina. Al fondo, el general Lucero

AL MEDIODIA, LAS PRIMERAS BOMBAS

El jueves 16 de junio de 1955 amaneció en Buenos Aires un día gris oscuro, con un cielo bajo, encapotado de nubes sólidas, que cerraban la plaza de Mayo como un toldo gigantesco. Un día más del otoño argentino. Al que el genio no concedió mucha importancia.

A las doce volaban sobre la capital, precisamente sobre la catedral y el palacio del Gobierno, una escuadrilla de aviones a reacción. Se marcaban en el cielo solemnemente las nubecillas blancas, estiradas y estrechas que suelen dejar a su paso. Todo el mundo sabía que cumplían un objetivo: volar, rindiendo homenaje sobre la catedral, que cierra por un lado el gigantesco cuadrilátero de la plaza de Mayo, donde están encerradas las cenizas del Libertador de la Argentina, general San Martín.

Por la avenida de Mayo comenzaban a circular, como tabuloso enjambre, muchas gentes que salían de las oficinas y de los comercios. Todo estaba en calma. Las gentes miraban al cielo, tranquilas, con los ojos sin prisa, cuando un grito de terror se extendió a lo largo de las plazas y de las calles:

¿QUIEN MANDARA EN ARGENTINA?

El general Lucero, un hombre clave

LA IGLESIA NADA TIENE QUE VER EN LA REVUELTA

«¡Los aviones bombardean!» Así era, efectivamente. Claras y negras, sobre la gris urdimbre del cielo, se divisaban las bombas. Ya se sabe que es durante unos segundos. Pero fueron suficientes para una desbandada pavorosa y precipitada hacia los portales próximos. En uno de ellos, precisamente en una de las calles que convergen a la avenida de Mayo, un grupo de personas entró en un portal y cerró inmediatamente la puerta. Y en la calle, llamando desesperadamente con los puños, quedó una joven señora. A esa hora estaban las primeras bombas. Eran, justamente, las 12 horas y 32 minutos del día 16.

LA CASA ROSADA, EL OBJETIVO NUMERO UNO

Estaba claro que el objetivo principal de la aviación era el palacio del Gobierno, la famosa Casa Rosada. La Casa Rosada, de vieja y clásica arquitectura colonial española, es un palacio enorme que tiene dos fachadas importantes: la que da a la plaza de Mayo y la que mira a la de Cristóbal Colón, de cara ya, en cierta manera, al Río de la Plata.

Sin embargo, a pesar de la escasa altura y la sorpresa, los aviadores no afinaron la puntería. Las primeras bombas cayeron sobre un edificio ministerial que

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
 QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
 QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

está muy próximo, atravesando una calle, de la Casa Rosada. Ese edificio, muy conocido en Buenos Aires, es el ministerio de Finanzas. Alguna de las bombas atravesaron en toda su altura el edificio y provocaron numerosos destrozos. También las primeras vidas humanas.

LOS MARINEROS, SUBLEVADOS

Casi al tiempo que caían sobre el ministerio de Finanzas las primeras bombas llegaban del puerto una docena de camiones, que situaban en pie de guerra, armados de ametralladoras, a unos cuatrocientos marinos. El golpe debía estar perfectamente organizado porque, sin perder un instante, armaron las ametralladoras y comenzaron a disparar directamente las primeras granadas sobre el palacio del Gobierno.

Toda la plaza de Mayo era punto de cita para la batalla. Lo más grave era, sobre todo para los ciudadanos, que andaban cuerpo a tierra por las calles, que comenzaba en toda regla la reacción de los granaderos del palacio. Los granaderos, llamados de San Martín, forman una tropa clásica y vistosa de Buenos Aires. Conservan el uniforme azul y rojo, las altas botas y el «shako» napoleónicos de principios del siglo XIX.

Al organizarse la resistencia de la Casa Rosada, los marinos buscaron dos puntos nuevos de ataque. Por un lado ocupan el ministerio de Marina, que les abre las puertas, y por el otro, desde el Automóvil Club, en la plaza de Córdoba, comienzan un ataque en semicírculo.

Tropas del Ejército comienzan a aparecer, con grandes tanques «Sherman» norteamericanos, en la plaza de Mayo. Hay un momento de calma que se aprovecha para retirar a los heridos. La batalla se desplaza hacia Cristóbal Colón, mientras los marinos se hacen fuertes, en última instancia, en las arcadas de la avenida Leandro Alem.

A la plaza de Mayo comienzan a llegar, armados, los sindicalistas de Perón, que se guardan en los bancos y detrás de las estatuas. Nadie sabe, en aquellos dramáticos momentos, lo que es del propio Perón. Los sublevados anuncian que ha muerto durante el bombardeo. Un grupo de granaderos que patrullan por las calles dicen que salió de la Casa Rosada diez minutos antes.

Hay ahora una cierta calma. Los disparos suenan más lentamente. Pero a las tres de la tarde comienza de nuevo el bombardeo aéreo. Una ola de aviones, que proceden, al parecer, de las bases de Punta Indio y Morón-Abril, aciertan en esta ocasión el palacio del Gobierno. Un general, Tomás Russo, muere en el bombardeo. Y de pronto, solemnemente, suenan los cañonazos de los barcos de guerra. No se sabe cuál es el que dispara, pero se piensa que sea el «Puy-fredón». Lo cierto es que la plaza de Cristóbal Colón, de hermosa traza, es la primera en sentir sus disparos.

En esos momentos es cuando, con la ciudad cruzada por el fuego de un bando y otro, grupos de hombres armados, que para todo el mundo son «descamisados o justicialistas», y que Perón afirma a su vez que se trata de comunistas, se dirigen hacia la catedral y prenden fuego al obispado. No se han levantado apenas las llamas de este acto bárbaro en plena plaza de Mayo, cuando comienza a arder la iglesia de la Merced.

LA EXCOMUNION AL GOBIERNO Y PERSONAS QUE VIOLAN LOS DERECHOS DE LA IGLESIA CATOLICA

Con los combates de las calles coincidieron en Buenos Aires dos



Una reciente fotografía del general Lucero

sucesos extraordinarios; la excomunión del Gobierno Perón y el incendio de siete iglesias. Estas fueron las de Nuestra Señora de la Merced, la de San Nicolás de Bari, las de Santo Domingo, San Ignacio, San Francisco, San Juan y Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, además, como ya hemos dicho, del obispado, que se encontraba en el centro mismo de la revuelta.

De todo ello la excomunión merece la más delicada atención porque se trata de una medida de la Iglesia de considerable e inestimable importancia.

El decreto de la Congregación

Consistorial anuncia la excomunión de todas las personas que en Argentina han violado los derechos de la Iglesia Católica y han impedido igualmente cumplir a los eclesiásticos los deberes de su cargo. El decreto no menciona al general Perón, pero no existe la menor duda que cae éste y su Gobierno bajo el golpe de la excomunión. El texto de la declaración de la Congregación Consistorial no puede ser más claro:

Teniendo en cuenta que en estos últimos tiempos han sido violados en la Argentina los derechos de la Iglesia Católica, y que la violencia ha sido empleada contra las personas eclesiásticas, y que últimamente no solamente se ha osado poner la mano sobre el excelentísimo Manuel Tato, obispo titular de Aulón y auxiliar del vicario general de la archidiócesis de Buenos Aires, sino que se ha impedido el ejercicio de su jurisdicción y se le ha expulsado del territorio argentino, la Congregación Consistorial declara y advierte que todos aquellos que han cumplido estos delitos, se trate de mandatarios de todo género y de todo grado, de sus cómplices y de aquellos que participaron en el cumplimiento de estos delitos; a aquellos que han inducido a la realización de los mismos, en el caso de que tales delitos no hubiesen sido cometidos sin su participación, han incurrido en la excomunión «latae sententiae», reservada de un modo especial a la Santa Sede, a tenor de los cánones 2.343, párrafo 3; 2.334, número 2; 2.209, párrafos 1, 2 y 3 del Código de Derecho Canónico, y han contraído las demás penas, según los respectivos delitos, a tenor de los sagrados cánones.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación Consistorial, a 16 de junio de 1955. — Firmado: Cardenal Piazza, secretario. José Ferreto, asesor...

Mientras tanto, los dos prelados expulsados de la Argentina, monseñor Tato y monseñor Novoa, habían llegado a Roma. Poco tiempo después fueron recibidos por el Santo Padre. No pudieron ni cambiarse de ropa porque sus ropas de protocolo, como sus maletas, quedaron en Buenos Aires. Así, en medio de la emigración de Roma, atravesaron los salones del Vaticano para encontrarse, durante una hora, en la biblioteca privada del Pontífice.

NADA TIENE QUE VER LA IGLESIA CON LA REVUELTA

Por muy dolorosos que hayan sido los acontecimientos de los últimos meses en la Argentina, la Iglesia nada ha tenido que ver con la revolución, organizada fundamentalmente, por la Marina argentina.

La sublevación estaba preparada, ciertamente, desde hace mucho tiempo. «Desde hace tres años —ha declarado el teniente de navío Juan Aspiroz— esperábamos nuestra hora. La campaña de Perón contra la Iglesia ha creado, naturalmente, una atmósfera favorable a nuestra insurrección. El conflicto entre el Vaticano y

el Gobierno ha servido para desencadenar la revuelta, cuya causa profunda estaba formada por las diferencias y enemistades entre las Fuerzas Armadas, y, concretamente, por las diferencias entre Perón y la Marina...

Se han jugado, pues, dos cartas distintas en los dramáticos incidentes de Buenos Aires, cuya sustancial separación es imprescindible. De un lado, el Ejército ha resuelto en la calle sus diferencias. Y a su vez se ha encontrado un motivo favorable, cuya explotación psicológica era decisiva, con la situación de los católicos y Perón. Pero el Vaticano no ha dudado un momento en advertir que los acontecimientos de Buenos Aires no son de naturaleza para acrecentar el prestigio de los hombres de su Gobierno ante la opinión pública de otras naciones; pero es necesario señalar una vez más—Radio Vaticano—que la Iglesia no enseña, ni provoca, ni alienta ninguna forma de violencia...

Es evidente, pues, que se ha querido aprovechar una situación que tenía su origen, sobre todo, en el discurso de Perón del 10 de noviembre, con intereses políticos cuya significación total no ha sido aún plenamente captada por nadie.

DESDE HACE DIEZ MESES, EL CONFLICTO ENTRE LA IGLESIA Y PERON

Puede decirse que desde octubre de 1954 comienzan a aparecer en la Prensa argentina artículos violentos contra la Iglesia y los católicos. Precisamente en «La Epoca» del 30 de octubre apareció un artículo de Oscar Viñolo titulado «Fe e intriga», en el que de una manera burda y grosera hacía un ataque contra los religiosos argentinos. A su vez, en «La Prensa» y «Crítica» se seguían idénticos criterios. A tal punto llega la campaña anticatólica que se supera el mundo argentino y se alcanza, en «Crítica» del 5 de noviembre, la propia órbita del catolicismo español.

De todas formas, el centro del conflicto hay que buscarlo, posiblemente, en la reunión del 10 de noviembre. Ese día se celebró una conferencia en la Casa Rosada, a la que asistieron todos los gobernadores de provincias.

La reunión comenzó a las siete y media de la mañana y terminaba a las seis de la tarde. Durante horas y horas cada gobernador fué recibiendo instrucciones especiales; pero el hecho que daría el verdadero significado de la reunión fué el propio discurso del Jefe del Estado. Durante él acusó gravemente a los obispos de Santa Fe, Córdoba y La Rioja como enemigos.

Dada la naturaleza y el alcance que han tomado los acontecimientos, y mirándolos con un espíritu objetivo, ya que sus consecuencias no se han resuelto totalmente en modo alguno, no cabe silenciar un par de hechos concretos.

El primero y fundamental es que han sido los Sindicatos los que han preparado con mayor vigor y consistencia la campaña



Llegada al aeródromo de Roma de monseñor Novoa y monseñor Tato, obispo auxiliar de Buenos Aires, expulsados de Argentina

anticatólica. Precisamente, el día 9 de noviembre, la Confederación General del Trabajo, en una reunión de sus más importantes mandos, trataba el tema siguiente: «El peligro de la infiltración clerical».

Ese peligro no era otro que el hecho simple y concreto de la ampliación del radio de actividad de la Acción Católica sobre las masas trabajadoras. El mismo monseñor Tato, a su llegada a Roma, ha afirmado ese crecimiento de la evangelización entre los obreros.

El segundo hecho está determinado por la aparición concreta del comunismo en los Sindicatos. Este hecho ha sido corroborado por el «Osservatore Romano» al afirmar que la participación comunista en las persecuciones de la Iglesia Católica en la Argentina es «una realidad ampliamente probada».

Si se examinan con detención los acontecimientos que han ido formando, a través de las leyes de divorcio, supresión de la enseñanza religiosa, etc., el conflicto esencial entre el Vaticano y el Gobierno argentino se verá en qué medida concreta los Sindicatos han participado en ellos. Es evidente que Perón buscaba su apoyo, y que para conseguirlo no ha dudado en apurar hasta el máximo todos los sistemas demagógicos. A su vez, los Sindicatos han permitido una clara infiltración comunista. Era fomentar, naturalmente, el espíritu de la lucha de clases, porque quedaban fuera de ese bloque, en principio, toda la masa católica argentina, que es enorme e importante en todas las clases sociales del país.

El hecho concreto y definitivo es que en los últimos tiempos, previendo los acontecimientos, Perón ha querido forzar su pacto con los Sindicatos, aumentando una colaboración demagógica: la lucha con la Iglesia.

Mientras tanto, la Marina, que tenía sus fines propios y particulares, aprovechaba el conflicto religioso para presentarse en la lid creyendo contar con el apoyo de la nación católica.

LOS JEFES DE LA REVOLUCION. — UNO DE ELLOS SE SUICIDA EN EL MINISTERIO DE MARINA

El Consejo de las Fuerzas Armadas ha acusado oficialmente a tres almirantes de ser los jefes directos de la insurrección. Son ellos el contraalmirante Anibal Olivieri, antiguo ministro de Marina; Torzano Calderón, de la Infantería de Marina, y el vicealmirante Benjamín Gargiulo.

Queda, por último, el general Bengoa, que parece haber ocupado, según todos los despachos de Buenos Aires la cabeza de la sedición. Bengoa no ha ocupado



Grabado de Eva Perón que ha circulado en la Argentina peronista



Momento en que el general Perón depositó su voto en las elecciones de abril de 1954



Edificio de la Casa Rosada, palacio del Presidente Perón, en Buenos Aires

nunca, hasta el momento presente, ningún puesto político. Había sido nombrado jefe del Estado Mayor adjunto en 1953 y parecía gozar de la confianza del general Perón. Esta situación había sido afirmada cuando fué encargado de la investigación sobre las malversaciones de Juan Duarte, hermano de Eva Perón.

En los últimos tiempos, decidida la escisión entre unos grupos y otros, el general Bengoa se asoció al «clan» hostil a Borlenghi, ministro del Interior y uno de los más íntimos colaboradores de la política peronista.

Uno de ellos, el vicealmirante Gargiulo, se ha suicidado de un tiro de revólver en el ministerio de Marina al conocer la derrota de la insurrección. Olivieri, sin embargo, parece que dirige desde alta mar, al menos cuando esta edición se cierra, los barcos de guerra rebeldes.

Otro grupo de militares argentinos ha pasado, con 42 aviones, la frontera de Uruguay.

EL HOMBRE CLAVE: EL GENERAL LUCERO, ARBITRO DE LA SITUACION

Parece cierto que el mal tiempo, la escasa visibilidad del día 16 ha jugado, fortuitamente, un papel de primer orden en los primeros combates. Nadie hubiera previsto lo que hubiera pasado el día 17, que amaneció radiante, con buen sol y tiempo cálido; si hubiera sido ése el día escogido.

Perón consiguió salir unos minutos antes del bombardeo y se presentó en el Ministerio de la Guerra, desde donde, con el general Franklin Lucero, conoció todas las peripecias de la lucha.

A continuación de los primeros resultados, favorables para el Ejército, pronunció un discurso

violentísimo, afirmando la voluntad de hacer una dura justicia. Sin embargo, según pasaron las horas, su actitud cambió notablemente. ¿A qué se debió?

Hay que pensar, fundamentalmente, que a la creencia implícita de que el Poder se encontraba de hecho con el Ejército. Por eso su segunda llamada era distinta: «Yo lamento que los templos católicos hayan sido quemados. Nosotros no combatimos a los religiosos, no estamos contra los católicos y muchos de nosotros lo somos.»

Inmediatamente advirtió que la cuestión religiosa sería resuelta a través de unas elecciones.

Todo ello invita a creer, como decíamos anteriormente, que el Ejército es el verdadero árbitro de la situación en los momentos presentes. La figura del general Lucero cobra, por momentos, una importancia excepcional. Se trata de un católico militante, de firme entereza y resolución, que ha dispuesto en Buenos Aires una paz armada.

Lucero, «jefe de la represión», es un hombre conocido en Norteamérica. Representó a su país en 1947 en Lake Success, ante las Naciones Unidas, para reafirmar las pretensiones argentinas sobre las Malvinas. Posteriormente estuvo como agregado militar en la Embajada de Washington. Ascendió a general en 1949, y ese mismo año le nombraron ministro del Ejército.

Desde entonces la presencia del general Lucero se ha distinguido por la firmeza de su posición. En 1951 dominó rápidamente una sublevación de las fuerzas armadas.

El corresponsal en Buenos Aires de la N. B. C., Bert Lindley, ha hecho unas declaraciones importantes: «El Ejército—dice—y el ministro de la Guerra, general Lucero, aparecen de momento a momento como el verdadero detentador del Poder. Perón no dispondrá nunca más de los poderes que disponía antes de que la primera bomba cayera en la Casa Rosada. Es interesante añadir—dice—que constitucionalmente, Perón no es el Presidente de la Argentina. La Constitución del país afirma que el Presidente debe ser católico; pero su Gobierno y él han sido excomulgados por el Vaticano...»

LA PEREGRINACION A LAS IGLESIAS

Uno de los momentos más emocionantes de los acontecimientos de Buenos Aires ha sido la peregrinación silenciosa, sobre todo frente a la plaza de Mayo, de una muchedumbre católica que fué a visitar las iglesias incendiadas. Desde la mañana del 18 fuerzas de la Policía guardaban los edificios, aunque, esporádicamente, se habían formado cinturones de defensa, organizados por los católicos, que no se separaban de sus parroquias.

Animosamente el gentío depositó sobre las brasas ramos de flores y ayudó a los párrocos a restablecer el orden. Mientras tanto, un grupo de periodistas extranjeros, invitados por el general Lucero, visitaban la Casa

Rosada. Subieron las anchas escaleras monumentales, que tienen como adorno el tapiz de los Gobelinos representando al general San Martín. Pasaron el gran vestíbulo, que tiene en el centro un solo adorno: un vaso de Sèvres, ofrecido por Francia, para llegar, luego de cruzar diversos salones, hasta un despacho, el del general Perón, acribillado de balas. «Fueron—dijo el general—los aviones rebeldes.»

El hecho cierto es que los acontecimientos de Argentina han de tener una importancia decisiva en el curso de su historia próxima. Han coincidido demasiadas cosas para que no sea posible, aun considerando que los acontecimientos se desarrollan todavía bajo nuestros ojos, hacer esa reflexión. Por lo pronto, la acusación de Perón a los comunistas, dato ratificado por el «Osservatore Romano», demuestra la peligrosa convivencia que había llegado el sindicalismo argentino. Por otra parte, los actos de barbarie cometidos, la quema de iglesias, supone un clima político al que ha tenido que responder la Santa Sede con una excomunión colectiva.

LA SITUACION ACTUAL

Los hechos más espectaculares producidos durante las últimas horas argentinas podrían definirse así: el Ejército, que fué quien apoyó a Perón contra los sublevados, se ha convertido a su vez en el elemento central de la oposición al Jefe del Estado. La cosa es tan curiosa que merece un intento de explicación razonable. Hay que pensar que la verdadera oposición corresponde, no a los sublevados, sino a los organizadores de «la represión» y actuales detentadores del Poder. Ello explicaría la suma variación de los discursos de Perón en los últimos días. Desde el que pedía la máxima violencia al que excita al pueblo a la conciliación y a la paz. El hecho claro es que el general Lucero, al convertirse en árbitro de la situación, ha variado todos los pronósticos. Así se da el caso que Perón se encuentra en un estado, al menos oficiosamente, de casi prisionero, mientras su Gobierno ha presentado la dimisión. En este último caso no caben más que tres soluciones:

1.ª Están en desacuerdo con Perón.

2.ª Están en desacuerdo con la situación planteada por Perón, o

3.ª Han sido obligados a la dimisión. De las tres suposiciones, lo más razonable es que se encuentren incursos en una o en las dos últimas.

De todas formas, la situación sigue siendo confusa. Los primeros rebeldes siguen afirmando que continúa la lucha. A su vez, las tropas de Lucero afirman ser dueñas de la situación. Y en medio de la confusión queda, por último, la no menos extraña de los Sindicatos, de la C. G. T., cuya táctica, después de la jornada de huelga general del día 17, tampoco aparece clara. La situación, tal como está planteada deja margen a varias posibilidades futuras. Lo cierto es que el destino de Argentina está todavía bajo una colosal incertidumbre.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN TUDELA

CUANDO voy a Cataluña es cuando siento con más acuidad que uno pertenece y está unido por un sutilísimo cordón umbilical a esta vaga expresión geográfica que los arqueólogos han bautizado con el nombre de Sudeste. Uno está muy lejos de Almería, de Murcia y de las partes propincuas de Alicante y Granada; pero uno advierte en seguida lo que no se percibe en Madrid, ni en Burgos, ni en Pamplona, ni en La Coruña. O sea, que el Sudeste existe como crisol de un plasma humano, como troquel de una cultura. O sea, que las tierras miserables, lunares, antiquísimas del Sudeste producen una manera de vivir que para sobrevivir reclama el éxodo y el traslado hacia los regadíos catalanes, hacia las fábricas de Cataluña. He escrito varias cartas acerca de este tema que tanto me apasiona como me obsesiona, pues la historia de la política española es la historia de las emigraciones catalanas (en presencia o en espíritu) fuera de su recinto y de las emigraciones del Sudeste español, que se aposenta donde hay más trabajo, más holganza, más gabardinas, más bicicletas. Esta anécdota muy reciente es la que me ha obligado a redondear el párrafo anterior, ya que el comisario de Policía de Badalona nos relató que hace un mes el administrador de Telégrafos de la ciudad le consultaba si podría transmitir el telegrama siguiente (o si dentro de las palabras inconexas sospechaba que latiese una oculta clave): «A Paco el de la Antonia (el remitente precisaba un pueblo andaluz, pero requerido manifestó que sobran los apellidos, que además ignoraba). Llevo aquí una semana y ya tengo trincheras y cielo (con cuánta rapidez se había contagiado de la terminología catalana). Dile a Ambrosio y a Felipe que se vengan...»

Usted, Juan Tudela, natural de Vélez Rubio, almeriense, vecino de Badalona hace más de veinticinco años, no recibiría en su tiempo el texto telegrafado que cito entre comillas, pero alguna llamada misteriosa de teléfono moruno, de tam-tam africano si que debió repicarle en las entrañas. Y usted se vino con los ojos cerrados o con los ojos abiertos, porque la intuición es una mirada más inquisitiva y penetrante que todos los mirares intelectivos. Antes que usted y después que usted llegaron esos españoles pobres, fantasiosos e ingenuos que se llamaron los anarquistas, y esos otros españoles de idéntica casta que los anarquistas, pero que en esta época de catolicismo progresista a la francesa sirven como de cobayas a los jovencitos de «El Ciervo», que es una revista de Barcelona, donde compadeciéndolos a medias todavía no se ha redactado la apología de estos otros españoles que son los murcianos. Aun el murciano es algo entre peligroso y denigrante, y sin embargo, el murciano es un ser habilitísimo, cuya alma es capaz de las más exigentes perfecciones. Le voy a contar que los canadienses que fundaron la Barcelona Tracción, fundiendo la nieve del Pirineo en kilovatios de fuerza, se aburrían después de haber instalado sus saltos y sus turbinas, por lo que decidieron dedicarse a jugar al golf en los diecisiete agujeros del campo de San Cugat, de San Cucufate del Vallés. La pelota fué de acá para allá y de allá para acá durante días y días, hasta que los extranjeros se fueron, del mismo modo que periclitán y se acaban todas las civilizaciones. Sin embargo, el golf importado por el tedio anglosajón no desapareció en el país, porque detrás de su padre, que era un bracero de Lorca, se había aproximado al Club, primero como mirón, luego como «cady», un chaval de once años. El actual señor Díaz, que desde entonces no

abandonó el campo de golf de San Cugat del Vallés, siendo el entrenador, el conductor de una inmensa y poderosa burguesía catalana. Este ejemplo puede multiplicarse por mil o por un millón de casos en cada industria y actividad de Cataluña. Cuando visitaba una fábrica de Tarrasa entre centenares de mujeres, la que nos ofreció y escanció la botella de Coca-cola era una muchacha del pueblo de mi padre, en la provincia de Almería, como si la hubiesen elegido de antemano para que exultase mi satisfacción al preguntarle su origen.

Desde el director del primer periódico de Cataluña, don Luis de Galinsoga, hasta usted, ambos proceden de los Vélez (Vélez-Blanco y Vélez-Rubio), el ánimo romántico de los catalanes está alimentado por ustedes. El clasicismo es una cosa triste y mayestática, pero es lo más opuesto a las ruinas y a la excavación. El romanticismo es una cosa tremenda, que empieza por la bullanga y por el triquitraque, y que puede terminar debajo de las bombas y de sus explosiones. La pintura, la música, la dinamita, la nitroglicerina, la panclastina, son románticas como el Liceo barcelonés, las palomas y los mariscos engordados por los detritus del puerto. No hay una población catalana que no tenga sus ruinas puestas en orden, ya que sin esa catalogación suficiente el caos, cual la selva o la langosta, lo engulliría todo. El barrio gótico de Barcelona es un barrio romántico, cuales lo son las termas romanas que se han descubierto al lado de la vía Augusta, en Badalona. Traigo en esta misiva las termas porque usted es su principal artífice a las órdenes del señor Cuyás. Consuela bastante comparar el confort que se desprende de la Feria de Muestras, a través de sus lavadoras eléctricas, de sus aspiradoras y de sus batidoras para ahorrar minutos, y el confort que impregnaban los romanos en las costumbres de su vida. Encima de unos mosaicos que nos parecen alfombras de artesanía, se deleitaban reposadamente, en tanto que el agua fría o caldeada pasaba por los tubos cercanos. La Badalona del siglo de los Césares más ilustres era la misma Badalona del Alcalde actual, con su próximo mar, con su agricultura, con sus habitantes industriuosos. También arribaba de vez en cuando algún alicantino, algún murciano, algún almeriense, que a pesar de proceder de un ambiente cultural tan adelantado, como el del Algar, buscarían arraique a las puertas de Barcelona, que entonces valía menos que Badalona y apenas levantaba la cresta.

Le he visto, Juan Tudela, asomado a sus excavaciones o pegado a las paredes que se afloran metiendo prisa a sus obreros y olfateando lo que va a salir de los golpes de la piqueta. Usted saca a flote la España romana, a la par que se consolida la España de Franco. Desde Franco a Roma hay un puente de plata por el que no huye ningún enemigo, sino por el que se repatrian los exilados a España. Dije al principio que sólo en Cataluña me doy cuenta de mi parentesco con el Sudeste, de mi inclusión en él; como debo decir también que en los pueblos de Cataluña el amor al Caudillo tiene la misma fuerza de la palabra Roma, que, como todos sabemos, deletreada al revés es igualmente amor. En Cataluña nos encontramos todos los españoles, como en Madrid se tropiezan todos los ambiciosos. Para corregir y atenuar este choque ha sido menester el Gobierno y el Estado; mientras que en Cataluña, si hay paz en Madrid, pueden dedicarse a cuantas empresas necesita la sociedad para distraerse y subsistir. Desde el resurgimiento de las termas a resucitar a Wagner; desde la sardana a la fabricación masiva de calcetines.

CONTINUIDAD POLITICA

CON motivo del décimoctavo aniversario de la liberación de Bilbao, el Ministro Secretario General del Movimiento ha pronunciado en la capital vizcaína un discurso trascendental y básico para una esclarecida y sana inteligencia del momento actual en la política española.

En el acontecer político de España, el discurso de Fernández Cuesta significa la exposición de una brillante lección histórica y vital del quehacer cumplido y la instancia viva y necesaria de convertir lo que es esencia, leyes y principios de la Falange en institución como pieza jurídica fundamental del Estado. «En la política española, el 18 de Julio abrió un camino y no hay otro a seguir.» Con esta categoría de axioma ha definido el Ministro la exigencia de nuestra continuidad. De la continuidad política y de la continuidad histórica. Otros caminos, opuestos o contradictorios al que en esta fecha iniciamos y del que jornadas tan llenas de triunfos hemos ya recorrido, serían inevitablemente los caminos del riesgo y de la ingratitud.

La continuidad de una política, la pervivencia de un sistema sólo se salva o se fundamenta, como en dos fuertes pilares, en la fe y en la conciencia del valor. En la fe profunda y sincera de ese mismo sistema político, en la fe de su contenido, de su operante vitalidad y en la conciencia del valor que sus principios y normas representan. Esta fe y esta conciencia han demostrado a los incrédulos que la Falange no era ni una ingenuidad política, ni un supuesto de provisionalidad, ni tan sólo una coalición necesaria y urgente frente a un enemigo común.

Cuando el Ministro Secretario General del Movimiento aludía en su discurso a este exclusivo camino para la política española, el camino emprendido el 18 de Julio, citaba a continuación unas palabras bien recientes del Caudillo: «La sucesión del Movimiento es el Movimiento Nacional.» No encontramos concepto más claro ni pensamiento más excluyente que niegue al Movimiento todo carácter de transitoriedad que estas palabras diáfanas y precisas de nuestro Caudillo.

«¿Qué es el Movimiento Nacional considerado en su estructura y doctrina política?» Fernández Cuesta ha buscado la más firme y adecuada precisión de conceptos y posiciones. No es el Movimiento una simple fusión de todas las fuerzas que un día se unieron en el propósito de salvar a España de una anarquía que ya la estaba corroyendo o de un comunismo inminente, pero carente esta fu-

sión y desnuda de todo sentido doctrinal y político. A esta ilógica definición negativa, que llevaría en la esencia de lo definido el signo de su misma caducidad, el Ministro ha contrapuesto una definición clara, lógica y terminante, adecuada y conforme a la realidad histórica desde el año treinta y seis hasta nuestros días: «Entendemos que el Movimiento es el conjunto de todas esas fuerzas... pero dentro de una organización política, sometidas a la disciplina de su Jefe Nacional y aceptando una doctrina.»

En la práctica y en las enseñanzas de esta doctrina aceptada ha encontrado España en un principio la salvación para su existencia; después, la razón de su vitalidad política. Al falso régimen representativo y al egoísmo de las sectas políticas se ha opuesto la supresión de partidos y la legítima representación popular a través de la familia, el Sindicato y el Municipio; frente al inhumano colectivismo que anula y despersonaliza, el respeto a la dignidad de la persona humana; el catolicismo como verdad dogmática y como verdad de nuestra historia, se ha opuesto a toda desviación religiosa o a todo positivismo materialista inherente al sistema de política que amenazaba a España; contra la concepción de las falsas economías políticas, contra la total separación de los medios de producción, el reconocimiento del Sindicato Vertical como única organización de la economía nacional y del mundo del trabajo. La realidad de las declaraciones programáticas que constituyen el Fuero del Trabajo y las realizaciones sociales que en estos tres largos lustros de paz simbolizan la viva y acuciente preocupación del Gobierno, han venido a demostrarnos que han quedado muy lejos los tiempos en que el hombre político vivía sólo de las promesas falaces hechas a quienes pedían algo más que palabras y discursos parlamentarios.

Es esta misma realidad de nuestro tiempo el mejor y más contundente argumento para demostrar la lógica veracidad de esta definición que Fernández Cuesta ha dado a nuestro Movimiento. Para demostrar que el Movimiento es algo más que una simple fusión de fuerzas ante un enemigo que amenaza. El Movimiento encarna una organización política, una sumisión a la disciplina de su Jefe Nacional y una doctrina aceptada, en la que, junto a los principios políticos, quedan las leyes y los principios sociales.

EL ESPAÑOL

Acompañe sus vacaciones con la lectura de EL ESPAÑOL

EL CORREO LLEGA A TODAS PARTES Y A USTED NO LE FALTARÁ SU SEMANARIO PREFERIDO SI NOS ENVIA ESTE

BOLETIN

Don
desea recibir **EL ESPAÑOL** durante los meses
..... en su residencia de
.....
A partir de deberá remitirsele
a

JULIO CESAR VUELVE A MERIDA

UN ESCENARIO IMPRESIONANTE CON
MAS DE SEISCIENTOS ACTORES

COLINAS PLATEADAS
Y MARMOLES
ROMANOS EN LA
TRAGEDIA DE
SHAKESPEARE

LA PRIMERA LINEA DE
MERIDA

EL teatro es como el frente: se está siempre de guardia. Siempre con las botas puestas y el fusil, ese amigo desnudo, arrojado y caliente bajo la mano. Eso pasa en la Compañía Lope de Vega. Nadie, al parecer, tiene tiempo para nada. Roberto Carpio, el director adjunto de la Compañía, con el corto pelo a lo Marion Brando o a lo Julio César, metido en un jersey azul se pasea a pasos que se miden de dos formas: una para dar órde-

nes y otra para pedir dinero a Justo Alonso, el gerente.

Se cuentan, como si se fuera al combate, los cascos romanos y las espadas. Se cierran las cajas y se buscan por encima de las mesas esos papeles amarillos, siempre jugando a perderse, que certifican que la carga cesárea está ya en los ferrocarriles.



Momento en que César es asesinado por los senadores, en la tragedia de Shakespeare «Julio César», versión de José María Pemán, montaje de Tamayo, representada en Mérida

Así, en medio de la barahunda, Madrid vive la puesta en marcha de los acontecimientos que rodaran, bajo noche romana, en Mérida. Cuando en el despacho de Justo Alonso, carillena y ojos claros, suena el teléfono de Badajoz, contesta plácido con una nueva consigna: «Aquí, la primera línea de Mérida».

Y cuando está ya todo listo, cuando las tropas de Madrid han llegado de refresco, con Carpio, a Mérida, resulta que José Tamayo se ha caído a un foso. Hay que sacarle a brazo y entregarle un bastón para que, con un día de retraso en la presentación de la obra, pueda subir las gradas del Anfiteatro Romano. José María Pemán, que no se pierde con su bello acento de hombre del Sur la traviesa ironía, apellidó al batacazo «lesión en la batalla». Sólo que eran los preliminares.

VIAJE CON EL DIA POR
DELANTE

A Mérida se va por una ruta que tiene cortado el trigo y atado en gavillas, podría decirse, los panes del año. Día de sol ancho, con la distancia de los 400

José María Pemán
y José Tamayo en
compañía de Humberto de Saboya



kilómetros afilados y en fila india ante el coche.

Vamos mucha gente a Mérida. Los que van con su pluma de mano de la Prensa, que no quieren perderse la cita con Roma, y los que van a hombros de su propia esperanza. Un hispanoamericano, Raúl Santos, que camina delgado y a buen paso, se vuelve para preguntarme:

—¿Estuvo usted en Sagunto?

Yo no estuve y por eso, amigo mío, no me pierdo Mérida. Pero me asombra y me conmueve un poco saber que el teatro tiene «seguidores». «Hinchas» puros, que esconden su montañaz bravura de escaladores de ruinas, bajo la caparazón sonriente de los sabios cazadores de mariposas.

El coche de la Prensa se llena despacito. Alfredo Marquería, con su pelo cayendo siempre sobre la frente, mira con sus aguileños ojos de conceder, llevando las finas manos a la cabeza, la piel calurosa del día que nos espera. El representó a «A B C». Todos los periódicos están, en cierto modo, en los asientos azules de Meliá. Ahora no nos queda más que correr. Y eso hacemos. Que a las nueve y media de la noche comienza «Julio César».

EN EL PARADOR, MARCO ANTONIO Y LOS AUTOGRAFOS

Mérida, que es estrecha y blanca, menuda y como lavada en el Guadiana, tiene su firme belleza extremeña enriquecida por la romanización. Es algo sutil, pero indiscutible. Yo he preguntado a un campesino, ante la maravilla del puente romano, por su significación. Quería conocer las ideas de un hombre de la ciudad ante sus propios monumentos. Me ha dado una contestación ancha, precisa y sobria que ha dado en la diana:

—Eso, señor, es antigüedad.

Los niños de Mérida la han pasado en grande el domingo, 19 de junio, corriendo detrás de la caravana polvorienta de los coches que habían llegado de muchas ciudades españolas y desde las vecinas tierras de Portugal. Ni uno solo de ellos, finos de gesto y nada tímidos, dejaba de «parlar» si se le daba ocasión. Uno cualquiera, de pelillo negro y vivaz mirada, me preguntó:

—¿Tú vas a hacer de romano?

Pues bien, sepan ustedes que, por complacerle, me hubiera gustado enseñarle mi casco bruñido de comparsa.

Pero el centro de Mérida, al menos durante esa noche, era el Parador de Turismo. En el patio, echado el toldo, se vivían las horas que precedían al «estreno». Era, en cierto modo, la antesala del teatro. José María Pemán, el autor de la versión del «Julio César», de Shakespeare, estrechaba la mano de Luis Calvo y juntos miraban, sonrientes, a Francisco Rabal que pagaba, en fina moneda de estilográfica, el hecho de ser Marco Antonio. Eran bellas, cierto es, las mujeres que llegaron con el programa para que se lo firmase. El actor estaba ligeramente pálido, con esa palidez que tenía también Mari Carrillo y que es inevitable siempre ante el estreno, pero cumplía con suave manera su tarea.

Por cierto que también un caballero, bajo él, acercó su álbum azul y oro. Francisco Rabal lo firmó con una lenta y firme letra. La dedicatoria anterior correspondía a un famoso torero de Huelva.

Mari Carrillo cenó poco. Miraba ante sí con sus ojos graves y tristes como si repitiera, mentalmente, las palabras de Porcia. El resto cenábamos tranquilamente. Una muchacha joven, rubia y de buen aire, decía a su amiga:

—Pues yo no tengo entrada.

—¡Uy! Pues cuélate.

El único que no estaba de buen humor era un señor de Madrid que contaba en el tono más recio posible que había pinchado dos veces en el camino. Decía a un amigo:

—¿Cree usted que eso es justicia?

Sin embargo, atacó con enorme disposición al pollo.

EN EL TEATRO ROMANO, UN PUEBLO A ESCUCHAR

El secreto de Mérida, la «Emérita Augusta» de Octavio, es que no envejece. Hay algo eminentemente fresco y floreciente en esta ciudad que fué, según Marco Antonio, una de las diecisiete ciudades más importantes del mundo. Quizá sea que ha sabido encontrar el equilibrio, la riqueza del pasado con el presente recreado y vivo, pero el hecho cierto es eso: su naturalidad humana. Su gesto sonriente y señorial.

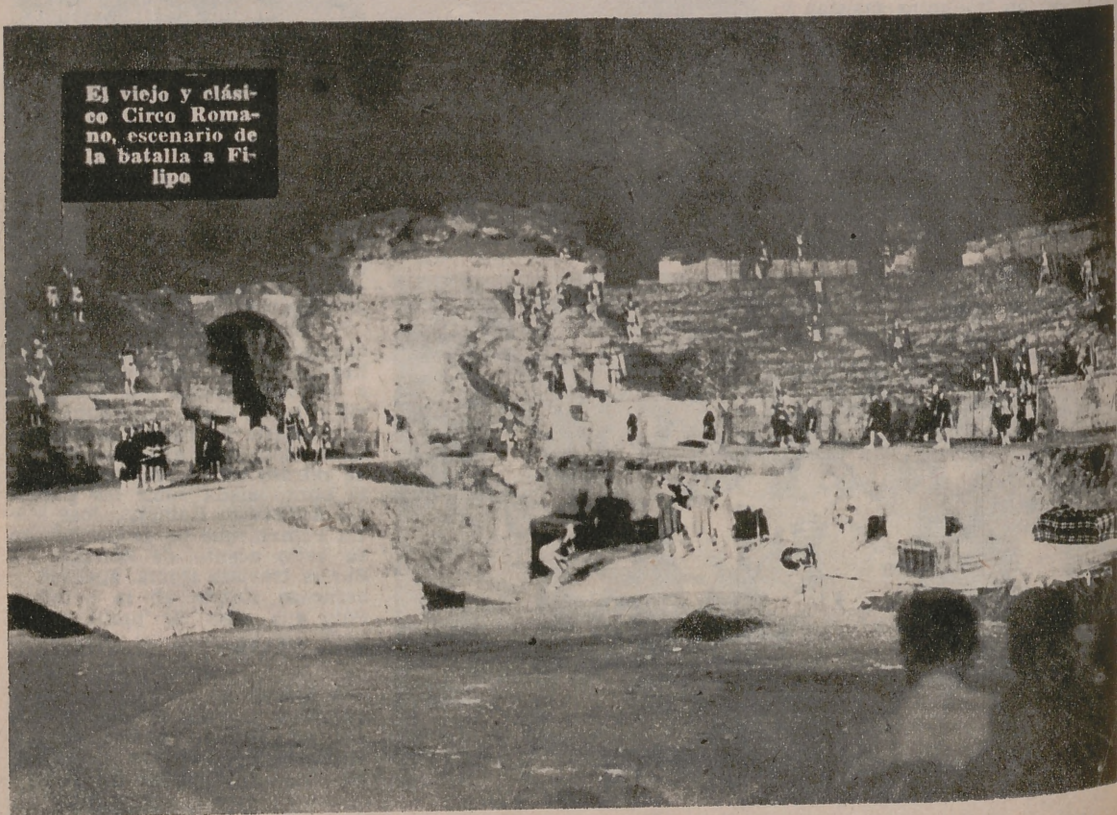
Por todo eso ha sido un acierto admirable y fabuloso de la Diputación de Badajoz el realizar el esfuerzo económico que han hecho para entregar a Tamayo la doble fisonomía sorprendente del Teatro Romano y del Anfiteatro. A Dios lo que es de Dios.

Pero la sorpresa del viajero, que es un hombre de maletín pequeño, es encontrarse de pronto, en mitad de la noche, con cientos de coches que rodean, en el pequeño cerro, la sombra inmensa del Teatro y del Anfiteatro, o del Circo Romano, como dicen por aquí.

Los accesos al teatro, de prodigiosa línea, de erguidas columnas, recuerdan los de los grandes campos deportivos actuales. Sólo que éstos, como pasadizos subterráneos, sostienen piedras milenarias.

La gente acampa, si así puede decirse, sobre las gradas todavía

El viejo y clásico Circo Romano, escenario de la batalla a Filipo





en pie. El gentío sobrepasa las 1.500 personas, y existe una expectación tan extraordinaria que se percibe físicamente, como lebrél que acariciara las piernas de los cazadores. Y no es nada más que eso: el pueblo que ha venido a escuchar y que sabe, mejor que nadie, que un mundo estuvo allí antes que él.

La gente, antes de comenzar, está animada. Hubo un pequeño estremecimiento de lluvia, gotas que no pasaron de ahí. En la noche oscura ardían ya, como luminarias, las luces de la batería multicolor. Es la hora que el telón se levanta.

TAMAYO, CON UN BASTÓN EN LA MANO, EN LO ALTO DE LA COLINA

El puesto de mando de Tamayo durante la doble representación que una parte se realiza en el Teatro Romano y otra en el Anfiteatro, es la batería de las luces. Está allí, en lo más alto del teatro, empujando sobre la ladera de las gradas su propio entusiasmo. Le veo perfectamente bien. Le rodean sus hombres, gorrilla americana alguno, y se levanta y se sienta en la silla portátil como si tuviera azogue. Arde él también un poco. Pero es su bastón, que a mí me gustaría que conservara como recuerdo de la batalla, el que actúa en protagonista. Cuando las cosas no van como él quiere, cuando los micrófonos que están extendidos a lo largo del inmenso escenario, no «dicen» bien, agita su bastón, levantándolo como una bandera sobre su cabeza para avisar «allá», en lo hondo del escenario, cómo desea, espera o sueña las cosas. Después vuelve a un gesto tímido y violento: acariciarse la barbilba como si en ella naciera, incipiente y ondulante, una larga barba.

«Julio César» tiene partes que difícilmente pueden representarse en un sitio mejor. Pemán ha sabido alterar del texto shakespeareano algunas cosas para centrar las palabras en un escenario inmenso. Pero la fábula humana, el maleficio de la muerte y la sustancia política, el instinto de poderío y la conspiración que lleva a la muerte de César, están rodeados por una multitud de acto-

Tres escenas de la obra clásica «Julio César», representada en el Circo Romano de Mérida

res, unos quinientos, que se mueven, van y vienen, rodeando y alentando al «Adivino», que gritará la voz famosa: «¡Guárdate de los Idus de marzo!»

La obra adquiere así, plásticamente, un acento espectacular insuperable. Es un pueblo entero, también, el que parece crear en la noche la vida de un día de César. Y todo ello mientras un hombre de treinta cuatro años, con un bastón en la mano y un pañuelo de seda en el cuello, que la noche ha enfriado y todos nos ponemos las gabardinas, repasa las páginas de las escenas y se levanta presuroso a hacer él mismo, con sus propias manos, las tareas que sus hombres hacen a veces con calma. Ese hombre, pequeño y menudo, de pelo negro y rizado, con aire de moro granadino, es Tamayo.

POR LAS GALERIAS AL ANFITEATRO

El suceso sensacional es que, la parte que pudiéramos llamar ba-

talla de Filipos, se desarrollará en el Anfiteatro. Antes, los altavoces recomiendan al público que aguarde las instrucciones necesarias para el traslado. Poco después, por el mundo de las galerías de piedra, los espectadores se trasladan al circo. Lo curioso es que no hubo ni una sola protesta. Un orden absoluto, medido y cáldo, movió a las gentes, como si formaran parte de las huestes teatrales, hasta el nuevo teatro de operaciones. Antes, sin embargo, sobre el escenario de piedra, con Pemán en el centro, se levantaba el rocío claro de los aplausos. Y un nuevo hecho importante: se reclamó a Tamayo, que dormía allá, en su colina, el sueño de la primera parte.

Le dije:

—¿Qué tal? ¿Está contento?

Me miró con sus ojos negros como si estuviera pensando ya en todas las cosas que tiene por hacer.

—Mañana estará mejor. Cada día se empieza.

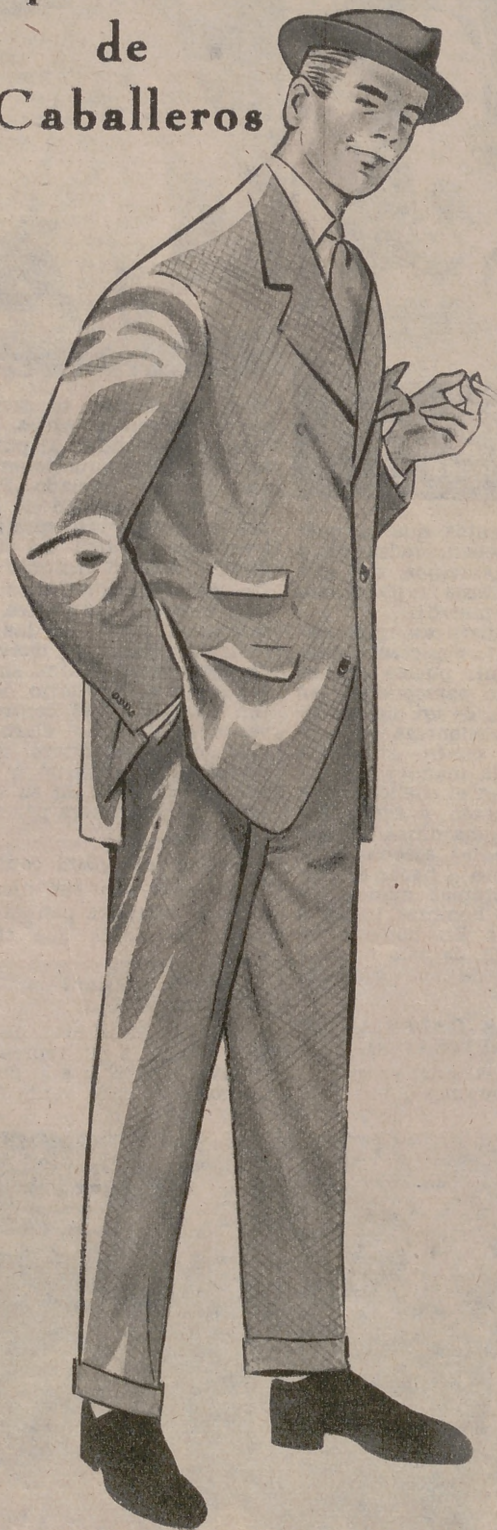
«Abajo». Humberto de Saboya, que asistía a la representación, se levantaba el cuello del abrigo. La noche romana venía fresca.



Mari Cattrillo y Guillermo Marín durante un momento de la representación

Elegancia y distinción

en el gran
Departamento
de
Caballeros



Galerías Preciados

EN EL ANFITEATRO, LA BATALLA Y EL NO-DO

En el «descanso», el No-Do, que estaba presente y activo, levantaba la nube de plata de su rodaje hasta los últimos rincones. La gente, maliciosilla, se puso a pensar que buscaban en las gradas la tribuna de la Prensa, y desde todos los ángulos gritaban: «Aquí está la radio.» «Aquí está la Prensa.» Sobre todo, a mi lado, moza ella, estaba empeñada en el asunto. Gritaba con alta voz: «Aquí, por aquí.» Claro que los del No-Do no parecían casarse con nadie y la broma siguió hasta que los hombres y los caballos llegaron a la arena del circo. La batalla comenzaba.

El nudo espectacular de la obra se ceñía en este momento a la batalla de Filipos. Los espectadores se habían sentado en un semicírculo del Anfiteatro, dejando no sólo la «arena» a los protagonistas, sino el resto de la mole arquitectónica que servía a los ejércitos como bases y puntos de partida. De un lado al otro del escenario cruzaban las palabras de los caudillos: a un lado Marco Bruto; al otro, Marco Antonio. Y en medio, la guerra.

Cincuenta caballos, con sus caballeros encendiendo fogatas en el suelo, apuraban la espera. Esa espera que termina con la muerte y la derrota de Marco Bruto.

Creo que está dicho ya lo monumental y espléndido del emplazamiento teatral. Nada faltaba a la prodigiosa y espectacular puesta en marcha de una multitud de actores. Las luces coronaban con su pompa de fuego, en haces cuyo orden y cuyo sentido era el aprovechamiento poético de cada rincón del escenario, la música de Klatovski.

Más tarde, cuando los héroes mueren y el teatro apaga su representación, Pemán, que había producido una espléndida versión de la obra de Shakespeare, rindió tributo a la Diputación de Badajoz, que había hecho posible el enorme intento. Después habló de Tamayo, mientras crepítaban, como latiguillos de plata, esa música grande: los aplausos.

Por el propio Pemán habló una señorita que salía delante de mí del teatro. Le decía a su acompañante:

—¡Hay que ver cómo habla Pemán! ¡Lo que me gustaría a mí improvisar así!

Su novio, marido o pretendiente, mozo adusto y de pocas palabras, no quería saber nada de eso:

—¿Y para qué?—decía malhumorado.

—Para irme por ahí—decía inocente y dulce la muchacha que soñaba mundos.

Todavía, antes de cerrarse la noche, en el Parador, volví a hablar nuevamente con Tamayo.

—¿Está contento?

No me habló de sí mismo. Ni del triunfo. Ni del cansancio. Me dió esta versión de su trabajo:

—Me emociona ver venir la gente al teatro. Esta es mi alegría: poder servir ese ideal.

Eso es: un pueblo escuchando, como en el Siglo de Oro, el pulso y la sangre de las palabras. «Julio César», para Tamayo, no es otra cosa que un prodigioso sueño de niño realizado.

Enrique RUIZ GARCIA

(Enviado especial.)

(Fotografía de Gyenes.)

A LO ANCHO DE LA VIDA Y LA POLITICA

“EL JABALI” RINDE CUENTAS DE SUS ACTIVIDADES

DESCONCERTANTE PARA LOS ENEMIGOS Y ALENTADORA PARA LOS AMIGOS; ASI FUE LA LABOR DE PEREZ MADRIGAL DURANTE NUESTRA CRUZADA DE LIBERACION

ENTREVISTA CON UN HOMBRE INTERESANTE DE NUESTRO SIGLO

ARRELLANADO en una butaca del despacho de su casa está el hombre que ha sido a lo largo de la vida educando de banda en Infantería de Marina, periodista de combate, representante de una marca de máquinas para escribir, empleado de Banca y muchas cosas más. Y también secretario particular del primer ministro de Fomento de la segunda República española, diputado por La Mancha en las Cortes Constituyentes y en las deconstituyentes que vinieron después, voluntario a las órdenes de Mola desde los primeros momentos de la Cruzada, escritor al servicio de Radio Nacional, publicista, abogado en ejercicio... Joaquín Pérez Madrigal se ensancha en su asiento mientras se ajusta unas gafas de armadura metálica sobre el caballete de la nariz, y se pasa luego la mano derecha sobre sus cabellos entrecanos, dispersos y ásperos. Su breve estatura parece disminuida entre los brazos almohadillados del sillón que ocupa.

Joaquín Pérez Madrigal, conocido popularmente durante los años republicanos por el sobrenombre «el Jabali» debido a sus mordaces interpellaciones en el Congreso, habla con ritmo pausado, con palabra justa e intencionada. Su trato es sincero y franco, aunque el gesto severo de su rostro produzca una primera impresión de ser poco cordial. En la estancia donde se halla, con dos



amplios ventanales a la calle de Lagasca, con estanterías llenas de libros de Derecho y de temas históricos, podría ser Joaquín Pérez Madrigal el fiscal que prepara un dictamen severo y temible a la vez por los argumentos empleados y por el rigor de la exposición. Un hombre atento siempre a lanzar el dardo de sus palabras, el creador de aquellas aventuras de «el miliciano Remigio, pa la guerra es un prodigio» o de «aquí es la emisora de la Flota republicana que flota de milagro, en su emisión extraordi-

En el año 1934, en el aeródromo de Santander, Pérez Madrigal con Romero Raizábal y Juan Pombo

naria de la noche, al servicio de los navegantes, mangantes y marreantes del Mediterráneo, de la República y de su Gobierno legítimo». Con estas emisiones, radiadas diariamente, a base de brochazos satíricos, puso en solfa a las fuerzas combatientes enemigas, demostrando con una esgrima eficaz su habilidad en el manejo del ridículo como arma poderosa de guerra.

—Todos los días ensartaba ante el micrófono una serie de disparates bélicohilarantes, atribuidos a los ejércitos y a las operaciones del enemigo... ¿Es que yo no tomaba en serio la guerra? Yo la tomaba muy en serio. La tomaba tan seriamente como aconsejaban su dureza y los signos no muy claros ni placenteros que se ofrecían por el año 1937 para las armas nacionales.

EL ENEMIGO NO ES LA LUNA

La tragedia íntima de Joaquín Pérez Madrigal por aquellos días era que su esposa y su hijo se hallaban en poder de los rojos. Una mañana, cuando él revisaba



en Salamanca los partes de las emisiones de las radios rojas. recogidos por el servicio de escuchas, se encontró con la siguiente noticia, transmitida por varias emisoras enemigas:

«En una cuneta de la carretera, en el término de Torreblanca (Castellón), fué encontrado ayer desastrado y medio muerto de hambre un niño de siete años, que resultó ser un hijo de Pérez Madrigal, el que traicionó a la República y la difama para concluir en esto: en confiarle la vida y el porvenir de un hijo suyo, al que dejó tirado por los caminos...»

—Leí, leí cincuenta veces aquella noticia, escalofriante. Temblé. Me quedé helado. Me sofocó entre sudores. ¿Qué sería de Concha, mi mujer?

Pérez Madrigal hace una pequeña pausa y continúa:

—Me serené, me fui a mi mesa y empecé a escribir: «Aquí es la emisora de la Flota republicana, que flota de milagro...»

Pérez Madrigal se presentó al general Mola en su despacho de la Comandancia Militar la mañana del día 17 de julio de 1936. Estaba el héroe con el coronel Solchaga y el teniente coronel Ortiz de Zárate. Le dijo entonces el general que no se iba a sublevar en seguida, que esperaba a que se produjeran determinados acontecimientos.

—El día 19, de madrugada, una patrulla de requetés y falangistas aporreó la puerta del hostel donde me encontraba. Venían a buscarme para que los acompañara a Mañeru, a otros pueblos y a Estella a transmitir las órdenes de movilización. La noche de aquel día 19 de julio, hasta muy avanzada la madrugada del día 20, la pasé acompañando en sus habitaciones de la Comandancia al general Mola. Estaba él solo, medio desvestido, pantalón de uniforme y desabrochada la chaqueta del pijama. Revisaba papeles, se desojaba sobre unos mapas. Hablábamos. De pronto se produjeron cercanas, alarmantes, unas descargas de fusilería. El general ni se inmutó. Los disparos menudeaban y Mola, malhumorado, se levantó de su silla, avanzó hacia el ventanal y alzando su voz mandó: «¡Centinelas! ¡Os habla el general! ¡Alto el fuego! El enemigo no es la luna... ¿Es que veis fantasmas? Hay que ahorrar cartuchos, muchachos!» El general Mola volvió a sus papeles y a sus mapas, como si no hubiera pasado nada.

Pérez Madrigal, después de ha-

ber sido conspirador contra la Monarquía, de haber ingresado en la masonería, de ser diputado radical-socialista en las Cortes Constituyentes y diputado de la C. E. D. A. en las siguientes legislaturas republicanas, estuvo desde las horas difíciles al servicio del Movimiento Nacional, entregado a él con la honradez que da la convicción de estar con la verdadera causa de España. Todos los acontecimientos de su vida, toda su experiencia política, todas sus venturas y sinsabores han sido recogidos ahora en un libro que Pérez Madrigal ha puesto por título, simple y llanamente, «Pérez». «Pérez» es el nuevo libro del ex político, y esas cinco letras son todo un símbolo de lo que es la obra: la vida de un español medio, desvalido en una juventud sin asideros morales, juguete de las inquietudes del país.

GUERRA AL LIBERALISMO

—En mi libro «Pérez» rindo cuentas ante todos los españoles de mis actividades. La rendición de cuentas es siempre aconsejable, sobre todo en nuestro país, que ha sufrido tantas sacudidas de carácter social en los últimos años. El balance de mis hechos puede ser haber servido al interés público con gran afán y con un fervoroso culto a la verdad. Humildemente he pretendido desennascarar a los farsantes, que son los que crean las falsas corrientes de opinión y desorientan a las masas. He conocido muchos hombres y he asistido a muchos episodios trascendentales; por eso he creído útil a la nueva generación incontaminada y ardiente relatarle los hechos políticos germinales del caos que condujo al Movimiento de regeneración nacional que actualmente vivimos. Hay un principio fundamental que debe abrazar la juventud: el de declarar la guerra permanente y encarnizada al liberalismo.

Para Joaquín Pérez Madrigal, el liberalismo ha sido, es y será el coadyuvante más decisivo para la expansión de la barbarie científica.

—Muchos espíritus se pueden permitir el lujo de llamarse liberales y divulgar en sus libros y discursos aquellas ideas que mentidamente pintan una Arcadia para la humanidad. Pero a estos liberales tiene la juventud que mantenerlos a raya reveren-

ciarles como sabios, sin dejarles, como ciudadanos militantes de una política caduca, que influyan en los destinos de la patria. La democracia liberal ha fracasado y fracasará siempre en España por nuestro temperamento específicamente individualista.

La conversación se interrumpe. Un cliente del abogado Pérez Madrigal reclama su presencia en una habitación contigua. La licenciatura en Derecho de este letrado es una demostración de su voluntad y constancia. En tiempos de la República, cuando tenía treinta y tres años, era diputado a Cortes y hombre notorio en la política del país no rehuyó comparecer, humilde y deprimido, ante el Tribunal de ingreso en el Bachillerato del Instituto de Murcia. El mismo lo relata así en su libro:

«Recuerdo lo angustiosamente que superé aquel examen de ingreso. Lo afronté en tanda, mezclado a unos cuantos niños de uno y otro sexo, el mayor de doce años. Me senté ante un pupitre que me venía pequeño. Yo estaba encogido, avergonzado. Junto a mí, una niña preciosa, muy blanca, de ojos azules y cabello negro, peinado en dos trenzas, me miraba de reojo, nerviosa... Al otro lado tenía yo a un chico muy formal que, sin hacerme caso, preparaba el papel, revisaba pluma y tintero para practicar el ejercicio. Estaba el mocito más sereno que yo, porque sabía, seguramente, de aquellas materias del examen bastante más que yo. Nos mandaron hacer una cuenta de multiplicar. No recuerdo cuántos millones y pico por un multiplicador de cinco cifras. Y una vez hallado el producto se nos ordenó que practicásemos la prueba. Nos pusimos a la tarea. En el curso de la operación eché una ojeada al niño y a la niña que tenía a cada lado. Comprobé mi inferioridad. Eran mucho más rápidos, más expertos que yo. Al llegar el momento de practicar la prueba, no me acordaba en lo que consistía. El tiempo transcurría veloz. Apelé a lo usual en los colegios... Me aproximé al niño con la intención de mirarle su plana y copiarle... Se dió cuenta el mozo, alejó de mis ojos lo escrito, avanzó el codo, inclinó la cabeza sobre el papel para que yo no pudiese verlo...»

«Me volví a la derecha, a intentar lo mismo cerca de la niña de los ojos azules y el negro cabello partido en dos trenzas... ¡Niña inolvidable, hija de mi alma! Me hizo un mohín de risa y corríó

Pérez Madrigal con nuestro redactor en unos momentos de la entrevista



su papel hacia mí, con todo resuelto, para que lo copiase. Hubiera tomado los capullos de sus manos para besárselos enterrecido...»

«EL PRIMER PASTEL DE LA TEMPORADA»

Pérez Madrigal reaparece en la estancia, deja unos documentos sobre la mesa de trabajo y encamina sus pasos hacia la butaca que ocupaba. Viste correctamente de gris oscuro, pero sin ningún detalle de afectación. La corbata que lleva está deteriorada por el uso y cerca del nudo hay un trozo bien visible deshilachado.

—Señor Pérez Madrigal, ¿los nuevos acontecimientos internacionales no parecen demostrar que la U. R. S. S. cambia su táctica de agresión por una actitud más conciliadora?

—La democracia es la fosa que abre cada país para que en ella les entierren los rusos. Ahora, con esta táctica de pérfido repliegue se agudiza el peligro para los pueblos libres; efectivamente, el mundo de Occidente aprovechará el sosiego que les permite la contemporalización del Kremlin para consolidar sus instituciones democráticas, que, a su vez, son las mejores armas al servicio de los comunistas. A mayor democracia, presa más favorable.

—¿Qué porvenir augura a la democracia?

—La democracia ha consumido su ciclo histórico, ha realizado ya su destino. Hoy en día las democracias no pueden alardear de pureza constitucional ni jurídica ante la conciencia universal, después de tolerar y amparar que la U. R. S. S. no restituya a ocho naciones que saltaron su soberanía, su independencia, su paz y su misión. Dialogar con atracadores, firmar convenios, sentarse con ellos a una mesa redonda equivale a ser un cómplice o un atracador más. Tenemos que volver, fatalmente, a las formas tradicionales, atemperadas a las fórmulas del progreso.

Cuando Pérez Madrigal habla del comunismo su voz adquiere un acento acerado, como cortante. Es la misma voz que se alza en las Cortes del Frente Popular con aire de reto, provocando escándalos que solían culminar en descomunales refriegas. Como en aquella sesión del año 1938 en la que se discutían las actas de Salamanca, en las que andaba implicado el derecho a sentarse en el Parlamento Gil Robles. La Asamblea empezó a amañar, a cubiletear, a negociar sobre el clásico «toma y daca». Pérez Madrigal vió el juego sucio y exclamó: «¡El primer pastel de la temporada!»

Ahora nos recuerda aquellos momentos:

—Buena la hice. Salí vivo de milagro después de aquella frase. Dimas Madariaga, corpulento y fraternal, me sirvió de parapeto contra el alud de comunistas, socialistas y republicanos de izquierda. A uno de éstos, el primero que se me acercó, que se llamaba Escribano, le apliqué al rostro una sonora bofetada. Y ésta fué el toque de rebato que movilizó a toda la mayoría para caer sobre mí. Por lo visto, para destrozarme se precisaba «quórum»...



En el patio del palacio Anaya, de Salamanca, en 1937, aparecen, con Pérez Madrigal, Jacinto Miquelarena y Cipriano Torre-Enciso. Aquí estaban instalados los servicios de Radio Nacional



Una tertulia en un café de Burgos, en 1938: Pérez Madrigal con Gómez Aparicio, Gallostra, Fernández de Córdoba, Hernández Petit, Víctor Ruiz Albéniz y otros

EL IMPERIALISMO INGLÉS Y RUSO SON AFINES

De la refriega parlamentaria pasa Pérez Madrigal a hablar nuevamente de la política de nuestros días:

—A la larga, si no se deciden Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania a constituir sus Estados al margen del liberalismo y de la democracia parlamentaria, veo el triunfo del comunismo.

—¿Ofrece el sistema político inglés una garantía contra el comunismo?

—El sistema inglés está adolecido; tiene el arrastre del señor venido a menos que para sobrevivir se alimenta de evocaciones de pasadas grandezas y de ruinas gloriosas.

—¿Le interesa a Inglaterra nuestra postración para seguir detentando con tranquilidad a Gibraltar?

—La persistencia de Gibraltar bajo la soberanía británica, más le daña a Inglaterra que a España; pone en evidencia ante el mundo la falsedad del concepto tan inglés y liberal del respeto a los demás pueblos. ¿Cómo podemos extrañarnos del afán de Inglaterra por estrechar lazos con la U. R. S. S., dada la afinidad

de tendencias entre el Imperio moscovita y británico? A Inglaterra le cuesta mucho trabajo desprenderse de sus gibraltares y se rinde deslumbrada y maravillada ante la U. R. S. S., que con depurada técnica se dedica a cosechar también gibraltares. El ademán imperialista de rusos e ingleses es el mismo; no hay más diferencia que a unos pueblos se les devora en vajilla de oro y a otros en un pesebre o en una pocilga.

—¿A quién corresponde la hegemonía del pensamiento universal frente a las horas soviéticas?

—Le corresponde por derecho propio a los Estados Unidos; una hegemonía cimentada en la fuerza. Esta fuerza será tanto mayor cuanto más estimen los Estados Unidos los sentimientos de otros pueblos menos poderosos, pero más lúcidos, viejos y expertos. La gran nación americana, en su papel rector, ha ofrecido a los pueblos de Occidente no sólo el auxilio de los dólares, sino también la enseñanza de sus actos de política interna frente al comunismo, lo que nos permite, de persistir en ella, contemplar el porvenir con bastante esperanza. Han negado al comunismo el derecho a existir, a militar, a ensquistarse en el gobierno de sus

Estados. Esto es un buen síntoma, pero no lo es todo. Si en la instrumentación material de la política y en sus instituciones formales se va a la abolición del comunismo, hay que vigilar también la conciencia colectiva, depurarla y acendrarla en ideas frente al régimen materialista y pecuario del marxismo.

UN MASON QUE NO HACE PLANCHAS

Pérez Madrigal fué un republicano ilusionado en el año 1931, afiliado al radical-socialismo. Después fué evolucionando hacia lo que eran entonces partidos de derecha. Más tarde se sumó de corazón al Movimiento Nacional, abjuró de pasadas actuaciones y aboga hoy, en lo institucional, por una Monarquía absoluta en sustitución de los regímenes democráticos, como presupuesto indispensable para oponerse al comunismo. ¿Cómo explica él ese cambio de ideas? En su libro «Pérez» dice a este respecto: «Yo fui primero un radical-socialista furibundo, sí, señores. Y al año o poco más de serlo muy ardiente y alborotador, aquel furor partidario hizo crisis y pasé de los alaridos, de las soflamas demoleedoras a una especie de silenciosa laxitud, de moderada reflexión, de convalecencia serena y reposada.

»Pues bien; yo fui uno de los más afectados por la enfermedad de moda. Y no creo que sea vergonzoso ni degradante que al cabo de determinado tiempo me pusiese bueno, se depurase mi pensamiento y se aligerase de peso y se recuperase de alegrías mi corazón. Yo no me avergüenzo; antes bien, tengo a gala de mi fortaleza espiritual el haber pensado en 1933 lo que rectificó, lo que mudó mi pensamiento de 1931. ¿Que cambié de ideas? Sí, señores. Pero no en contraprestación de ningún pacto vil.

—¿Cuáles fueron las causas principales del fracaso de la segunda República?

—El fracaso de la República se debe a que no había republicanos. El gran crimen de los hombres como Azaña, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Giral, Martínez Barrios, Gordón Ordás... fué entregarse al marxismo y a sus conductores a conciencia que, sin una masa republicana que los sustentase, tenían que ser instrumentos de las Internacionales para seguir en el Poder.

—¿Cuáles serían las consecuencias de un nuevo ensayo republicano en España?

—Nos llevaría a las mismas consecuencias que el anterior, pero mucho más de prisa. Partiendo de la incapacidad del pueblo español para constituirse en de-

moocracia, considero que cualquier régimen monárquico o republicano que asiente su soberanía en el Parlamento representa el suicidio de la nación. Esa incapacidad es, desde luego, una virtud. España es un país de descubridores, de santos, de héroes y mártires, esto es, de individualidades de hombres sublimados de la máxima potencia de su voluntad y de su ser. España no es una nación apta para regirse por un régimen pecuario de rebaños, que son las democracias. De ahí que el liberalismo en nuestro país degenerase siempre en anarquismo.

Allá por los años de la Dictadura de Primo de Rivera, Pérez Madrigal ingresó en la masonería. La ceremonia tuvo lugar en una notaría de Linares, y como el Gobierno entonces no dejaba moverse a los de la secta, se abreviaron los trámites de ingreso. Pérez Madrigal fué conducido a una habitación de trastos viejos, donde se aparejó una silla, una mesa y una escribanía. Allí le dejaron solo con unos cuantos formularios que tenía que cubrir. Se interrogaba en ellos sobre lo humano y lo divino, lo político y lo moral, lo grosero y lo religioso.

—No sé cuánto tiempo permanecí «reflexionando» hasta rellenar los formularios. Al fin vinieron a llevarse los papeles, y aguardé en aquel desván hasta que vinieron los de la secta a honrarme propinándome cada uno «el triple abrazo fraternal», consistente en darle a uno un abrazo por la derecha, otro por la izquierda y otro por el centro. Tuve que pagar 29.40 pesetas de derechos de ingreso. Luego me exhortaron a trabajar y a hacer buenas planchas.

—¿Hacer planchas?

—Planchas, sí. A las memorias, ponencias o informes de carácter masónico se les llaman planchas. Pero no hice ninguna porque al rellenar aquel formulario debí exhibir el plumero de mis rebeldías, y no fui llamado a ninguna logia, ni a lo largo de los días tuve trato ni contacto oficial alguno con la masonería.

ESPAÑA DENTRO DE VEINTICINCO AÑOS

—¿Qué objetivos persigue la masonería?

—Es una asociación de hombres bienintencionados los unos, equivocados los más, pero con taras todos, que persiguen el derrocamiento de todo lo que suponen ellos que es una tiranía. Si por acaso la masonería logra derrocar alguna tiranía, se pone entonces ella a ejercerla, aunque ya no se considere tal tiranía. Hoy es ya una organización anacrónica superada por las nuevas realidades de la vida social en su progreso multiforme.

—Los países llamados democráticos se enorgullecen del derecho de los ciudadanos a la huelga...

—La huelga es un ademán antisocial para obtener, mientras no se demuestre lo contrario, un beneficio ilegítimo con daño de un patrimonio indefenso. La huelga, como toda violencia, es anti-humana. Ningún Estado tenido por civilizado y jurídico puede amparar el derecho a la huelga. La huelga es una manifestación del odio de clases, y todo

Estado que fomente ese odio no merece ser llamado Estado civilizado. ¿Por qué Rusia, país de los trabajadores, la prohíbe? Porque no se deja tentar por los cantos de sirena del liberalismo; las democracias son unas enfermedades incurables, y es muy humano, ya lo dijo Machado, que el hombre se encariñe con lo que más le aflige persistentemente. «Todo es hasta acostumbrarse; el preso toma cariño a la reja de su cárcel.» Si hablamos con tres enfermos de cáncer, todos procurarán hacer creer que el mejor es el suyo. Tal le sucede a Inglaterra, por ejemplo, que se enorgullece de poder tener todavía las huelgas más formidablemente ruinosas de todo el mundo. Pues que se las disfruten con salud...

—¿Cómo presente a España después de que transcurran veinticinco años?

—Dentro de veinticinco años, España habrá consolidado la gran obra del Movimiento Nacional, del que Franco, con la doctrina profética de José Antonio, fué el fundador. Hay un hito sagrado en la historia de España, que esta generación y las por venir no dejarán de glorificar: ese hito es el 18 de Julio.

Pérez Madrigal, a pesar del gesto grave de su rostro, del tono severo de su voz, de esa primera impresión que produce de ser reservado y poco cordial, posee una mirada apacible y amistosa.

—Hace poco tiempo fui a Turón a dar unas conferencias a los mineros, hijos mimados y víctimas escogidas de los agitadores revolucionarios. Una de ellas la titulé «Fundar no es restaurar». Franco, de los escombros de un país, ha fundado un Estado con una constitución acorazada contra los embates de todos los enemigos de dentro y fuera de nuestras fronteras, y procuraré explicar que el Régimen no tiene nada que restaurar, pues todas sus instituciones están previstas con fórmulas nuevas. ¿Qué íbamos a restaurar? La segunda conferencia fué «La lealtad, verdad de faena, y los conspiradores, de levita». Frente al mundo que trabaja en los campos y en las fábricas, los que intentan comerciar y medrar a costa de los que rehacen España, aquellos mineros aclamaban entusiasmados a Franco, aplaudían con más calor que cuando hace ya muchos años iban a soliviantarles los políticos y agitadores.

Joaquín Pérez Madrigal, autor del libro que lleva por título «Pérez», vuelve después de la entrevista a despachar los asuntos de su bufete, a sus libros de Historia, a seguir escribiendo las monografías que ha de entregar periódicamente sobre los acontecimientos más importantes de nuestros días. Es el quehacer cotidiano de un Pérez Madrigal que concluye así su libro «Pérez»: «Yo, en ansia de futuro, me desviví muchos años. Pero tuve la fortuna, sin haber llegado a viejo, de pararme a tiempo. No me desvivo ya, no me mato ya, porque me morí a fuerza de desvivirme. Es decir, me morí para los vivos. Pero estaré pronto a saltar, a volver a la pelea si no son los vivos, si son los muertos, si son los albaceas de los muertos los que me llaman.»

Alfonso BARRA

Lea usted

Tres sonetos a la amistad

Por F. Martín Iniesta

En el número 41 de

POESÍA ESPAÑOLA



LA "OPERACION SARDANA"

TRES MIL FIESTAS EN TRES MIL PUEBLOS CATALANES

LO QUE EN CASTILLA GASTAN EN TOROS SE INVIERTE AQUI EN MUSICA

UN centenar de coblas ha empezado, ahora, en junio, la batalla de las Fiestas Mayores—la «operación sardana», en Cataluña. Cataluña celebra unas tres mil fiestas de pueblo, y en ninguna de ellas falta una cobla. Lo que los pueblos de Castilla se gastan en toros, se invierte aquí en alquilar músicos. En esta nueva carta deseo hablarles del músico de cobla.

«L'ALBERT», RECUERDOS...

Creo que en la primavera del año 1947, el diario «El Correo Catalán», de Barcelona, me encargó unos trabajos sobre la historia de la sardana. Como sea que las cosas históricas me han atribulado siempre por su engorro, recurrí a buscar, en la región, las sombras de los músicos más viejos. En el teatro Español, del Paralelo, la compañía vienesa de Arthur Kaps presentaba, a diario, al viejo Albert Martí. El viejo Albert se hallaba en el declive de su carrera musical. Vivía en Barcelona, en una calle del Ensanche, pobre, con su mujer. A mí me interesaba hablar con aquel hombre, de vida tan interesante.

Albert Martí, en la historia de las coblas catalanas, ocupa un primerísimo y estratégico lugar. Por su carácter, por su personalidad, por su ingenua fachendería y por lo irregular de sus actuaciones, le voy a comparar—cada cual en su sitio—, con Rafael «el Gallo». Si el «noi Albert» viviera aún hoy, tendrían aproximada-

mente la misma edad. Sus vidas —paralelas—, conocieron el triunfo y la «espantá», y el revolcón, y el éxito entre las damas. Rafael vivió en grande, y pudo manejar montañas de dinero. Albert, en cambio, con la tenora a cuestras se hizo más sabio que rico. En la época dorada de ambos hombros, pocos payeses del Ampurdán tenían la menor idea acerca de Rafael. La gloria de la tauromaquia era entonces, en la amplia Cataluña agraria, algo muy alejado, sin relieve. En cambio, cobraba auge la sardana. Las coblas mejoraban, y aumentaban en número. Con el cine en pañales, sin el sefueo de la afición taurina, Cataluña vivía de cara al gran espectáculo de entonces. En las calientes plazas de los pueblos, los músicos de cobla eran reverenciados, admirados. El más gallardo de ellos, el más fino de oído, el que sabía remusgar mejor los ojos en el momento de iniciar el «solo» casi místico y sacerdotal de la tenora, era Albert, el «tenora» de «La Principal de La Bisbal». Y Albert Martí tuvo una época magnífica, rosada, pero no pudo ahorrar una peseta. Las coblas, por entonces, no cobraban lo que ahora, ni aún proporcionalmente. Se fumó extraordinarias tagarninas, se atizó comilonas, escuchó africa-

nísimas ovaciones de potencia rural. Los mejores poetas floralescos le dedicaron odas. Y dijo Apeles Mestres: «Cuando Martí levanta la tenora, y retorna los ojos, parece como si dijera: «De aquí al cielo...». Pero el músico de La Escala envejeció, y sus labios perdieron la dureza precisa. Ignorante, atrevido, vanidoso, no supo ceder su instrumento, su lugar en la cobla, en favor de otros músicos más jóvenes. Albert, el gran Albert quiso seguir siendo el protagonista de su elenco, el Kubala, el Di Stéfano de su conjunto. Despreciaba el fiscorno, huía del «tiple» y de otros instrumentos... «La Principal de La Bisbal», entonces, se vió obligada a buscarse otro delantero centro.

Aquel hombre fundó después la «Cobla Albert Martí», en Barcelona. La aureola de su nombre hizo el milagro de conseguir para el conjunto unos buenos comienzos, unos comienzos remunerativos. Llovieron las contratas, al principio. Luego, debido a las frecuentes desavenencias entre el director y los músicos, la cobla fué perdiendo consistencia. El músico enfermó después, pero siguió arrastrando su amor propio de artista por las plazas de pueblo. Más hacia acá, la cobla que llevaba su nombre tocaba ya muy po-



El «Esbat de Dansaires», de Figueras, en una fiesta celebrada en el palacio de Rerelada

cas veces, en audiciones sueltas, o en las fiestas de barrio.

Cuando, en 1947, fui a visitarle, Martí era ya muy viejo. Recuerdo que Arthur Kaps nos presentó. El buen Albert—aún pese al maquillaje que llevaba pegado a sus arrugas—, me pareció la sombra de un hombre bien dispuesto, gallardo. Los vieneses le habían vestido de payés a la folklórica, con barretina de color morado, y calza corta, y «jec» de terciopelo rojo. Llevaba la tenora gallardamente entre las manos. Pero éstas, le temblaban.

UN FOGONAZO

Martí me citó para el día siguiente, en su casa. Me quedé a presenciar el espectáculo. No sé si era «Luces de Viena», o «Soñando con música». En la sala, no cabía una aguja. El sardanista salió en plan de «remiendo» entre dos números, es decir, entre dos decorados de esos que piden tiempo. El señor Kaps le había contratado sólo como «relleno», pero eso sí, el «relleno» gustaba al respetable. De oídas, todo el público conocía la fama del anciano. Le recibieron con una gran ovación. La orquesta del teatro, entonces, atacó una sardana popular, fácil, de lucimiento. Albert, con la tenora entre los dedos, esperaba el momento de meter su gol. Cuando atacó el primer agudo sentí en la piel la frase del poeta Mesures. El cielo, en aquellos instantes, estaba allí, colgado de un alambre. La sala despidió a aquel hombre con un entusiasmo húmedo, filial, cariñoso, un poco lastimero. Después, salió Franz Joham y dijo unas bobadas...

Al día siguiente me fui a ver al viejo héroe. Me acompañaba Camilo Merletti, fotógrafo muy conocido en Barcelona. Subí a un segundo piso de una casa inundada de personas. La escalera apestaba a fritanga de sardina. Me recibió el propio Albert, en mangas de camisa. Tenía la piel muy blanca, como todos los músicos. El piso era pequeño, empapelado y lleno de calendarios. Al pasar por delante de la cocina, nos salió una mujer, en delantal, frotándose las manos. Albert nos dijo:

—Es mi mujer. Y agregó dirigiéndose a ella: —Estos señores quieren sacarme en un periódico...

La mujer no pronunció una palabra.

Pasamos luego al comedor. Albert se puso a hablar de su infancia en el pueblo marinero de La Escala. Me dijo que su maestro había sido el viejo «Xaxu». «Xaxu»—barbero de profesión—, no cobraba honorarios por enseñar los secretos pelágicos de la tenora. Se contentaba con que sus discípulos remojasen las barbas de los parroquianos. Los más aventajados, afeitaban y cortaban el pelo. «Xaxu» había compuesto más de cuatro sardanas en la trastienda, mientras un par de alumnos atendía a la clientela a navajazo limpio. Me habló de su paso por las coblas de antaño hasta llegar a la famosa «Principal de La Bisbal», de la que llegó a ser representante. El más humeante triunfo de su vida, había consistido en una mano mano celebrado en la plaza de Bañolas, con otro super-clase del agudo. Repitieron seis veces cada uno la misma sardana, entre un silencio general. El otro super-clase terminó desmayándose y entonces, a Martí, los payeses de La Garrocha le regalaron más de trescientos callequeños.

Estábamos charlando cuando Marletti—he de decir que, por entonces, aún no había llegado a España la novedad de «flash» en la fotografía—, disparó un fogonazo de magnesio desde el corredor, y lo hizo con tan mala fortuna que la llama, prendiendo en el empapelado chamuscó doscientas o trescientas florecillas del dibujo. A esto, de la cocina, salió, hecha un basilisco, la mujer del «tenor» y chillando, se puso a manotear delante de nosotros.

—¿De qué te sirven tantas propagandas?... ¿Te pagarán por eso?... ¡Mejor nos hubiera valido quedarnos en La Escala!...

El humo del magnesio, me obligaba a toser. Marletti, estaba consternado.

—¡Váyanse al diablo!...—continuó la mujer dirigiéndose a nosotros—. ¡Estoy harta de gloria y de papeles!... ¿Sabe cuánto le pagan a mi esposo por tocar en el teatro Español?... ¡Diez duros!... ¡Diez cochinos duros!...

—¡Mujer!—decía Albert, consternado—. ¡La propaganda no hace daño a nadie!...

Creo que la entrevista terminó aquí. Yo publiqué, en el periódico, lo que esperaban los lectores. Los lectores necesitan un héroe. Martí, pocos años después, murió. No creo que usted, al leer eso, pueda pensar nada malo de él. Era un buen hombre, y un gran hombre. Había nacido en La Escala, para ser pescador. Pero le dió por ser artista. Tuvo grandes disgustos y grandes alegrías. De haber nacido ahora, el músico Martí tendría una vejez tranquila, con retiro y demás. Su mujer no entendía que se pudiese ganar el cielo tocando la tenora. No sé si aún vive su mujer. Al escribir todo eso no pretendo ofenderla, sino ensalzar su sacrificio, un sacrificio que duró toda una vida...

LO QUE GANAN LOS MUSICOS DE COBLA

En la buena época de Albert, los músicos cobla ganaban cifras irrisorias. Un conjunto cobraba, por tres días, de treinta a cuarenta pesetas. Ya les expuse a ustedes, en mi carta anterior, lo que perciben ahora.

El buen Albert llegó a ser primer músico de «La Principal de La Bisbal». Cada integrante de este conjunto gana ahora, aproximadamente, unos doce mil duros al año. Pero eso no es todo, porque, además, le quedan durante los meses invernales infinidad de horas libres.

Los músicos de «La Selvataña» y de la «Cobla Barcelona», reparten a razón de ocho o nueve mil duros. Los menos afortunados, ganan, como promedio, unos tres mil. Pero los músicos menos afortunados son, claro está, los que disponen de más tiempo libre, y pueden dedicarlo al ejercicio de algunas profesiones poco esclavas, profesiones de esas que no requieren un horario fijo: impresor, remendón, viajante, cobrador, etc. Muchos de esos sardanistas, ahorrando durante algunos años, consiguen poner un pequeño negocio a nombre de su mujer. En Cataluña, una de las más finas formas que tiene un hombre para demostrar gazonería comercial consiste en eso. El catalán es un fiel cumplidor de sus obligaciones para con el fisco, pero, no obstante, por ganas de demostrar vista, ponen siempre a «la dona» por delante cuando es cosa de tratar con Hacienda.

UNA BUENA SARDANA PUEDE DARLE A SU AUTOR CUATRO O CINCO MIL PESETAS

Una cobla enraizada, una cobla provista de todo lo preciso, tiene siempre su «genio» musical. El «genio» musical cuida de los arreglos (las instrumentaciones), y, además, es un buen compositor. Sebastián Viladesau, en el conjunto bisbalense, es, por ejemplo, un completísimo ejecutante. Y además, un maestro en los arreglos. Luego, además, compone música moderna y música de cobla.

En los tiempos del sombrero de paja, una sardana cundía poco. El «genio», después de despeinarse creándola, vendía las copias a las coblas. Por cada copia contratada, recibía, a final de temporada, un triste duro. Una buena sardana podía producir, con suerte, veinte duros. Algunas coblas, por

El público baila sardanas en el ruedo de la plaza de toros de Gerona. Todo el mundo baila a los sones de la cobla



afán de lucrarse, alquilaban las piezas, o sacaban de ellas nuevas copias para venderlas a dos o tres pesetas. Al gran Vicente Bou, de Torroella, su inspirada «Angelina» le produjo, exactamente, veintitún duros...

Hoy, los buenos compositores pueden ganar prudentes sumas de dinero. La Sociedad de Autores les da un diez por ciento, como a los comediógrafos. Una buena sardana—una sardana que, además de ser buena, cuaje en el gusto de las masas—, puede darle a su autor, en dos o tres años, unas cuatro o cinco mil pesetas. No es raro que un autor tenga en el candelero siete u ocho sardanas, y aún más. Aparte de eso, cuenta el tanto por ciento sobre los discos, sobre las audiciones en los locales cerrados, etc...

UN OFICIO QUE SE DIGNIFICA

Cuando una Comisión de Fiestas contrata a una cobla, sabe muy bien que, sobre el precio estipulado, ha de abonar al Sindicato un seis por ciento. De sus ganancias propias cada músico, además, abonará un tres por ciento. Ese nueve por ciento se guarda en un fondo común, hasta el momento en que el artista se jubila. Entonces se le pasa una pensión hasta su muerte, acaecida la cual, se cede el remanente a sus herederos. Hay músicos de cobla que tiene más de cien mil pesetas en las arcas del Montepío.

Agrupados en el Sindicato del Espectáculo, el músico de cobla goza de todas las ventajas propias de un productor. También eso significa una estimabilísima mejora. El oficio del viejo Albert Martí se ha dignificado mucho. El tronadito «senyor music» de antaño es, hoy, todo un señor de veras. Lástima, sin embargo, de que se vea obligado a la carga y descarga de los bultos... En el último día de una fiesta mayor, a eso de las cuatro de la madrugada, mientras el representante liquida con la Comisión, resulta fastidioso seguir las operaciones

de carga. Maletines, micrófonos, pancartas, cajas descomunales, son aupadas deprisa a la marquesina de un autocar. Los tunantes del pueblo toman su «carajillo» y un par de viejas barren en los improvisados palcos de la sala de fiestas o del entoldado. Los señores «musichs», muertos de sueño, sudan sin restricción. El chófer, masca la última faria de la noche. Hacia las cuatro y media, el coche arranca camino de otra fiesta. Pronto amanecerá. Los señores «musichs», en mangas de camisa, duermen el sueño de los justos...

LA FIESTA EMPIEZA CON MUSICA

Una fiesta mayor empieza siempre con oficio cantado. Los artistas recogen a las autoridades al son de un pasadoble, en el Ayuntamiento. Compuestos, bien peinados, músicos y jercarcas marchan hacia la iglesia. El pueblo les espera. Los de la cobla-orquesta, se juntan en el coro, parpadean y empiezan a cantar la «Misa grande», de Ribera, a tres voces, y a toda orquesta. Después viene la larga interpretación del «Ofertorio», entre el sonido de la calderilla, y, al fin, los «goigs», las alabanzas del santurrón local, arcaicas, abundantes, monorrítmicas y hermosas:

«Ens curáreu de la pesta
oh, nostre Sant Marçal.
Déu-nos goig, vida i alegria,
oh, nostre Sant Marçal...»

La ceremonia religiosa ha sido larga. De vez en cuando, ha llegado a la iglesia un tufillo agradable de cebolla cocida. El señor cura, claro, también prepara su «ápat», su comida extraordinaria...

El señor cura, y las autoridades, y los abanderados de la congregación local, las beatas y el pueblo, salen luego del templo, con los músicos, en pasacalle. Algunas mujerucas llevan cirios, cirios que el aire apaga casi siempre. El calor se amilana en los recodos. El sol bate en las eras, entre un espléndido jolgorio de chicharras. Contrasta el negro seco de las mantillas con el húmedo blanco de las solfas. El vocalista guapo lleva gafas ahumadas. Un monaguillo agita el incensario. Crujen las suelas de los zapatos nuevos.

Después de rendir culto al santo, los músicos acuden a la plaza del pueblo, donde siempre hay un árbol de fronda gigantesca. Se suben al tablado, se sientan en dos filas y se sacan los chismes de música folklórica. Los músicos son once. Los de primera fila constituyen las piezas del ataque: dos tiples, dos tenoras un tamborino y una cornamusa o «flaviol». Estos dos últimos instrumentos—como le dije a ustedes en mi carta anterior—, son manejados por la misma persona.

Los del tablado, afinan. Abajo, en la explanada, las muchachas exhiben sus vestidos nuevos, de



Un concurso de sardanas en pleno desarrollo



El Gobernador Civil de Girona, don Luis Mazo Mendo, presencia una competición de «colls»

colores tonantes, y las sinuosidades de su «permanente». Los muchachos empiezan a pedir exclusivas para el baile de tarde. Todos llevan corbata nueva, y mucha brillantina en sus crestas de gallo. Hay un grupo de viejos tiquismiquis que se sitúa muy cerca de la cobla, a fin de cazar los gazapos. Otro grupo de viejos—los viejos turulatos, los «hinchas»—, se hacen lenguas sobre la personalidad del «tenora» primero. Dicen que ese «tenora» tiene un labio magnífico, un labio de alto presupuesto. Los miembros de la Comisión se pavonean entre los grupitos.

—Si esta tarde no vienen forasteros—dice uno—, nos tocará pagar trece duros por casa...

El caramillo afina la primera pasada. Oído atento, como dicen en los cuarteles...

LA PRIMERA SARDANA

Con tamboril y flauta, el músico ambidiestro emprende la ejecución del «contrapás». El «contrapás», en todas las sardanas, es el mismo. Unas notas muy breves, agudas, pastoriles. Según los sabios, simboliza el canto del gallo en la madrugada.

Después del «contrapás», toda la cobla, armoniosamente, emprende la primera pasada de los «curts». La armonía de la sardana es vibrante, movida, juguetona, muy rica. Todo el instrumental suena en «brillante», es decir, media nota más alta de lo normal. Los músicos—no se sabe por qué—, suelen levantar mucho sus instrumentos, como si no tocaran para los de abajo, como si toda su armonización fuese un regalo destinado a desparramarse como lluvia sonora por los campos, por las montañas que a esta hora solar son de color sardina. No hay nada más alegre, más plácido, más elemental y apetitoso que una buena sardana tocada así, al aire libre, entre el polvillo levantado por los «balladors». Las sardanas de asfalto, las sardanas tocadas en invierno, en las ciudades, con motivo de las fiestas de los lecheros, o de las fiestas de los metalúrgicos, parecen huérfanas de solemnidad.

A lo largo del minuto primero, se han formado, se han improvi-

sado las «collas» de «balladors». «Collas» de niños, «collas» de mujeres, «collas» de ancianos. La sardana se ensancha cada vez más, gracias a las nuevas aportaciones de material humano. Dos o tres mastodontes de las matemáticas, dos o tres entendidos de la distribución, comandan en los grupos. La masa se deja llevar por ellos.

El músico ambidiestro ejecuta de nuevo, en solitario, el «contrapás». Hay un breve descanso, de unos segundos, durante el cual se oyen chirriar, en el camino, las ruedas de un carro, y pian los pájaros. Luego, al unísono, la cobla estalla en la sonora risotada de los «llargs», esplendorosa, cálida. La rueda de danzantes levanta los brazos, se yergue, se embadurna de clara solemnidad. Las mujeres comienzan a puntear. Saltan los jóvenes. Los viejos, con ternura, fijan la vista en un puntito vagoroso.

Luego restalla—acompañada y viva—la tenora solista. La tenora solista tiene voz de hombre joven, de hombre impetuoso, enamorado. Canta su amor por todo, su amor por la belleza de los campos, su amor por la belleza de los bosques, y del mar y del cielo... El primer tiple, a ratos le contesta. El primer tiple suena con debilidad alada, aguda, desprendida. Su sonido se eleva. Hay un momento en que tenora y tiple funden sus sonidos, dibujan un «crescendo» rapidísimo y estallan, como un igneo amanecer.

Es el momento en que al músico grande, al músico Kubela, al músico Di Stefano, se le hinchan las venas yugulares, y el rostro se le ensancha, y el tórax se le hincha como un globo. Es el momento en que los viejos, los más viejos de la localidad, no recuerdan haber visto en su vida un «tenoré» semejante...

Si ha habido ante oficio, los músicos, por la mañana, no tocan más que una sardana. El Sindicato no tolera divismos. El Reglamento es el Reglamento.

Después de esa sardana, los payeses se atracan de aceitunas y almejas. Mi amigo, mi admirado amigo José Flá, dice que los payeses catalanes e tán poseídos por la neurastenia de la almeja en conserva. Da gusto comprobar

lo bien que encajan en sus bocas las pulpas del crustáceo, medidas con palillos de los más caros que hay en el mercado. Los músicos, a la hora del vermut, hacen su papelito. Generalmente, alternan con la «Comisión», con las autoridades y con el señor cura. El señor cura asiste siempre a las audiciones de sardanas. La sardana no es, no puede ser, pecaminosa.

PRIMERA COMILONA

El agro catalán es parco en las comidas. Pero ya enseñan los maestros que e nunca ha habido regla sin excepción. La excepción, en tal caso, es la comida —«l'apat»—de la Fiesta Mayor.

Un músico de cobla ha de ser, por la fuerza, un «gourmet» asombroso. Cincuenta o sesenta comilonas como la que pienso detallarles—pongo la cifra mínima—merecen un diploma anual para quien las aguante...

La comida del primer día de fiesta empieza, impecablemente, con la catalanísima «escudella i carn d'olla». La «escudella» es un caldo de gallina venido a más, un caldo de gallina con huesos de tocino, y huevo, y hortaliza machacada, y todo lo que quepa en la cocción. La «carn d'olla»—el plato subsiguiente—consiste en tumultuosas trinchas de carne con huevo, y patatas, y trozos de cordero, y gallinas enteras metidas a pedazos en los platos, todo bien hervido. Después de comer esto, usted, feliz mortal, puede vivir tranquilo durante varias horas. Lo malo para usted, feliz mortal, consiste en que después de comer esto le servirán, con toda seriedad, unos «principios», es decir, unos entremeses intrincados, frondosos, servidos en la mesa con el simple propósito de despertar el apetito. Líquida usted esos entremeses, saturese de vino del país—del país que sea—y observe cómo irrumpe una criadota con un enorme fuente llena de oca, de oca con nabos, o de oca con higos tiernos, o de oca con oca. Y pruebe luego los «menuts» de pollo y los de cordero. Y empiece usted a aflojarse el cinturón, porque está en el prólogo... La mesa habrá empezado a producir calor de intimidad, se hallará usted inesperadamente en mangas de camisa, hablando a gritos, cuando aparezca el típico relleno de manzanas con carne. Y, luego, se verá usted obligado a comer pollo asado, o pollo al chocolate. Si hay un poco de suerte, le traerán después un «suquillo» de pescado. Y beberá champañ catalán, champagne de San Sadurní. Y garnacha en los postres, y moscatel... Tendrá a la hora de los postres sus fuentes con galletas, con pasteles, con almendras tostadas, con fruta del tiempo... Y, luego, tomará su café, generalmente aguado, y su cofiac, y su poco de anís. Y le dirán su faria...

Después de lo cual—si usted, para su desdicha, es músico de «cobla»—tendrá que preparar los bártulos para el baile de tarde...

Me es grato anticiparle que, en el baile de tarde, le será ofrecida una buena merienda, para que no padezca. De eras y de otras cosas le habaré en mi próximo reportaje si se digna leerlo.

Jaime POL GIRBAL
(Desde Cataluña)

EL PROBLEMA DE LAS OPORTUNIDADES VITALES

Por Antonio ROBERT

PARA que el nivel de vida de un pueblo sea satisfactorio es preciso, ante todo, que la economía esté organizada de modo que la renta nacional sea alta, y luego que se distribuya en forma justa y razonable entre sus habitantes. Pero ello no basta.

A estos dos postulados fundamentales de la política social hay que añadir un tercero, no menos importante, y que consiste en que se ofrezcan a todos iguales oportunidades en el trabajo y en la conquista del bienestar.

Los norteamericanos afirman que en su colectividad humana existe esa igualdad de oportunidades vitales para todos. En un reciente artículo de «Time» se insistía sobre ese punto diciendo: «Los jóvenes americanos nacidos ricos y pobres, tienen las mismas oportunidades y pueden utilizarlas para orientar sus destinos. Sus padres pueden ser sastres remendones, profesores de colegios o magnates de la margarina, pero ellos pueden convertirse en vicepresidentes, descubrir vacunas, fisionar el átomo, enseñar latín o soñar con heroicas aventuras.» Y ello, según el artículo que comentamos, contrasta con la situación en la vieja Europa, donde, refiriéndose concretamente a Francia, tema de ese trabajo, ocurre que: «La juventud francesa no puede soñar. Francia es una nación con estratos sociales, sólidos como una roca. Sus jóvenes generaciones se encuentran encerradas desde su nacimiento en compartimientos estancos, escapar de los cuales es prácticamente imposible.» Añadiendo: «No hay una juventud francesa, sino tan sólo jóvenes estudiantes, jóvenes campesinos, jóvenes obreros, jóvenes comerciantes, integrados en una clase social. Cada uno de ellos vive y crece dentro de las fronteras de su propio dominio, retenidos en él por las barreras del dinero, de la familia, de la profesión, de los gustos o de la educación, sintiéndose más unido a su clase que a su generación.» Y continúa explicando que las posibilidades del francés medio de superar esas barreras, «a menudo tan rígidas como el sistema hindú de castas», son mínimas: «El hijo del zapatero raramente llega a ser profesor en la Sorbona. El del hombre de negocios nunca piensa en consagrar su vida a la agricultura. El hijo de un maestro de escuela puede tal vez convertirse en un abogado de nota, y el de un cultivador de viñedos, con suerte y algo de capital, llegar a poseer una representación de tractores. Hay, desde luego, algunas esperanzas, pero sólo dentro de ciertos límites.» Y habrá una porción de verdad en ello, cuando el último Congreso de la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos ha incluido, de forma relevante, entre sus conclusiones el tema de la libre oportunidad vital por encima de las barreras de clase, raza o dinero.

Echar mano de la tradición, de la historia y de los prejuicios no es explicar nada. Si en Norteamérica no existe ninguna ley escrita que imponga que el hijo de un gran industrial debe suceder a su padre, tampoco la hay en Francia ni en ningún país europeo. Tampoco es forzoso que el que nació labrador continúe siéndolo el resto de su vida, aunque tenga condiciones para aspirar a otra cosa. Mas en todos los pueblos, incluso en la Rusia soviética, quien tiene la suerte de venir al mundo en una familia perteneciente a los cuadros de mando, cuenta con mayores facilidades para aprovechar las oportunidades que se le ofrecen que el que pertenece a una clase peor dotada. ¿Cuál es, pues, la razón de esas diferencias?

Pues, simplemente, el número de oportunidades que se ofrecen. En un país de economía más bien

estática, desde hace muchos años, como en Francia, y cuya población crece poco, las oportunidades, a menos que se torne dinámica su economía, pesan mucho y pesarán siempre la herencia, el dinero, la tradición y los demás factores que tienden a congelar el ámbito social, y por ello existe insatisfacción por carencia de futuro, aunque el nivel de vida sea confortable. Por el contrario, en un país de economía en continuo progreso, como es Norteamérica, las oportunidades se multiplican y exceden en mucho al número de privilegiados que están en condiciones óptimas de aprovecharlas. Y ello es lo que da esa extraordinaria fluidez a la estructura social.

Por ello puede ocurrir que en una nación de economía poco desarrollada, si se imprime un vigoroso impulso a su desenvolvimiento, exista mayor bienestar—si no físico por lo menos, moral—que en otra de nivel de vida más alto, pero de economía estática.

Esta es una razón más para impulsar el desarrollo económico de nuestro país. No sólo para elevar la renta, sino también para brindar nuevas y más amplias oportunidades a los mejor dotados de todas las clases sociales, ya que esa esperanza de un posible mañana mejor, ganado con el propio esfuerzo, es uno de los factores más importantes que determinan el bienestar general de un pueblo.



En el misterioso oriente

CENTRAL PUBLICIDAD



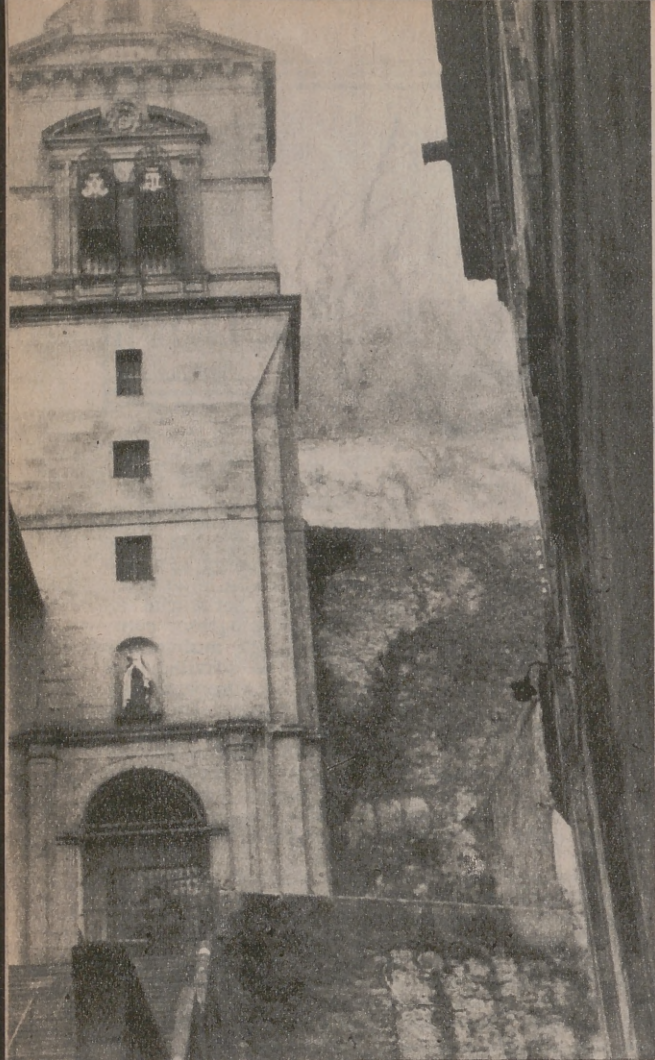
TAN...fácilmente como traspasó fronteras, se impuso en otras civilizaciones, porque ALFA la super máquina de coser y bordar es por su eficacia y seguridad, la mejor ayuda para todas las mujeres.

Como en el suyo, ALFA trabaja en millones de hogares.



ALFA

LA MAQUINA DE COSER
FAMOSA
EN EL MUNDO ENTERO



LA VIDA EN LOS CONVENTOS DE CLAUSURA EN LA NUEVA DIOCESIS DE SAN SEBASTIAN

MIENTRAS ALGUNAS COMUNIDADES SE ADAPTAN A LAS NUEVAS NORMAS PONTIFICIAS, OTRAS NO SIENTEN NECESIDAD DE CAMBIAR

«Hay que ir con el espíritu que marcan los tiempos», dice la abadesa de las Canónigas

BUEN peregrinaje el de esta vez. Buena cosa ésta de ir de provincia en provincia, de convento en convento, tratando de desentrañar la vida y los problemas de estas casas de oración cerradas al mundo, donde un puñado de mujeres viven y ruegan.

A fuerza de ir y venir, de entrar y de ver, ya sé de antemano las preguntas de la hermana tornera; conozco su voz gangosa y fina. Y esos rumores de faldas, los tintineos de llaves, el aire como aquietado, el tiempo que no importa, también me los sé de memoria.

La diócesis de San Sebastián es una de las diócesis más piadosas de España. Salpicadas por ella hay un número bastante crecido de conventos de clausura. Y los problemas son siempre de dos clases: según que la comunidad haya empezado a vivir según las nuevas normas pontificias, o siga todavía anclada en el tiempo. En todas las diócesis ocurre igual. Hay conventos, viejos conventos por fuera, en los que un puñado de monjas jóvenes remozan de vida nueva la vida de la Orden. Y hay también monasterios donde algunas ancianas viven ignorantes e ignoradas de todo lo que ocurra más allá de los amparadores y tibios muros de sus celdas.

PINCHOS DE 30 CENTIMETROS

Bien verde está la picorota del monte Urgull. Y bien empinadas están también estas callejuelas

llenas de chicos y de ruidos. Pero aquí en el convento, tras la interminable escalinata con la paz y el frescor del musgo, a uno se le olvidan el chocar de los vasos en los chigres y las voces de los hombres, no se sabe si conversando o discutiendo.

Ya me son familiares los locutorios de los conventos, y casi había llegado a no inquietarme ante el juego de sombras cuadrículadas siempre sobre las tocas que quedaban, más allá, en la penumbra del lado opuesto.

Pero el locutorio de las Carmelitas Descalzas de San Sebastián es algo que impresiona realmente. De cuantos he visto es el más austero, el más impenetrable. La celosía es doble, como lo es en muchos otros conventos, pero tan apretada la cuadrícula, tan gruesos los hierros que la forman, que uno tiene la impresión de hablar o de dirigirse al negro vacío. Y ni aun siquiera queda el recurso de acercarse más y más a la reja por ver de divisar algún rostro, alguna mano, una mirada: unos gruesos pinchos de hierro de unos 25 a 30 centime-



A este lado del locutorio, nuestra redactora Maria Jesús Echevarría

tros de largo avanzan en dirección al visitante.

He aquí un ejemplo de convento anclado en el tiempo, de convento sin problemas económicos, sin inquietudes, sin deseo de cambiar. Cada día lo mismo que el anterior y que el siguiente.

—Trabajamos únicamente para poder comer y dedicamos la mitad de nuestro día a la oración.

Son seis horas diarias de trabajo. San Sebastián quiere a las Carmelitas y las encarga muchas cosas. Y ellas con sus recortes de telas y sus manos primorosas no hechas a las prisas, confeccionan minúsculos e increíbles escapularios, evangelios, mortajas. Hasta la recreación de la tarde la hacen trabajando. Las veintuna religiosas se reúnen en torno a la labor diariamente. Y esta vida de trabajo las aleja de problemas económicos graves.

—Vivimos bien. Humildemente, pero sin apuros. Entre lo que da la labor y la renta de la dote podemos pasar. La comunidad es



relativamente joven, y aunque delicada siempre hay alguna madre o hermana, la mayoría pueden trabajar, o por lo menos ayudar a algo.

UN CONVENTO COMO EN TIEMPOS DE SANTA TERESA

Estas voces que hablan por entre la cuadrícula, que se enredan a veces por entre los pinchos sin alcanzar mi oído, esos bultos que rebullen allá dentro, que yo siento cuchichear cuando alguna pregunta mía las inquieta, son mujeres que hace casi treinta años dejaron el mundo. No han vuelto a salir de entre estas paredes desde que entraron. La mayoría vinieron directamente de algún pueblito cercano cuando eran muy jóvenes. No conocen el radio, jamás vieron un cine, los aviones... ¡bueno! La Orden está como en tiempos de Santa Teresa.

—¿Y no sienten ningún deseo de cambiar? ¿No experimentan la necesidad de una evolución?

—Gracias a Dios, no.

Como en tiempos de Santa Teresa. La Orden Carmelitana sigue tranquila un ritmo de hace muchos siglos.

—Dependemos del señor obispo y de los Padres Carmelitas.

—¿Y el noviciado?

—Cada convento tiene su noviciado. Y dentro de él las novicias son algo aparte. No les está permitido hablar con las madres.

El periodo de noviciado es algo especial e importante. Si una novicia no puede hablar con una madre es porque no se la considera suficientemente madura, suficientemente preparada. Su trato sería perjudicial para la vocación de la novicia. En el noviciado no se incluye ninguna parte de cultura o instrucción.

—De estudios no se las da nada. Lo que traen aprendido, mucho o poco, y ya está. En cambio, se las enseña música. Fijese si la música se considera importante dentro de las necesidades de la Comunidad, que la madre

En el taller del convento, monjas y novicias trabajan para ganarse la vida

que entra como organista no tiene necesidad de dote.

En el convento no hay problemas de ninguna clase. No existe una diferencia entre jóvenes y ancianas; el espíritu se hace uno en la paz del convento.

—Porque las jóvenes se adaptan a las mayores y las respetan dócil y humildemente.

DEL AGUA DE TRIGO AL JERGON DE PAJA

Cada mañana, a las cinco y media, la Comunidad está en pie. La oración mental la hacen de siete a ocho y la santa misa comienza a las nueve. La madre procuradora, buena organizadora, es la encargada de todos los detalles de despensa y cocina.

—La comunidad desayuna agua de trigo tostado. Y... ¿comer? Pues, comer, un buen potaje, un plato de pescado con «alga» y una taza de leche.

—¿Cenan ustedes?

—Sí, a las siete de la tarde. Un plato de patatas o arroz, y manzana o membrillo de postre.

Y todo se hace en casa. Desde los dulces hasta los hábitos. Pardos hábitos de sayal y túnicas de estameña. Hábitos que duran

catorce o quince años «si se les cuida bien». Para dormir, las Carmelitas utilizan un ropaje especial, especie también de túnica, con una toca un poco diferente de la que llevan durante el día. En sus celdas sólo hay un pobre jergón de paja puesto sobre cuatro tablas y mantas.

—Sólo mantas. La regla no nos permite el uso de sábanas sino cuando estamos enfermas. Por eso las novicias, además de las 30.000 pesetas de dote y de las 6.000 que necesitan para gastos de noviciado, traen también su ropa de cama, de hilo, para estas eventualidades.

Si durante la conversación las voces se habían calmado y los cuchicheos habían cesado, ahora los ánimos se intranquilizan de nuevo. Pregunto sus nombres.

—¿Para qué los quiere?

—Pues... (¡Tengo tantas nazoras y no me sirve ninguna!)

Renacen los murmullos. Al fin, una habla por las tres o las cuatro que pueda haber en la oscuridad, que todavía no lo sé.

—Nuestra reverenda madre prefiere no decirlos.

EN EL MONASTERIO DE SANTA BARTOLOME

Como contraste con este tipo de convento de clausura, en el

La cocina de un convento. Se guisa lo que se puede, o lo que dan



que la necesidad de la evolución no se ha impuesto todavía, otros monasterios han comenzado activamente su proceso de transformación. Este es el caso de las Agustinas Canónicas de Astigarraga.

El monasterio, un monasterio cuya tradición se remonta al siglo XII, ocupa hoy una especie de limpio caserón con su huerta trasera y su reluciente cocina, donde se bambolean como tentetiosos las ollas panzudas. De vez en cuando llega la inundación, y la huerta o una parte del convento sufren daños, como ocurrió el año pasado. Adiós desván y adiós gallinas. Pero las madres hasta se han acostumbrado a estas pequeñas contrariedades que llegan de vez en cuando y las aceptan con muy buen ánimo. Además, el señor obispo ayuda en lo que puede.

Las Canónicas Agustinas de Astigarraga fueron las primeras monjas de clausura de Guipúzcoa. Hace unos cien años, exactamente ciento cinco años, restaurada la antigua casa de Postas de Astigarraga las religiosas vinieron a establecerse aquí. El convento, blanco y limpio, más semeja una casa familiar que un monasterio. Y, sin embargo, éste es hoy el monasterio de San Bartolomé, aquel en el que se refugiaron hijas de Reyes, nobles doncellas, y tuvo gran fama de santidad y devoción.

Hoy las madres ya no permanecen mano sobre mano en sus celdas con su libro de horas entre las manos, el corazón en Dios y el cuerpo inerte. Hoy las madres, las simpáticas y dinámicas madres, rezan al ritmo de su quehacer, que igual puede ser el que marca el cocer de la olla, que el golpetear de un azadón.

Madre Trinidad de la Cruz, madre Teresa, madre María Fernanda de la Cruz, entre las veintisiete religiosas de la Comunidad, son ejemplo de dinamismo y buena voluntad.

MONJAS CON ROQUETE?

No son muy jóvenes las hermanas y las madres de las Agustinas, no. Las religiosas, en su mayoría, son mujeres de mediana edad, buenas trabajadoras tipo vasco. Lo que quiere decir que son fuertes, muy fuertes, y que resisten un trabajo rudo como nadie. Pero todo en el convento está medido por el ritmo de la campana.

Las seis y diez de la mañana es una hora impresionante en el monasterio de San Bartolomé. Suena la campana, y de las celdas se inicia un pequeño y silencioso desfile. El día empieza en el coro. Y es impresionante el espectáculo por la indumentaria de las canónicas con sus roquetes lisos porque es día de diario. Extraño hábito. Nunca, nunca hubiera supuesto que existiese una Orden de monjas que llevase roquete. Hasta que me lo explican.

—En realidad, las Canónicas Regulares de San Agustín, en un principio, no se consideraron como monjas. Monjas fueron las doncellas piadosas que en su ideal de perfección imitaron y siguieron a los monjes. Pero hubo otras que con igual propósito imitaron a los clérigos, y fueron por eso llamadas «clérigas» o

«presbiteras». Hasta que un día se pusieron de acuerdo en su denominación y prevaleció la de Canónicas.

Y precisamente por eso, por depender de los clérigos, éstas son las únicas religiosas que llevan el vestido clerical que es el roquete y hasta en nuestros tiempos conservan el título de «doñas», primitivamente «dueñas», e incluso en el siglo XVI, las Canónicas Regulares de San Pedro de Dueñas (Salamanca), en vez de velos de monja llevaban mucetas lo mismo que los canónigos de las catedrales.

«CON EL ESPIRITU QUE MARCAN LOS TIEMPOS»

Madre Trinidad de la Cruz, la abadesa del monasterio, es una mujer con un gran sentido del tiempo presente. Ella, una monja de clausura, tiene una gran intuición de los problemas que existen fuera de su blanco monasterio y de su significación. No. El trabajo no les asusta a madre Trinidad y a las demás madres. La abadesa es aquí como una gran madre real y amorosa, comprensiva. Y con esos pequeños detalles caseros que van desde un zurcido hasta el cuidado de la salud de alguna hermana.

De vez en cuando una advertencia:

—Hija, hija, no me haga esto.

Reunidas en torno a la pantalla del costurero, las manos de las monjas son luminosas. Tan luminosas como cuando, libres, sujetan el libro de cánticos allá en el coro un día de fiesta, con los mantos azules cayendo majestuosos de los hombros. Lo que nadie sabe es que las medias de aquellas monjas tan radiantemente vestidas pueden ser de cualquier color: verde, azul, rojo, morado, amarillo. Los colores más disparatados, los que nadie quiere, los que ningún comerciante, por malo que fuera el tenducho y miserable el cliente, aceptaría. Pero aquí lo que nadie ve puede ser como se quiera.

Por eso el espectáculo de las monjas trabajando en la huerta no deja de ser curioso y aleccionador. Las faldas, un poco recogidas para no ensuciarlas de barro, las medias naranja o violeta asomando a medias, los grandes zapatones de hombre, o las botas de jardinero, que alguien del pueblo dejó de usar por inservibles, componen el atuendo de trabajo de las hermanas de turno. El azadón sube y baja en el aire como un péndulo. También la monja de clausura conoce el sabor de la fatiga física.

Son once los monasterios que existen de Canónicas Agustinas. Y los once están muy distanciados. De ellos, los más cercanos son Hernani, Placencia y Astigarraga. Madre María Fernanda de la Cruz, dulce, pequeña, delicada, con voz y aspecto de niña, me habla de los peligros de este aislamiento de los monasterios.

—Con el aislamiento se pierde el espíritu. Al estar tan distanciados los conventos, tan incommunicados, ocurre que hay muchas cosas que ya no las hacemos igual aun siendo de la misma Orden.

Así ocurrió que en abril del pasado año, cuando la superiora y algunas madres se trasladaron

a Placencia siguiendo las nuevas normas pontificias referentes a la Federación, se encontraron con que hasta el manto de sus hermanas era distinto.

—¿Entonces, ustedes aceptan la idea de un noviciado en común?

—Nosotras estamos encantadas con las nuevas normas que da el Santo Padre. Cuando apareció la Encíclica «Sponsa Christi», nos hizo una gran impresión.

—¿Y la formación cultural es interesante para la novicia, según ustedes?

—Es interesantísima. Hace falta una gran formación para no perder esa gracia de la vocación. Cuanto más culta es una muchacha, mejor puede comprender lo que significa la vida que ha elegido. Porque...

Madre Trinidad termina la frase.

—Hay que ir con el espíritu que marcan los tiempos.

EL REINO DE LA PROCURADORA.—UN EJEMPLO DE VIDA

En todos los conventos hay siempre una madre cuyo fuerte son los problemas económicos de la Comunidad. Es la madre procuradora, que otros llaman mayordoma o administradora. Pero el caso es lo mismo. La madre procuradora sabe todos los secretos de la despensa, da los sueltos a la madre superiora, y conoce a las mil maravillas que dos y dos nunca suman cinco.

En el monasterio de San Bartolomé, la madre procuradora es la madre Teresa. A veces hemos pensado que los «menús» de convento resultan un tanto raros. Sospechosos de estar confeccionados con lo que se puede o lo que dan. En Astigarraga el desayuno nada tiene de particular: consiste en el usual café con leche. Pero, en cambio, el «engañamundos», o sea la cera, es a base de higos cocidos y una taza de café con leche.

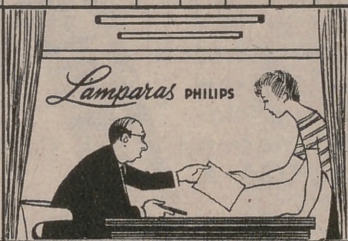
—La leche no nos resulta cara desde que compramos una vaca. Es muy socorrida. A la hora de la comida lo normal es que comamos una sopa y un potaje. Las hermanas más jóvenes necesitan algo que las llene para poder trabajar.

Con esto se arreglan. Y hasta me cuentan sus pequeños lujos, los extraordinarios que la Comunidad se permite: los domingos y días festivos se le da a cada religiosa una jicara de vino.

Esto es todo. A las nueve y media de la noche otra vez la procesión de roquetes inicia el camino del coro, otra vez las orantes de la Iglesia cumplen su tarea. La huerta, la cocina, la sala de labor están ahora desiertas. Los encalados pasillos se llenan de sombras y de cánticos. En la huerta huele el perejil. Mañana las hermanas y las madres continuarán trajinando de aquí para allá entre los bordados o entre la tierra, y mientras unas se entreguen a la terminación de una casulla, probablemente otras se extasien ante el conseguido tamaño de un repollo. Mujeres de Dios y de la tierra, en paz con la Naturaleza y consigo mismas. La vida de las Canónicas Agustinas de Astigarraga es un alto ejemplo santo de simplicidad.

María-Jesús ECHEVARRÍA
(Enviado especial.)

AZOR



Con **PHILIPS**
vivirá mejor

PHILIPS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS"
al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELECTROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUORESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM. • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION • EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

NOTA: Este anuncio ha sido publicado por primera vez en la Prensa el día 1.º de Enero de 1953.

Galemet

Todo es mas sencillo con punta **Bic** en el bolsillo



Es tan agradable escribir con PUNTA BIC que el trabajo se escapa de las manos sin producir la menor fatiga. Por su larga duración asegurada y su escritura suave, rápida, limpia y duradera hace exclamar con entusiasmo ¡ASI SE ESCRIBE A GUSTO!



HAY PUNTAS
Bic
a partir de
6 pesetas

PUNTA

Bic

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

**EL TEATRO DE LA ZARZUELA ESCENARIO
DE UNA EPOCA DE LA VIDA MADRILEÑA**



**ANTES DE SER
CONSTRUIDO YA
ERA UN SIMBOLO**

**Inaugurado el 10 de octubre de 1856
fué durante muchos años el palacio
del género lírico nacional**

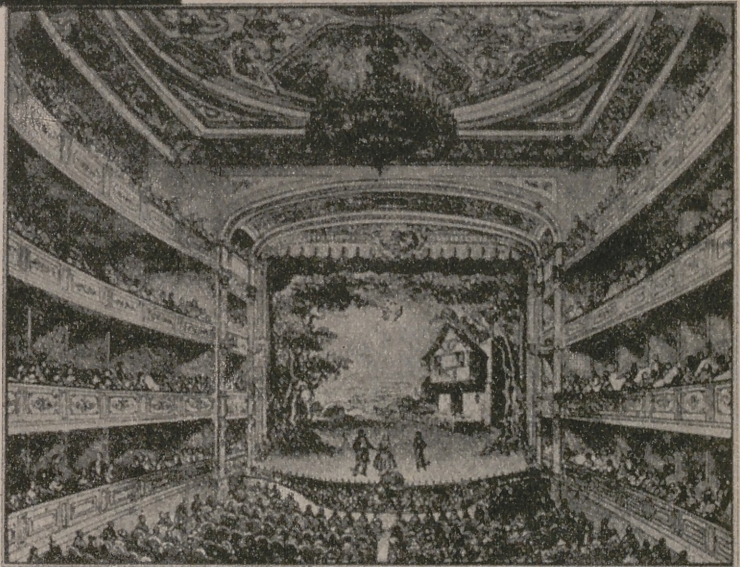
La historia de un teatro es la historia de muchas generaciones

[La historia de un teatro es la historia de muchas generaciones. Es la historia amable y simple de hombres y mujeres que ensayaron sobre sus tablas, entre sus paredes, la humana ficción de llorar, la humana ficción de reír. Y todo para hacer reír y llorar. Y todo para hacer vivir a ese puñado de niños codo con codo en que queda convertido un público sano e inteligente.

Por entre las paredes del teatro quedan siempre retazos y recuerdos de los personajes que en el escenario vivieron sus íntimas historias. De los hombres y mujeres que se encerraron unas cuantas horas dentro del espantajo teatral. De sus odios, de sus afectos, de sus congojas. Y un teatro desierto es siempre como una caja infinita de sorpresas y de intuiciones. Están ahí, en el eco de cualquier pasillo interior, entre las sedas multicolores de un guardarropas abandonado, sobre el rojo terciopelo de las butacas con sus brazos bien abiertos, en espera de una carga humana que consolar y distraer.

Madrid y sus teatros. La historia de la ciudad puede estar resumida y explicada en la trayectoria de alguno de ellos. El teatro de la Zarzuela, que ahora celebrará su centenario, puede ser con más razón que cualquier otro un símbolo de una época y de una vida.

Madrid, un Madrid espacioso y benévolo, desfila por los recuerdos y las fechas en que queda envuelto y definido el viejo teatro de la calle de Jovellanos.



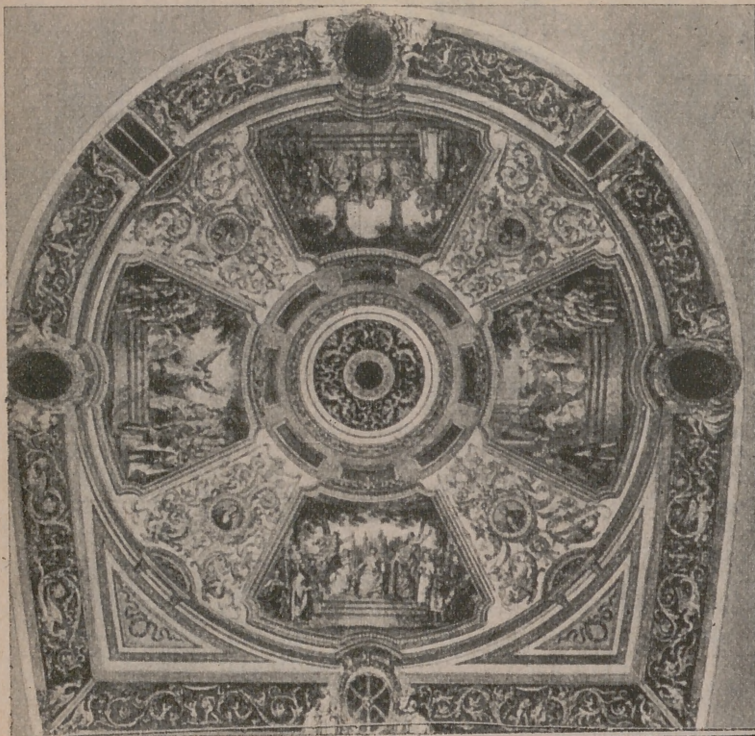
Interior del teatro de la Zarzuela en 1856

CUATRO EMPRESARIOS EN BUSCA DE SOLAR.— LA «GANGA» DEL BANCUERO RIVAS

Antes de ser construido ya era un símbolo. Andaban por los carteles teatrales los maestros Barbieri y Arrieta, y Camprodón, el libretista, hacía de las suyas, fusila que te fusilarás todos los temas que aparecían al otro lado de los Pirineos, que se le aparecían más o menos susceptibles de éxito. Nuestro género nacional, nuestra zarzuela, acababa de pasar por un bache, en parte debido a los achuchones que le daba la ópera italiana, en parte debido a la mala racha de estrenos que se

venían sucediendo. Hasta que vino a salvar el género «Jugar con fuego», con sus marquesas y sus monerías aristocráticas y aquella partitura en la que Gaztambide puso lo mejor de lo mejor de su inspiración. Las temporadas hasta el año 1856 se venían haciendo en el teatro del Circo. No estaba mal, y la compañía era buena. Pero había que planear algo mejor: un teatro única y exclusivamente dedicado al género nacional.

Esto fué por lo menos la idea que acuciaba a cuatro hombres, empresarios del teatro del Circo y alma y vida de la «ópera española». Y mientras el bueno de don



Techo de la Zarzuela, pintado por don Manuel Castellano y don Francisco Tomé, que se perdió en un incendio la noche del domingo 7 de noviembre de 1909



El maestro Gaztambide



Francisco Asenjo Barbieri

Emilio Arrieta despoticaba inexplicablemente en sus artículos contra un género que al fin y al cabo le daba de comer, ahí estaban Olona, el libretista, los maestros Gaztambide y Barbieri y el

primer actor lírico don Francisco de Salas, dispuestos a encontrar un solar en condiciones para edificar su palacio del género lírico.

Entre correr, buscar y discutir hubo lo suyo. Y cuando al fin se encontró el solar de la calle de Jovellanos, no fué, a pesar de lo que se hablase en la época del altruismo del banquero Rivas, lo que se dice una ganga. El contrato de venta en cuestión era un tanto usurario: se les exigía nada más y nada menos que el pago del edificio en doce plazos anuales de 18.000 duros cada uno. Los solares números 10, 11 y 12, que fueron los adquiridos para levantar en ellos el teatro, tenían una extensión total de 27.202 pies cuadrados. Total: que el banquero Rivas hizo un negocio de los buenos y aun ganó popularidad. Porque cuando Olona coge la pluma para levantar acta del memorable momento de la colocación de la primera piedra del teatro, el día 6 de marzo de 1856, la emplea a fondo para incensar al dicho banquero, ya halagado de lo suyo con aquello de que hubiese sido su hija, la señorita Carmen de las Rivas, la encargada de colocar la piedra simbólica y de depositar debajo de ella una pequeña arqueta con un ejemplar de los libretos más destacados de las mejores zarzuelas cantadas.

Con todo, hubo teatro y hubo compañía. El teatro, por lo pronto, en seis meses estuvo listo

LOS DESPLANTES DE LA RAMIREZ. — DE LUISA SANTAMARIA A JALÓN. — INAUGURACION SOLEMNE

La compañía..., bueno, lo de la compañía, tuvo sus jaleos y complicaciones. Los divos y las divas no eran fáciles de contentar. Por lo pronto, Amalia Ramírez, la famosa cantante, se negó a incor-

porarse a pesar de tener el contrato firmado. Primero alegó matrimonio ineludible y luego consumidoras fiebres, aunque resultó no ser verdad ninguna de las dos cosas. Como los periódicos hicieron sus campañas sobre el citado matrimonio y la Ramírez se tenía metido al público en la falliguera, al maestro Barbieri se le pasaron las ganas de insistir y se trajo a otra triple más cómoda y ríenosa caprichuda, Luisa Santamaria. La pagaban 166 reales, y todos tan contentos.

Con la jovencita Matilde Flores, la característica María Soriano y José Carbonell, Caltañazor, Sanz y Cipriano Jalón, entre los hombres, la flamante compañía anunció la inauguración del teatro para el 10 de octubre, fecha del cumpleaños de la Reina Isabel II. ¡Toda una jornada! La gente acudía al teatro más por curiosidad de ver el edificio que por la novedad de lo que se daba —nada de estreno—. En la plazoleta de acceso al edificio estaba el todo Madrid. Buenos bigotes y mejores chalinas. Entre bastidores la tenían armada con los nervios de las debutantes, entre ellas la Flores, con sus dieciséis años y su poquita voz, dispuesta a emplearla como mejor pudiese en «El sonámbulo», zarzuelita de Hurtado y Arrieta, con la que le tocaba pisar las tablas.

En la orquesta, Gaztambide sostenía la batuta, mientras los otros, los de afuera, se paseaban por los salones del teatro y admiraban café y confitería. Los hombres, prosopopéyicos siempre, dejaban a las mujeres el gusto de atiborrarse en los entreactos para andar como papanatas mirando a la pintura de los techos, comentándolo todo. No estuvo mal la velada. Con la sinfonía de don Ramón Carnicer la gente se aburría un poco, la verdad sea dicha. Pero no tuvo tiempo de aburrirse mucho, porque como era la primera cosa de la noche aun estaba pendiente del color rojo de las butacas y de quiénes ocupaban los palcos. Cuando llegó aquello de:

*Espíritu ardiente que llenas el mundo,
fantasma de gloria, celeste visión,
agita tus alas, descende del cielo
y enciende la llama del genio creador.*

que cantó el coro general —las señoras muy vestidas de blanco y los hombres muy puestos de frac—, al público le gustó la música que había compuesto Arrieta, y no le pareció del todo mal la cantata. Sobre todo el final se quedó balanceándose en los aires de una manera impresionante: *que pulse la lira, festivo, el poeta,
que el músico entone cantares de amor.*

Había que reconocer que el estilo de la «cantata» en cuestión hacía juego con las pinturas alegóricas del techo de la sala.

Así que descontando «El sonámbulo» y una alegoría —de ellas estaba la noche— titulada «La zarzuela», el gran éxito correspondió a la «Sinfonía», de Barbieri, sobre motivos de zarzuelas célebres, magníficamente interpretada por la banda del regimiento del Rey, con Gaztambide al frente.

Terminada la noche, cada cual se fué a su casa comentando las magníficas condiciones de la es-

cena o el bonito colorido de las cristaleras de la fachada.

«EL DIABLO EN EL PODER» Y «LOS MAGIARES»: FOLLETONES «HISTORICOS» Y MUSICAL A GUSTO DEL PUBLICO

Muchos son los fantasmas de autores y de personajes que flotaron durante décadas por los salones y pasillos del antiguo teatro de la Zarzuela. Por allí empezó a pulular Caballero, a quien todavía no conocía apenas nadie. El feroz devorador de ostras —las comía en sopera y se las servía con cucharón en plato enorme— se solía pasear por los saloncillos y hasta reía las gracias de la Di Franco, la genial cómica que hacía como nadie la Diana de «Los caballeros de la Corona», mientras palmeaba en la espalda a los caballeros del coro, que por sus diez reales diarios trabajaban como negros.

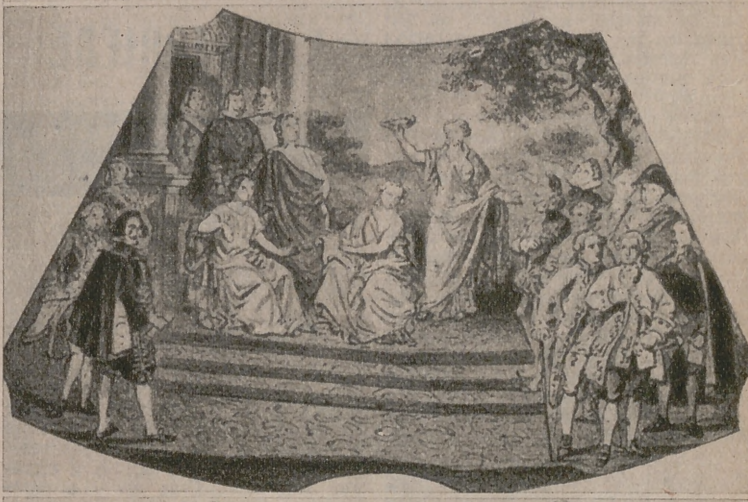
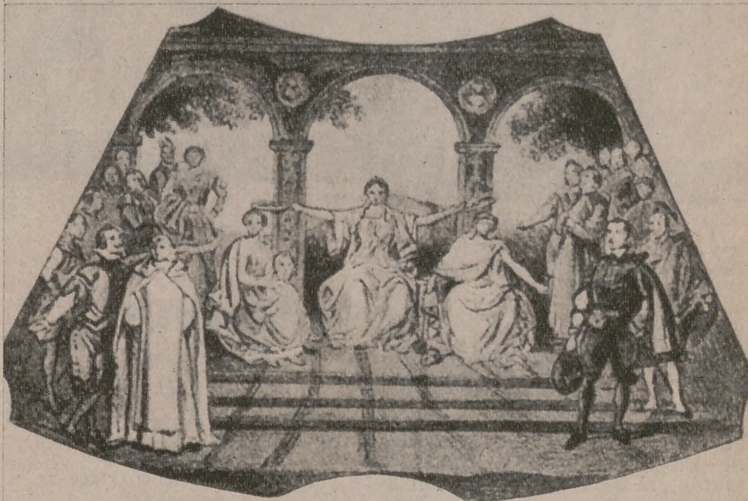
Los tiempos de la Carolina di Franco son los de esta primera temporada del teatro. A la Luisa Santamaria la habían aireado los empresarios suficientemente en «El dominó azul», y se habían repuesto otra media docena de zarzuelas, con gran impaciencia del público, que esperaba ver estrenar algo en el nuevo teatro.

La idea la dió Camprodón. Y su idea, convertida en libreto, se tituló «El diablo en el poder». Algo realmente fantástico. El libreto, vamos. La música de Barbieri es realmente deliciosa. El asunto, el tema de la zarzuela, es lo que no sabe uno cómo explicar. Mezcle usted una princesa de los Ursinos con un tal marqués de Rivas, pobre infeliz convertido por obra y gracia de Camprodón en un ser abominable y falaz. Luego ayude usted al marqués a encaramarse hasta un supuesto ministerio, del que jamás la historia dió noticia, y por último contémplesle casándose con la hija de un enemigo, con la que nunca se casó realmente. A esto se le llamaba en la época «un cuadro histórico». Cuando lo único que el menos avisado en cuestiones históricas podía hacer ante tamaña sarta de desatinos era olvidar la poca historia que supiera para disfrutar con gusto de la obra. Eso sí: la trama del «Diablo» es ágil como pocas y la música una joya. La gente se aprendió en seguida el coro de las educandas, y la ciudad, como un eco del teatro que era su pulso, tarareaba a todas horas aquello de:

Dulce hechicera, niña gentil...

A «El diablo en el poder» siguió en éxito «Los magiares». Esta vez la música es de Gaztambide y el libreto tampoco tiene desperdicio. Se pone en juego aquí a la Emperatriz Maria Teresa de Austria y se derrochan traidores prusianos por la escena. Hay un conde Roberto también traidor y un joven montañés bueno. No falta detalle. Pero quien de verdad se hacía con el público era el cómico Caltañazor, que hacía de lego, cantando:

*«Ego sum, ego sum»
el leguito del convento.
«Ego sum», y además
campanero y sacristán,
en el coro canturreo
«¡Laus Deo!»
y repico con aján
lan, lan, lan, lan...*



En estas cuatro pinturas del techo de la Zarzuela se resume la historia de la música religiosa y profana



Amalia Ramírez

Y mientras Caltañazor decía sus gracias, el público del teatro de la Zarzuela, el pueblo de Madrid, reía, reía...

CUANDO EL MAESTRO CABALLERO COMIA OSTRAS EN SOPERA.—CIEN PERSONAJES EN EL «SALONCILLO»

Todos los personajes de finales de siglo desfilaron por el teatro de la Zarzuela. El «saloncillo» del teatro era famoso. Se iba allí a comentar, a ver, a discutir, a tratar de atrapar a alguien. Se parecía un poco a «La cacharrería» del Ateneo, aunque tuviera un aire menos polémico y más bohemio.

En los primeros tiempos del teatro, Carbonell y la Ramírez eran los dueños del público. La Ramírez sobre todo, porque tenía una voz preciosa y porque hacía unas monerías tremendas en escena. Tantas monerías que ya no necesitaba cantar para que la aplaudieran. Por eso cuando en «El hijo del regimiento», drama llorón cien por cien, hacía el papel de «Trantrán», le bastaba agitar dos veces los palillos del tambor en el aire para que el público delirase de entusiasmo y llenase el escenario de flores. Algún crítico se enfadó por este favori-



Luisa Santamaría

JUGAR CON FUEGO

ZARZUELA EN TRES ACTOS
DE
D. VENTURA DE LA VEGA.
Punto en México y Delgado.
Al Excmo Sr. D. Mariano Téllez Giron
DUQUE DE OSUNA, DEL INFANTADO.
Cofre-Duque de Benavente de su rca.

F. A. BARBIERI.

Portada de la partitura de
«Jugar con fuego»

tismo del público, y a la hora de escribir puso los puntos sobre las íes: «Siguiendo este sistema llegará el caso que olviden los concurrentes que Obregón canta bien, y veremos que hace «fanatismo», sí, como buen aragonés, sale mondando melocotones de Ateca; confecciona un gazpacho el andaluz Becerra; hace calceta la señora Rivas y ostenta Mariano Fernández algunas de sus muchas y recónditas habilidades caseras.»

Pero la Ramírez volvía a ensayar sus monaditas en «La colegiala», vestida de corto en su papel de inocente, y el público volvía a llenar el escenario de flores sólo con verla.

Estos eran los tiempos también de Obregón el barítono. Guapo, presumido, actor y cantante maravilloso, Tirso de Obregón fué durante mucho tiempo el centro de la atención de los zarzueleros y de las mujeres madrileñas.

Hacia 1876 el teatro tiene ya otras caras y otros nombres. Chapi y Bretón, el libretista Juliánito Romea y Caballero, que va ya cuesta arriba ayudado por la magnífica cantante Lucrecia Arana. A él el dinero que ganaba no le servía en realidad para otra cosa sino para seguir comiendo ostras en sopera. Salvador María Granés le hizo una semblanza que lo define:

*Comilón de siete suelas
escribe con rapidez
partituras de zarzuelas,*



Carolina Di-Franco

*siempre y cuando que a la vez
nueva la pluma y las muelas.
Si su inspiración se agota
y queréis que por la posta
recobre la inspiración,
enseñadle una langosta,
sets chuletas y un jamón.*

Mientras tanto él había escrito «Gigantes y cabezudos», «La viejecita» y un sin fin de cosas más.

Esta es la época de «El rey que rabió», «La verbena de la Paloma», «La Dolores»... El teatro vibra. Los hermanos Quintero y el jovencísimo Serrano andan tras los bastidores. Conocen a todo el mundo y todo el mundo les conoce a ellos. Pero a Serrano, en lo tocante a trabajo... nada. Un día Caballero llama a Serrano. Tiene que hacer una «cantata» y no tiene tiempo.
—Házmela tú.

Serrano escribe la «cantata» y ésta se estrena con un éxito enorme... para Caballero, que sale a recoger las ovaciones como si tal cosa. Serrano, asqueado, decide irse, y si no lo hace es porque se lo impiden los Quintero. Han estrenado «Los borrachos», «El traje de luces», y entregan a Serrano el libreto de «El motete».

El «saloncillo» cumplía su misión. Allí florece el ingenio de Narciso Serra, se pasea el coronel Barrutia, pletórico de bigotes, y charlan Mariano Trives y el maestro Casares. Cuando llega la hora de las bromas ahí está Araujo, el sastre portugués, que aguanta como nadie aun las más pesadas.

EL INCENDIO.—TRAGEDIA DE ANTONIO EL AVISADOR

Y un día, el teatro de la Zarzuela arde.

La mañana del 8 de noviembre de 1909, todos los madrileños madrugadores quedan sorprendidos por un resplandor rojizo que tiene su centro en el corazón de Madrid. Es una inmensa hoguera chisporroteante. Las columnas de humo se levantan a una considerable altura. Por la calle de Alcalá y carrera de San Jerónimo la gente corre en grupos, tratando de localizar el lugar de la catástrofe. Ya la voz se va corriendo por entre las filas de vecinos:

—¡Es el teatro de la Zarzuela!
¡Es el teatro de la Zarzuela!



Don José Olona

Los camiones de la fuerza de Seguridad llegan casi al mismo tiempo que los del Parque de Bomberos número dos; llega también la Guardia Civil, los bomberos de los Parques tres y cuatro. En pocos momentos la mañana queda acordonada, para impedir el paso de curiosos.

El teatro, el viejo teatro de la Zarzuela está ardiendo. Del que fué patio de butacas, apenas quedan sino algunas vigas ardiendo; la fachada se ha desmoronado. Todo arde. Los bomberos trabajan para extinguir el fuego y evitar que se propague. Salvar, ya no se puede salvar nada. Llega el empresario Rafael Reyzo, llegan los actores, la Esparza entonces primera actriz... Nada se puede hacer. Mientras los bomberos trabajan, Antonio el Avisador está como anonadado. Entre todos aquellos grandes dramas, entre todas aquellas pérdidas tremendas está la tragedia pequeña e íntima de Antonio el Avisador. Todo el mundo le llama desde los portales vecinos. El no sabe nada, no se explica nada. Ha sido veinte años avisador en el teatro. Ya no lo será más. El teatro ya no existe; desapareció entre esas llamas que suben tan alto, tan alto. Antonio no quiere saber nada. Mira a los actores que llegan; se ofrece a ayudar... a lo poco que se puede ayudar; la Esparza llora. No son las pérdidas materiales; es algo más. El siniestro, nadie se lo explica; quizá la fábrica de luz que existe al lado, quizá un descuido... Florentino, el conserje, no vio nada en su ronda nocturna...

A media mañana el incendio queda sofocado. Aun trabajan los bomberos quitando escombros. El empresario cita a la compañía. Se actuará donde se pueda; los otros teatros ofrecen funciones a beneficio de los de la Zarzuela; se rescatan unos pocos trajes; los decorados, ya no existen...

El teatro de la Zarzuela ha desaparecido.

VUELVEN LOS BAILES DE LA ZARZUELA.—LA EVOLUCION DEL TEATRO

No desaparece para siempre. El año 1913 la Zarzuela está de nuevo en pie. La última obra representada en el antiguo teatro había sido «El Club de las Solteras». La segunda época se inicia con «Jugar con fuego».

En Carnaval los bailes de la



Una escena de la zarzuela «Los chicos de la escuela»

Zarzuela se atraen de nuevo a todo Madrid. Pero el espíritu del teatro ya no es el mismo. Pocas habían sido las comedias estrenadas en la etapa anterior, pocas las obras que no venían acompañadas de su correspondiente partitura. En cambio, en esta etapa, cada vez más a medida que avanza el siglo, la zarzuela va siendo desterrada. Los compositores de esta etapa son ya Alonso, Guridi, Turina, Luna, Soutullo, Vert. Los escritores se llaman Fernández Shaw, Martínez Sierra, Mihura.

Por el patio de butacas, por los palcos desfilan todos los personajes políticos del momento. Algunos son amigos de las actrices, otros cultivan el deporte de los bastidores porque les gusta el ambiente, el trajín decorados adentro. Y estos actores y estas actrices de este tiempo son ya los cantantes diplomados en el Conservatorio, la gente con estudios y con modales. Hace mucho que se acabaron las cómicas de rompe y rasga, como la Sciano, mujer que se retrataba mostrando las enaguas hasta honestísima altura, con un pie adelantado y con un gesto plantado que era como para discutirle cualquier cosa. Ahora están de moda las mujeres de melena corta, muy «a lo parisense», de ojos atravesados y melancólicos. Y en cuanto pasa el año 25 y se acerca uno al 30, peor que peor. Cada vez la zarzuela interesa un poco menos. El teatro de la Zarzuela

sigue dando, a pesar de todo, fiel a una vieja tradición, las más que puede. «El caserío» se estrena el año 26; «La Meiga», el 28; «La ventera de Alcalá», el 29. La comedia va comiéndole terreno a la zarzuela, con gran dolor de los profesores de orquesta, a los que el cine sonoro ya les ha desterrado de su sitio debajo de la pantalla. Aun estrena Sorozábal, Padilla, Guerrero. Y el año 35, el golpe de gracia: el teatro de la Zarzuela da varietés hasta el 18 de julio de 1936.

El teatro de la Zarzuela evoluciona con el tiempo.

Comedia, zarzuela, ópera varietés, «ballet». A partir del año 1939, la Empresa de la Zarzuela lo admitió todo. Aquí estrena Benavente, Pemán, Leandro Navarro. De vez en cuando, las compañías líricas ofrecen algo a nombre del teatro. Luego, según el tiempo varietés o alguna compañía folklórica. La misión del teatro de la Zarzuela evolucionó con el tiempo y hoy, donde aproximadamente se alzó la figura de Tirso de Obregón, algún mago Chan engulle cosas raras, o se diluye la gracia incomparable de Jardiel Poncela.

El eterno pueblo de Madrid, sentado en las butacas, llora y ríe interminablemente. De siglo a siglo, ríe, llora, ríe...

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y, lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

PARA LAS VACACIONES VERNIEGAS ACUERDESE USTED DE LOS BALNEARIOS

UNA OPORTUNIDAD PARA RECUPERAR LA SALUD Y LA ENERGIA PERDIDAS

EXISTE EN ESPAÑA UN INSTITUTO DE HIDROLOGIA MEDICA DEPENDIENTE DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS QUE TRATA DE REVALORIZAR ESTA TERAPEUTICA

LEGA el verano, y con el verano las vacaciones. Todo el mundo hace proyectos. En cada casa se discute el lugar del verano. Mientras tanto, la R. E. N. F. E. refuerza los servicios de sus líneas, las agencias de viajes anuncian tentadores recorridos turísticos y los que no tienen coche se apresuran a solicitarlo con la ilusión de que en el último sorteo les toque un Opel Kapitán, con el que puedan pasearse por los caminos de España y del mundo. Mientras uno piensa en excursiones, el otro sueña con fiestas, y el tercero con una playa de brisa reconfortante. Casi todos piensan en la diversión, en la bulla. Pocos recapacitan en el verdadero sentido de las vacaciones, que constituyen la mejor oportunidad para recuperar la salud y la energía perdidas.

VERANEE USTED EN UN BALNEARIO

Personalmente yo no me opongo a que cada cual pida playa o pida montaña, y desee divertirse. Lo que sí advierto, a los que me preguntan, es que de nada sirven estas cosas si no se tiene salud. Y si no se tiene, para recuperarla no hay nada que ayude tanto como un balneario. En España hay abiertos oficialmente unos ciento cincuenta, desparramados por todo el país, ya en la costa, en los valles, en las llanuras o en la montaña, y lo mismo junto a una capital que en una pequeña aldea o en un descampado, a nivel del mar y a 1.636 metros de altura. Entre estos balnearios cada uno puede elegir según sus gustos y de acuerdo con sus ganas de divertirse. Pero, por añadidura, todos ellos gozan de un complemento que les falta a cualquier lugar de verano: cuentan con uno o con varios manantiales minero-medicinales, que pueden aliviarle a un reumático sus dolores y su anquilosamiento; a un asmático, su angustiosa sensación de falta de aire; a un diabético, rebajarle su tasa de azúcar en sangre y orina; a un litíaseo, sus dolorosas crisis. Por eso, cuando alguno de estos enfermos me pregunta:

—Doctor, he pensado irme de verano; pero, antes de decidir

nada, quisiera que usted me aconsejase, que dijera a qué sitio debo de ir.

Yo respondo:

—A un balneario. En un balneario los hoteles no son más caros que en cualquier otro sitio, la vida es sosegada y puede reposar, sin que por eso carezca de diversiones. Ahora, que hay que buscar un clima y unas aguas que le vayan bien.

Pero antes de hablar del caso concreto de cualquiera de mis clientes, conviene que analicemos el problema de la cura balnearia. Justamente el Instituto Nacional de la Opinión Pública, coincidiendo con la apertura de la temporada de baños y con la clausura de un cursillo sobre esta materia, organizado por el profesor San Román, acaba de realizar una encuesta entre los médicos hidrólogos.



LA MEJOR TEMPORADA, EL VERANO

Panticosa, en los Pirineos

Según esta encuesta, la mayoría opina que la temporada clásica de la cura de aguas es el verano. Catorce opinan que es el otoño y dos que la primavera. Esto tiene que ser así, porque exceptuando algunos balnearios andaluces y levantinos, la situación geográfica y el clima, requieren que las aguas sean tomadas en la época en que se puede vivir más en contacto con la naturaleza. En cambio, por este mismo motivo, en los balnearios enclavados en las regiones de clima cálido, la temporada de aguas, que se inicia en la primavera y dura hasta casi mediado el otoño, debe interrumpirse por los calores estivales.

Cuando una familia sale de verano, permanece en el lugar que escoge un mes, dos, o mientras dure el dinero. Esto no sucede en

los balnearios. Todo el mundo ha oído que las aguas se deben tomar durante un número fijo de días. Por eso el Instituto de Opinión Pública ha formulado dos preguntas:

—¿Cuánto tiempo suele estar el agüista en los balnearios?

—Diez días—responden el cincuenta y cuatro por ciento de los consultados.

—Siete días—contesta—el treinta y cinco por ciento, y el treinta por ciento dice que quince días. Hay dos que opinan que se están un mes y uno más de un mes.

Como puede verse, la gente cree que la cura ideal es la de siete a quince días, y sobre todo la de diez días. Este es el criterio del agüista, mantenido por algunos médicos, que todavía defienden el viejo concepto hipocrático de que las enfermedades hacen crisis por septenarios.

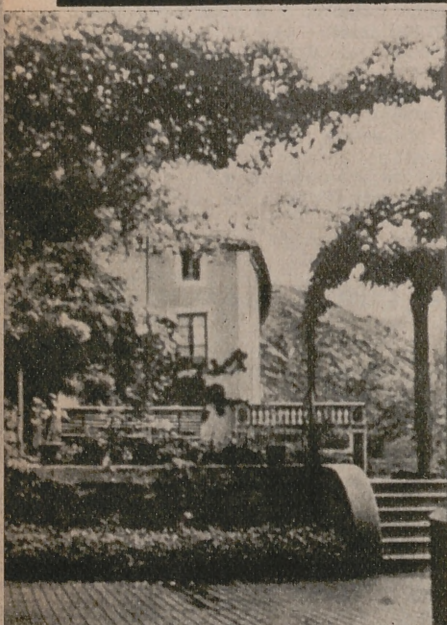
Pero a nosotros y al Instituto de la Opinión Pública no le basta con la creencia profana. Necesita también del criterio científico. Y, buscándolo, pregunta a los hidrólogos:

—¿Cuál es el tiempo mínimo que deben estar los enfermos sometidos a la cura balnearia?

—Según la enfermedad—opinan el sesenta y nueve por ciento.



Archena (Murcia)



Arnedillo (Logroño)



Alhama de Aragón



Retortillo (Salamanca)



Lanjarón (Granada)

tica, sino que sea además un psicólogo sutil que sepa profundizar en el alma humana, tanto más cuando en los hoteles de los balnearios suele vivirse un intenso trato social que a veces es ceremonioso y con frecuencia muy íntimo. Todos los hidrólogos saben que su ciencia no será válida mientras que no posean la gracia o el arte de establecer una cordial amistad con sus pacientes, porque si los buenos médicos hacen buenas aguas se debe a sus excelentes o malas cualidades psicoterapéuticas.

LAS PERSONAS MADURAS PREFIEREN LOS BALNEARIOS

Sabido es que en el verano los que invaden los pueblos de las cercanías de las grandes capitales, como Madrid y Barcelona, son las esposas y los hijos menores, mientras que a los padres solo se les ve en estos sitios durante los fines de semana. En las playas la concurrencia por edades es más homogénea. Ahora bien, ¿qué edad tienen los agüistas? ¿Es acaso el balneario una reliquia de la terapéutica pasada a la que sólo se aferran los nostálgicos? Aparentemente sí, puesto que, según el 67 por 100 de los interrogados, la mayoría de los bañistas tienen más de los cuarenta y cinco años. Aunque un 39 por 100 dice que la edad de los enfermos depende de las aguas, el hecho es que son pocos los pacientes que acuden con menos de veinticinco años. Tal vez se piense que, como «de los cuarenta para arriba no se debe mojar uno la barriga», al no poder bañarse por fuera lo hacen por dentro. Sin embargo, no es esta la contestación. Burgui, de Berna, sostiene que mientras que las enfermedades agudas deben tratarse con medicamentos, las crónicas han de curarse en los balnearios.

EL REUMA DE ROSA

El caso de Rosa es típico. Rosa tiene cuarenta y ocho años y es dueña de una carnicería, en donde antes trabajaba con mucha intensidad, sobre todo en los veranos. Pero poco a poco ha ido perdiendo facultades hasta convertirse en una imposibilitada. De niña padeció con frecuencia anginas. Al cumplir los dieciocho años empezó a sentir dolores en las manos, en los pies y en las rodillas. Un médico le dijo que tenía reuma. Tomó salicilato. Se mejoró, pero volvió a recaer, y desde entonces empezó su calvario. Había temporadas que las pasaba bien, pero los dolores la atormentaban en otras y se iban apoderando de ella, doblegándola, disminuyendo sus bríos, paralizándola sus ímpetus, deformando sus miembros. Tomó todas las medicinas que le dijeron. La vieron grandes y pequeños doctores, e incluso fué tratada por un curandero que le dió unas hierbas. Pero el mal no se detenía. Las muñecas, las articulaciones de los dedos y las rodillas se le hincharon cada vez más hasta dejarla baldada. Un día una vecina la aconsejó:

—¿Por qué no prueba con las



Bello paisaje en las Termas Oríón (Gerona)

aguas? Mi marido (q. e. p. d.) fué una temporada a un balneario y vino mejorado.

Rosa también probó y encontró alivio. Hablo de Rosa porque la mitad de los agüistas sufren sus mismos dolores. El reumatismo es una enfermedad extraordinariamente abundante, que, aunque no mate de primera intención causa más bajas aún que la tuberculosis y, desde el punto de vista económico, es más trágica y ruinosa, porque deja a las personas imposibilitadas en la plenitud de su vida, si no las hace enfermar mortalmente del corazón. En el extranjero, las Compañías de Seguros, para liberarse de

su obligación de abonar subsidios por esta enfermedad durante muchos años, ya llevan varios años costeando la cura de aguas a los reumáticos, unas veces mediante contratos con los balnearios y en otros casos adquiriendo establecimientos.

EL REUMA SE CURA EN LOS BALNEARIOS

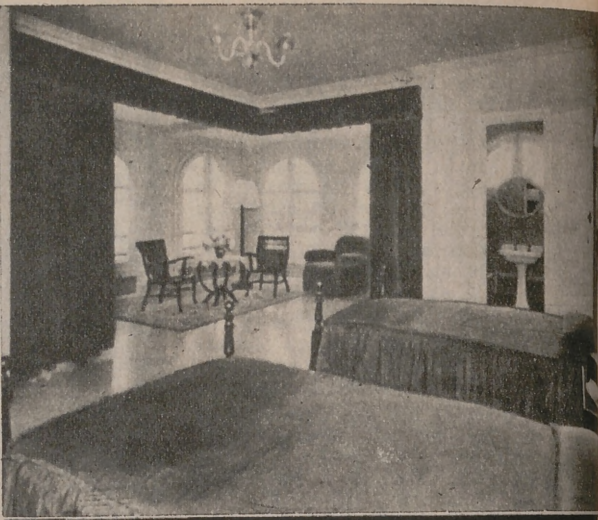
A pesar de que en cualquier manual de Hidrología médica o de reumatismo se dice que una de las mejores indicaciones de esta dolencia es la cura balnearia, el Instituto Nacional de la Opinión Pública ha deseado conocer el criterio actual y directo de los



Balneario del Vichy Catalán



Gran hotel de Mondáriz



Lujosa habitación en el balneario de La Garriga

especialistas españoles en la materia. Con esta idea ha preguntado:

—¿Qué enfermedades crónicas se ven con más frecuencia en los balnearios?

—El reuma—respondió el 71 por 100 de los interrogados.

—Las dolencias del aparato digestivo—contestó el 39 por 100.

—Las del riñón y vías urinarias—opinó el 15.

Según una minoría, las enfermedades más corrientes en las estaciones termales son las del aparato respiratorio, de la piel o de la nutrición. Esto nos hace suponer que los que opinan así lo hacen influidos por la especificidad de las aguas que conocen, tanto más cuanto un 48 por 100 de los hidrólogos afirman que la frecuencia de una u otra dolencia depende del balneario.

Previendo esta respuesta, el Instituto de la Opinión Pública, en su encuesta, formuló esta otra pregunta:

—¿Por qué los balnearios específicos del reumatismo no son los que dan el mayor número de bañistas, a pesar de que el 50 por 100 de los agüistas españoles son reumáticos?

—Porque en España hay muchos balnearios eficaces para el reumatismo y la clientela se distribuye entre todos ellos—contestan las dos terceras partes de los interrogados.

De los doscientos balnearios que hay en España, yo diría que más de la mitad están indicados en esta dolencia, aunque sus aguas sean muy distintas entre sí. Esto se debe, no a que para el reuma todas las aguas sean buenas, sino a que, en realidad, el reuma no es una enfermedad única. Se conocen sus síntomas y algo de su tratamiento, pero se ignoran las causas que la producen y obligan al organismo a reaccionar de forma que produzca esos síntomas. Cada vez se está más de acuerdo en que es una especie de cajón de sastre, en donde los médicos agrupan una serie de enfermedades todavía no bien conocidas. Esto ya explica que unos reumas se mejoren con las aguas de Arnedillo o Fortuna, otros se alivien con las de Zújar o Archena, bastantes con

las de Montemayor y Reecortillo. No pocas con las de Alange, el Reposo y Alhama de Aragón. Y dejo sin mencionar a una inmensidad de balnearios.

CESTONA Y LANJARON, LOS MAS CONCURRIDOS

Esto nos sucede con los balnearios específicos de las enfermedades del aparato digestivo, que son mucho menos numerosos, lo que hace que la dispersión de estos pacientes por nuestro mapa hidrográfico sea menor. Tomando en cuenta este aspecto del problema balneario el Instituto de la Opinión Pública formula esta otra pregunta:

—¿A qué cree usted que se debe el que nuestros balnearios de mayor concurrencia sean los indicados para el tratamiento de enfermos del aparato digestivo?

Antes de dar los resultados informaré, para ilustración de los lectores que son efectivamente Lanjarón y Cestona, con más de 5.000 agüistas cada uno, los balnearios más frecuentados en España. Las aguas de Lanjarón son bicarbonatocálcicas y se recomiendan en la gastroenteropatías. Las de Cestona son cloruro-sódicas y tienen la misma indicación.

Los resultados son los siguientes: según el 55 por 100 de los hidrólogos, esta mayor frecuencia se debe a que las enfermedades del aparato digestivo son procesos crónicos en los que suelen fracasar los otros medios de cura. Para el 50 por 100 la causa está en la excelencia de nuestros balnearios para esas enfermedades. Para el 42 por 100, el motivo radica en la mayor abundancia de tales dolencias. Un 31 por 100 cree que se debe a que en esas indicaciones suelen conseguirse más beneficios, y un 29 por 100 opina que los agüistas del aparato digestivo suelen permanecer más tiempo en estos balnearios y mejoran más.

Como se ve, en las enfermedades digestivas es donde la crenoterapia se lleva la palma. Los procesos funcionales e inflamatorios del tubo digestivo y sus anejos no tienen para muchos médicos mejor terapéutica que la balnearia.

En la patología digestiva quizá el sector más influido por la terapéutica hidromineral sea el hepático. Para algunos autores, en la etiología de estos procesos juega un papel fundamental el sistema nervioso vegetativo, que de acuerdo con las ideas ya expuestas de Curry, es justamente el más sensible al ambiente climático.

LA RECUPERACION DE INVALIDOS

Mientras que en los países europeos más cultos y adelantados científicamente, como Francia, Alemania, Italia y Suiza, la cura balnearia goza entre los médicos y los enfermos de un gran prestigio a causa de su eficacia terapéutica, de su importancia económica y de sus grandes éxitos en la recuperación de productores enfermos o disminuidos físicamente, en España esta veneración y este entusiasmo sólo se mantiene entre unos cuantos miles de personas que se han visto aliviadas y curadas de sus dolencias crónicas gracias a un balneario y por un reducido grupo de hidrólogos. Conociendo este estado de cosas, el Instituto de la Opinión Pública ha formulado una pregunta que a mi juicio es la más importante de toda encuesta. Esta es:

—¿A qué cree usted que se debe el que, siendo nuestros manantiales comparables e incluso mejores que los extranjeros, se han reducido el número de bañistas en el país?

A esa pregunta, como a las anteriores, según ya habrá observado el lector, los interrogados dan diversas respuestas. El 92 por 100 coincide en la carencia de estudios y conocimientos de hidrología médica y climatológica en la carrera de Medicina. Luego, 77 de cada cien le echan la culpa a la falta de protección del Estado a la cura balnearia, y a renglón seguido a la escasez de balnearios en condiciones, al desinterés de los médicos hidrólogos por su escasa retribución, a que muchos bañistas acudan a balnearios clandestinos, cuyo número no figura en las estadísticas, y a la falta de diversiones en los establecimientos.



Vista del balneario de Arnedillo (Logroño)

LA LABOR DEL MEDICO ES FUNDAMENTAL

No todos nuestros balnearios marchan poco a poco a la decadencia y a la ruina. Hay algunos establecimientos, como Lanjarón, que han prosperado vertiginosamente, no sólo porque los médicos y sus enfermos se han dado cuenta ahora de la bondad terapéutica de sus siete manantiales, sino porque en aquel establecimiento se ha afrontado individualmente una acertada política de divulgación y el mejoramiento de sus instalaciones tanto balnearias como hoteleras y turísticas. A este respecto, el Instituto de la Opinión Pública ha hecho la siguiente pregunta:

—¿A qué se debe que en algunos balnearios aumenta rápidamente el número de bañistas?

La respuesta más unánime (77 por 100) lo atribuye a la labor del médico director. En realidad, éste es el alma del balneario, tanto científica como psicológicamente. Sin embargo, los esfuerzos serían nulos si la propiedad balnearia no colaborase. Por eso el 58 por 100 de los consultados opina que la propaganda comercial de la Empresa es importante, lo mismo que la científica, según el 55 por 100.

En el número de concurrentes a un establecimiento termal influyen enormemente la comodidad de las instalaciones hoteleras, las distracciones que el balneario proporciona al agüista, la facilidad y baratura de los medios de locomoción. No puede decirse que los que no acuden a los manantiales que carecen de estos elementos les falta la fe en su eficacia. Si no van es porque los balnearios, con raras excepciones, no poseen esos atractivos y distracciones que hacen gratas las vacaciones veraniegas y más tolerable el tratamiento médico. Esta cuestión ha sido planteada por el Instituto de la Opinión Pública que ha preguntado:

LOS BAÑISTAS NECESITAN DIVERSIONES

—¿Tienen importancia las atracciones en el balneario?

—Sí—responde el 76 por 100 de los hidrólogos, en franca mayoría sobre el 12 por 100 que dice

que no, y otro 12 por 100 que no contesta.

—¿Cómo debiera intervenir el turismo en la cura balnearia?

—Realizando una propaganda eficaz, como en el extranjero, lo que puede significar miles y millones de beneficios—contesta el 90 por 100 de los consultados.

El profesor San Román añade que estos beneficios pueden superar los 2.000 millones de pesetas.

—Dedicando los impuestos que se cobran en los balnearios íntegramente en beneficio de los mismos—propone el 67 por 100.

—Adquiriendo balnearios y poniéndolos en condiciones—indica el 38 por 100.

—Creando nuevos impuestos que se dedicarían exclusivamente al fomento de esta cura, como ya se realiza en Francia. Opina un treinta y tres por ciento.

Desde luego, si no se sigue una política de divulgación científica, de acondicionamiento de los balnearios y de gestión turística dentro de medio siglo, puede que a la mayoría de nuestros balnearios le suceda lo que a los de La Muela, Sobrón, Molinar de Carranza y Medina del Campo, que poseyendo más de uno, una prestigiosa tradición y una de las primeras estadísticas de concurrencia se han visto obligados a cerrar. Este mismo problema se observa en Francia, donde hay un medio millón de agüistas al año, contra los cien mil españoles. Pero en Francia, mediante la fórmula mixta de la gestión directa de una colectividad pública oficial y la ayuda financiera del seguro, se ha logrado resucitar balnearios como el de Lons-le-Saunier. Este balneario se volvió a abrir en 1948 con trescientos agüistas enviados por la Caja de Seguros. En la actualidad alcanza casi los dos mil bañistas.

SE IMPONE LA ENSEÑANZA OBLIGATORIA DE LA HIDROLOGIA MEDICA

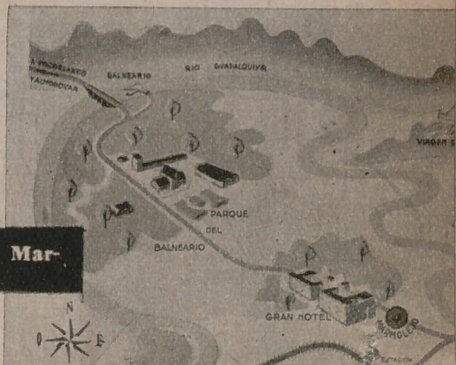
La cura balnearia está cayendo en desuso, no por ineficacia, si-

no por desconocimiento casi absoluto de sus indicaciones. De los cinco mil alumnos que cursan en Madrid esta carrera, sólo un uno por ciento estudio Hidrología médica. En cuanto a las otras facultades de provincias, ni siquiera existe en ellas esta asignatura. En España ya existe un Instituto de Hidrología Médica, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero su director profesor San Román, a pesar de sus continuos esfuerzos y de sus periódicos cursillos, no puede revalorizar, aun contando con un grupo de colaboradores, esta terapéutica, si no cuenta con la colaboración de la clase médica en general y de los médicos hidrólogos en particular. Pero este apoyo, no será una realidad, mientras los médicos hidrólogos no estén mejor retribuidos, ya que siguen percibiendo los mismos honorarios que hace diez años. Esto está claro, cuando en la encuesta, el ochenta y dos por ciento de ellos afirma que el mejor remedio de la crisis balnearia está precisamente en esta mejor retribución. El sesenta y nueve por ciento encuentra la solución en el Patrocinio de la Cura Balnearia con los Seguros y Organizaciones de Previsión; el sesenta y tres por ciento en la ayuda y protección por parte del Estado; el cincuenta y seis por ciento en la Instalación de laboratorios en los balnearios y su mejor dotación y explotación; el cincuenta y cuatro por ciento en la persecución de los balnearios clandestinos.

USTED DISFRUTARA DE UN INVIERNO IDEAL VERANEANDO EN UN BALNEARIO

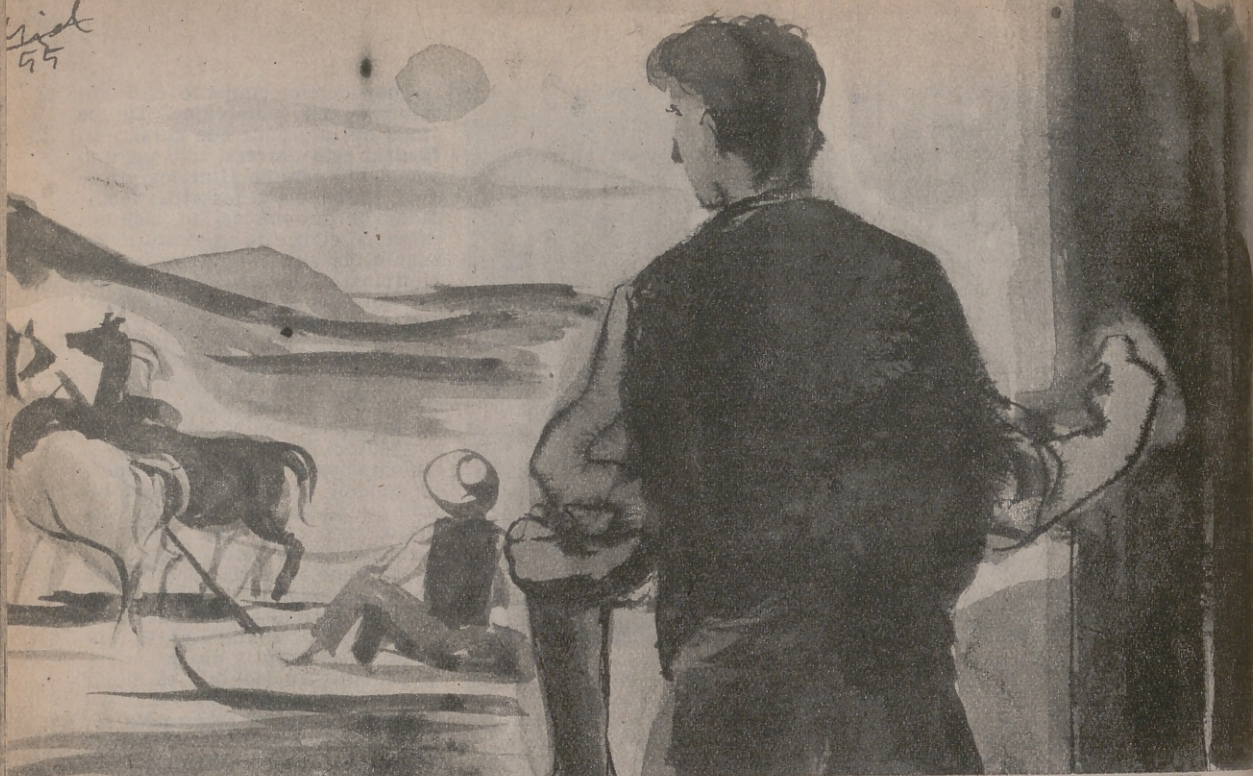
Como puede observar el lector, el problema balneario es complejo. Las aguas mineralizadas no constituyen una antigua terapéutica, sino una de las mejores indicaciones de ciertas enfermedades crónicas que son por desgracia las más frecuentes, como ocurre en el reumatismo. Ya indiqué en otra ocasión que si bien las personas viven ahora más tiempo, es para estar más tiempo enfermas, si se quiere con pequeñas molestias, con achaques mínimos, pero, en definitiva, enfermas. Pues bien, la cura balnearia seguida al pie del manantial en un lugar tranquilo y agradable, es la indicación más apropiada para combatirlas y permitir a cada bañista que luego pase el resto del año con una sensación de bienestar y de vitalidad que no conceden las drogas más deslumbrantes y maravillosas de la terapéutica actual.

Doctor OCTAVIO APARICIO



Situación y comunicaciones de Mar-molejo (Jaén)

212
55



EL HOMBRE A CUYOS OJOS LES FUE OTORGADO VERLO TODO HERMOSO

NOVELA
por
CARMEN CONDE

El día sobrevino cuando acabó la noche, yéndose hacia su propia noche. A todos los seres que voy a destacar ante vosotros, advinieron noche y día en la misma geografía española: ese hermosísimo pedazo de tierra de cristianos viejos y de moros y de cristianos otra vez, que va hacia Granada...

Hombres y mujeres son estos, a los cuales visitaron a un tiempo el dolor y el milagro.

I

EL hombre abrió la puerta de su casa de madera y miró a lo lejos. Cuando se abre una puerta y se ve el mundo que hay delante parece como si los ojos se hicieran más grandes y frescos. Primero, lo que había era lo de siempre: copiosos haces de leña y troncos de pino recién cortados, preparados ya para el invierno. Para cuando los hielos quebraban el suspiro como si fuera una espiga. Entonces haría falta verles arder en alegres piras. Luego, remotos, estaban los montes de siempre: uno, el Javalcón, cubierto de nubes rosadas, como un guardián gigantesco que se constituyera fijo de los valles y sembrados amarillos; otros, sus hijuelos, eran montecillos de gracilidad aérea, con violados acenotos de nubes. Pero hoy, amanecer inesperadamente más hermoso que ninguno, tenían sonrisas de emisarios celestes. Lo insólito residía en algo misterioso, brujo, que bullía bajo la tierra o entre el aire, cálido y mágico.

El otoño se doblaba, granado, macizo; al oro vibrante sucedían desvaídos tonos de gozos dormidos. Caballos que habían galopado y palpitado en las eras, trillando, acuñaéndolas, estaban echados ahora entre montones de rastros que el hombre acumulaba para el pasto de los ganados en días malos de nevazos. Pozos que prorrumpían en aguas fértiles para las espaldas tostadas —panes maduros— de los mozos, ahora crujían con todas sus ramés secas. Por los árboles pasaban las brisas tañendo las hojas en desviada cantamusa... El hombre se apoyó en la puerta, encendió un cigarro, y por entre el humo reconoció los distantes caseríos, apretaditos y arrebujados, de Benamaurel, Cortés... Muy allá, después del grupo de cipreses del cortijo

del tío Francisco estaban las aguas del Azul, y más cerca, las torres del pueblo, destacándose

sobre el verdor de la Hoya de Baza. Huerta sobrecargada, con verdes y altiveces súbitas; y caminos, sendas, carreteras... Por este otro lado se iba a Guadix, a Zújar, hacia el Guadiana Menor... Aun recordaba él con perfección exacta, a pesar de los años (cerca de cincuenta), aun recordaba él un viaje a un pueblo precioso, Galera, en la carretera de Huéscar. Iba a visitar a un amo de tierras, buscando arriendo, y desde su mula sonrió al monte escalonado de cuevas blancas y limpias de cal, floridas de macetas. Dentro, en lo urbano, halló a la que sería su mujer: una moza de luto, con ojos de sonámbula, que estaba quieta junto a la mesa del escribano del Ayuntamiento.

¿Y qué más? ¡Buena mañana de memorias! Las viñas fueron pródigas; sus racimos eran ubres portentosas de las que ávidamente beberían juvenudes voraces. Y buenas las higueras, y mejores los almendros, y honrada la oferta de los nogales... Si. El tiempo trajo cosechas de fruto, de semillas granadas, y de hijos. Hijos que fueron a las guerras, para morir y para regresar mutilados. La madre, siempre extática, se vestía lutos eternos por ausentes indiscifrables. El ganado crecía y se aumentaba, sano. A los corderillos rizados sucedían los corderos pacientes y graves, sesudos. Y al fértil contoneo de las cabras, puestas de tacón alto, las plácidas madres de racimos de leche espesa y fluvente.

Frutos, bestias, hijos, mujer, aguas finas y decéizas que venían de las sierras. Cuando el día se limpiaba bien, Sierra Nevada llamaba a su mirador de cuatro mil metros, para la ofrenda de Granada.

Anoche él se acostó pronto, contento de su labor. Había mirado el trigo, satisfecho; el horno, las solanas, las camas vacías y las llenas; los armarios... Y comprobó que las pérdidas eran fabulosas y que, sin embargo, podía vivir bien hasta el

fin de sus días. Realmente, el hombre apenas necesita cosas para subsistir. Lo que le sobra se cree en el derecho de guardarlo, y así va privando a los demás de algunos bienes. Durmió escaso, pero con satisfacción. Tampoco le faltaba el sueño. Estaba contento de todo y se dedicó a mirar el techo para descansar, evocando, las heridas de que se dolía su corazón. Así desfilaron recuerdos, venturas, penas, y un gran reposo vital sucedió a las pasadas inquietudes. Tenía bien cumplida su función aquí. Podía morirse. Entre sueños oyó una voz que le decía cosas que no supo entender...

Aquella había sido una noche cargada de misterios. Precisamente en el caserío más próximo al de Torcuato, vivían una madre y su hijita, solas ahora. Y en las horas desamparadas de la madrugada, cuando todas las criaturas se debaten con sus sueños, se alzó en aquel solitario caserío una columna de sonido, deslizándose cautelosamente:

—Tengo miedo...

La madre, que dormía vigilando, como duermen todas las madres, abrió los ojos sobre la voz que repetía:

—Tengo miedo...

—¿Eres tú, Isabel?

—Sí, madre; ¡tengo miedo!

Alargó la mano temblorosa la madre y tocó la llave eléctrica. Una suave luz de alcoba recorrió todos los rincones. Envolvióse la madre en una bata y salió de su habitación: enfrente, pasillo por medio, estaba la de su hija.

—¿Qué tienes; qué te pasa a ti?

—No sé, pero...

—Sí, ya te oí. ¿Y a quien tienes miedo, hija mía? Sentada en el pequeño lecho, la mujer sobresalía en serenidad aparente. Era una fina mujer de treinta años, cerca de su temerosa hija de diez.

—¿A quién tienes miedo tú, si estamos solas y las puertas se cerraron cuidadosamente?

La niña, quieta, miraba los hermosos ojos de su madre: eran claros, vehementes, y traían aún el hondo paisaje del sueño.

—Si quieres te llevaré a mi cama.

—¡Mamá!

—¿Quieres que te lleve conmigo?

Había un expresivo silencio.

—Sí, llévame.

Los brazos firmes de la madre alzaron el cuerpo de su niña. Blancas sábanas y perfumados almohadones las recibieron. Por el pecho habían pasado sus dos figuras bellas, casi desnudas, huyendo de una alcoba a la otra más segura.

Reconoció la temerosa, con sus ojos angustiados, todos los objetos de la nueva estancia. La madre la guardaba ya entre estas sábanas aun calientes, se acostaba pegadita a ella, y un gratisimo calor juntaba los corazones en el mismo latir.

—Cuando eras pequeñita y dormías conmigo, no tenías miedo, Isabel.

La niña permanecía callada, sí, pero acechando a su miedo, que, agazapado en profundos repliegues, aun no aparecía. Suspiró y, ciñéndose a su madre, dijo con celos:

—Pero como ya no quieres tú que duerma contigo...

Ese drama que existió entre las madres jóvenes y los hijos inteligentes y muy sensibles ensombreció dos frentes más en la penumbra.

—Cuando papá vuelva...—dijo la niña, pero no terminó. ¡Allí estaba nuevamente el miedo, helado, cruel, con garras de uñas sobre el pequeño corazón!

—¿Qué ibas a decir?—y la madre se incorporó sobre su niña—. ¿Qué tienes? ¡Habla!

Salió una insignificante columna de voz:

—¡Mamá! Tengo miedo.

¡Miedo!

La noche entera, la una contra la otra, pegaditas contagiándole la hija a su madre aquel terror insensato. Con el primer rayo de sol se levantó la madre y vistió primorosamente a Isabel. Se la llevó por el campo a que el buen viento les enjugara los temores desconocidos, les aventara los no gozados sueños...

Volvieron a la hora del almuerzo. Sobre la mesa esperaba un telegrama. Lo abrió la madre, mientras la niña echaba miguitas a las palomas del huerto, y un grito salió de su garganta de garrando el mediodía encendido.

Al levantarse Torcuato, aun sostenía dentro de su cabeza el eco de aquella voz misteriosa que en sueños oyera, sin comprender su significación... Se lavó en el agua del pozo añejo, acompañado de su

música; el pan de trigo y el café de cebada tenían ritmos debajo. Círculos de sonoridad rodeaban su cabeza aureolándola de invisibles circunferencias. Todo él vagaba en un éxtasis interior que rozaba indescriptibles límites. Jamás había oído en la realidad semejante voz, ni comprendía que una voz pudiera recordarle perfumes, ya que todo él vibraba en una atmósfera de campanillas blancas y de hierbaluisa.

El cigarro se había terminado; ni se olía ya su humo. De las ramas de los pinos se evadían oleadas de sol resinoso. El hombre se notaba habitado de complacencias. Un amigo muy íntimo le tocaba el alma con dedos de música, y él se dejaba acariciar, aunque ruboroso y púdico, en su pureza de silencioso pasajero y removedor de la tierra madre.

Discurría el tiempo, y el sol se levantó con peranza, arrastrando consigo una muchedumbre de llamadas nubes. Muy lejos se destacó una figura de mujer vestida de blanco. Pareció de pronto un vellón del día, y sólo al alzar la frente, que se roseó, incendió, arrebató de oro, él vió que era una mujer que avanzaba con serenidad en dirección a la casa.

¿Qué vendría a buscar?

En estos tiempos de guerra no era extraña una visita incongruente, pues las ciudades y los pueblos tenían hambre y acudían a los campos para obtener cosas de la tierra. Aún quedaban en los caseríos muchísimas aves, ganados, harina y un comercio primitivo fundado en el intercambio de productos se realizaba, con la repulsa de la Ley, que a la fuerza se dulcificaba y hacía comprensiva a la postre. El vicio de los acaparadores, pequeños y grandes, se volvía monstruoso. ¿Esta mujer blanca vendría a negociar con él un cambio de lechón, gallinas o de huevos, por hilos, alpargatas o telas? No sería él quien le pusiera dificultades, que bien percibía las fatigas de los momentos presentes.

Cuando un alma lleva consigo su regocijo, ¡que espléndidos los dones que puede otorgar! Aunque el regocijo sea de místicas esencias, desconocido, misterioso, y no se pueda precisar de dónde viene ni qué es lo que le creó.

Seguía oliendo a hierbaluisa, porque la voz interior empezaba a trabajar nuevamente. ¿Quién hablaría más allá del Javalcón trasponiéndolo, hasta dar con el olorosísimo bosquecillo de chopos, margen del Guadiana menor?

—Buenos días—dijo la desconocida.

Y «buenos días» sobresalieron del sol, movieron las ramas de los almendros, hasta el agua se quedó quieta (los ojos y la boca cerrados) después de erizarse, su carne túrgida con la grave visita del solemne tono.

—Vengo de muy lejos, mucho—y señalaba los valles de la luna—para hablarle.



—Síntese; estará cansada de una vez. ¿Cómo no trajo bestia?— y el hombre sacó una silla baja de respaldo labrado y asiento de primoroso cáñamo.

—Yo no me canso; estoy hecha al camino.

Tan blanca era que transparecía. Se le veían los ojos azules entre el dorado de la piel, como dos luceros en el trigo templado. Trigo eran sus cabellos bajo el sol, el pañuelo blanco de la cabeza, y nieve su pecho y sus manos y las ramas tersas de sus piernas.

—¿Tanto camina siempre?

—Sí. Visito a los que como usted se levantan contentos una mañana, sin saber por qué. Es decir, por lo que deben ser los gozos: porque sí.

¡Al fin, entendía el hombre las palabras que le decía la voz desde el sueño! Por fin, lo ininteligible se hacía claro. El alfabeto enmarañado del oscuro mensaje se descifraba.

—¿Quién le dice la alegría? ¿Cómo la sabe? ¿Qué viene a hacer en mi alegría?

—Ella me precede; yo la sé porque la sigo.

Todo el campo se puso a cantar con notas ligeras aunque opacas: como se funde el cristal con el agua fría.

Por la frente quemada del hombre desfilaron las sombras rurales del recelo. ¿Quién era, a qué vendría? Estaba sonriendo, inocente, entre las ramas de los pinos talados; toda ella, carne y vestidos, envuelta en una claridad tibia...

—¿Es que se ve la alegría, mujer?

—Sí.

Se frotó los ojos, el bigote, las orejas y sonrió con repentina confianza: le preguntaría qué buscaba de él.

—¿Quería usted cosas del cortijo?

—No.

—¿No? ¿Y viene de tan lejos? ¿No hay hambre en su pueblo?

—Sí, quizá... En todos sitios hay falta de cosas. La guerra se traga personas y viveres a mares. Pero yo no necesito nada, porque camino. ¿De qué podrían servirme las cosas sino de peso? Hoy he comido, he bebido, dormí en paz. Cuando hablemos un rato seguiré mi jornada.

—¿No quiere siquiera un lechoncito? Parió la semana pasada una cerda grande que tenemos y podría cederle un hijo suyo, todo de color de rosa...

Sonreía.

—Guárdelo con su madre. ¿Cómo lo llevaría conmigo? Además...—el campesino se puso de costado, amparándose la oreja para oír mejor—. Soy yo quien regalará.

—¿A mí? ¿Por qué? ¡Si no la conozco!

—¿Que no me conoce?—ahora los pájaros saltaron a una el chorro multicolor de sus vocerillas—. ¿Y se ha levantado feliz, durmió con una esperanza, cyó en sueños que le decían algo muy dulce?

El hombre se ponía pálido de misterio.

—¿Lo sabe, es que lo sabe?

—¿Si era yo, era yo que le movía por dentro!

—¿A mí, a mí, que no soy mozo?—¡qué resquebrajada la geografía de su cara entre la orquestación de las aves!

Ella sonreía, límpida.

—Las almas son mozas siempre, hombre, como las simientes.

Alto estremo del día sin par. ¿Quién recobra ya el alma después del fragor que aombra a la tierra sufriente de duelos? Necesitaba decirselo para ver qué contestaba; una sorda irritación sustituyó al esombro.

—No hay almas, señora. No hay más que guerras en el mundo. Mis hijos fueron a todas, y volvieron el uno manco y el otro cojo. Era hermosos y valientes, y vea usted cómo les pagó la suerte.

—¿Querías verlos sanos otra vez, igual que se fueron?

Primero fué a decir que sí; pero lo pensó y alzó los hombros con gesto amargo en el rostro.

—No. Volverían a llevárselos y acaso entonces los mataran.

Ella reflexionaba:

—Luego, ¿rechazas la curación de tus hijos?

—Sí, para que no sufran más; ya hay bastante. La mujer sonrió con ternura:

—Bien. ¿Quieres aumentar tus cosechas, tus ganados?

Otra vez el hombre alzó los hombros despectivo. Sacó la tabaquera y dijo preparando un cigarrillo:

—Es tabaco del mío. Tengo una huerta en Cullar y lo planto allí.

—¿No te interesa aumentar tus bienes?

Fumando tranquilamente contestó que no.

—He visto ya con mis propios ojos de qué sirven los bienes: de ira, de injusticia, de odio. Trabajo la tierra para dejarla sana; produzco para que el que me siga continúe. Hay bastante. No quiero más.

Pasaban cerca unos rebaños atareados, envueltos en polvo porque el día estaba reseco. Unas cabras se empinaron para desvalijar a los almendros de sus hojas, y en las acequias bebieron otras, reverentemente arrodilladas. Un pastor curioso quiso saber qué hacían aquellos que dialogaban, y eligió entre los árboles un observatorio astuto.

—Ni la salud de tus hijos, ni el aumento de tus riquezas... Vine a saber qué querías tú. ¿Ser joven otra vez?

Hacia el hombre, de la cima del monte que era su memoria, vino corriendo un mozo fornido, las manos llenas de matas olorosas, tomillo entre los dientes, desnudo el pecho con vello moreno y áspero; tan ágil todo él que parecía un novillo. Y a la mitad del camino el mozo halló una era; se subió en el trillo y empuñó las riendas de cuatro caballos blancos robustos que giraron infatigables mientras él, esbelto, hermoso dios del campo, se mantenía duro contra el círculo de oro. Luego saltaba del trillo para abrazar a una mujer que daba uno de sus pechos tostados a un niño rubio. Después sonreían los dos a otro niño morenucito... Todos crecían y envejecían bajo la nieve del Javalcón. Pasaban aviones, se oían músicas militares, corrían los cañones hacia Guadix, Iznalloz. Volvían los hijos heridos, y el hombre lloraba sin poder revolverse contra nadie. Poco a poco se calmaba. Envejecía.

—No. Tampoco quiero volver a ser joven.

La mujer se quedó seria, y toda su lozanía tomó rubor por el desdén del hombre hacia la juventud. Ser joven era padecerse la sangre en su profundo latir desmesurado; avanzar, las manos extendidas, tocando como en ceguera las hondas galerías del alma; llamar con timidez, luego con rigor, a la gran puerta de agua por donde se escurría el sueño...

—Si fuera joven con la experiencia que hoy tengo no gozaría de la juventud. Y por serlo sin experiencia, para sufrir ahora ya sé cuánto, no quiero. Es mejor seguir así, puesto que he llegado.

Un furor súbito se apoderó de él. Los oscuros ojos le rebrillaron y sus manos y labios se le quedaron fríos.

—¿Y quién eres tú para venirme ofreciendo disparates? ¿Estás loca o crees que ya lo estoy yo? ¿O es que quieres que me vuelva?

—No te inquietes, y ayúdame a pensar qué cosa te haría dichoso.

—¿Para qué?

—¿Para dártela!

Se levantó nervioso, y anduvo por aquí y por allí sin saber qué decir. Estrujó nervioso las florecillas de romero entre sus dedos huesudos, y el aire se vistió de bálsamo. De la higuera caían sombras finas, el nogal apacentaba pájaros... Todo llevaba su razón en la mañana de gloria.

—Quiero darte tu última felicidad.

—¿Quién eres?

La voz creció espiga grande, con cabellos oscuros; todo el campo transcurrió por ella como un insecto por un jundo.

—Yo, hombre de ninguna fe; yo.

Y fué cuando el hombre entendió su mensaje. —Pues oye—dijo con ira creciente—, voy a decirte lo que puedes darme. ¡Ay, si no puedes! Cuando yo era chico...—aquí su rostro se desnudó de todos los vientos que le ayudaron a salir bruñida moneda de oro tierno—siempre que pensaba en lo imposible deseaba el milagro de que mis ojos lo vieran todo hermoso. «¡Señor! ¿Por qué no me concedes el don de que mis ojos no vean nunca nada feo ni malo; de que todo, sea bueno y hermoso ante ellos?» Yo sabía el cuento de un rey que todo cuanto sus manos tocaron se volvió de oro...

—Pero Midas no pudo ya ni volver a bañarse!

—Por eso prefería mis ojos yo.

—Tenlos.

La mañana estalló de gritos dulces como higos. Nadie precisaría de dónde salieron a correr muchos caballos sin freno, y quien ministraba las

fuentes de riego las soltó unánimes para apaciguar el campo.

—Tenlos.

Y la voz se tragó a quien la emitía.

—Tenlos.

Y ya no había mujer blanca ante el hombre oscuro.

—¡Ten tus ojos puros para verlo todo hermoso! Estaba solo, palpitante. Y jamás hubo hombre que ante sí tuviera mejor paisaje en la tierra.

II

Y, sin embargo, al otro lado de aquel paisaje, trasponiendo el monte que lo dividía hasta alcanzar uno de los caseríos que Torcuato divisaba desde el suyo bien plantado, pocas horas antes los arcángeles del bosque sacudieron el pinar joven. Cayeron los pájaros, asustados, sobre las charcas frescas. El enfermo se movió en su cama, intranquilo.

—¿Oyes el huracán?—pregunto.

—Sí—dijo su hermano. Y salió a la puerta para mirar dentro de lo negro—. Pues ahora no llueve—anunció con voz más fuerte, y se quedó fuera. Corría una noche de mayo fría.

El silencio brotaba enjuto. Se oíría que un suspiro volaba entre los árboles. Agrandada por la resonancia del momento llegó la voz del que sufría:

—¡Pablo! Vas a enfriarte.

—No temas; hace casi calor ahora.

—No te confíes.

Pasó que de espeso pinar se desprendió una figura clara, transparente; sonreía toda ella y Pablo la vió con inexplicable satisfacción. Creyó que decía un saludo y saludó a su vez. No pudo apreciar cómo empezaron a conversar, pero con gran prisa se halló metido en discusión muy rara.

—¿Esta tierra es suya?—le preguntaron.

—De mi hermano.

—¿Tanta?

—¡No es mucha!—y sin saber por qué pensó que para enterrarse le bastaba bien poca parte de ella.

—Es demasiada—afirmó el otro.

—La trabaja él; es muy laborioso—una corriente de solidaridad sanguínea cruzaba su alma—. Es fuerte, por él y por mí. ¿Le conoce?

—No. Soy de lejos y él nunca se ha movido de aquí.

—Cuidando de su hacienda.

—¿Para qué?

Pablo se había olvidado de todo y no se preguntó si era o no procedente semejante diálogo.

—No lo sé—confesó, pues también a él se le aparecía sin sentido que su hermano se ocupara de la tierra—. Pero la tierra hay que cuidarla—explicó—, porque si no se vuelve estéril.

—Sí. Todo se vuelve estéril.

Y entonces el bosque murmuró como un mar que se condoliera.

—¿Y qué hizo más su hermano?

—Siempre esto; no sé más. Yo vivía lejos, andando por el mundo. Soy creyente de cosas extrañas, de las que mucha gente se ríe. Vine porque me llamó él al ponerse enfermo. Me iré cuando se alivie.

—No se irá.

—¿No?

La figura dijo «no» sin hablar. Pablo tuvo miedo.

—Quiero irme. Esto es muy pequeño. Amo las grandes llanuras, los montes. Andar. Aquí no sé qué hacer. Me estorba la tierra inmóvil.

—Es que la tierra sólo está inmóvil para los enfermos de inútiles prisas.

—¡Quiero seguir caminando, comunicando mis ideas! Tengo una fe y la propago.

—¿Por qué?

—¿Tampoco mi trabajo sirve?

El desconocido le miró gravemente y otra vez los arcángeles del viento violentaron las cúpulas del bosque.

—¡Pablo, Pablo!—llamaba el enfermo.

—Voy contigo—y se entró. Sentado en una piedra quedose el extraño personaje.

La alcoba olía a trementina. Era un hombre malduro quien yacía en su lecho. Pablo le miró y luego se vió a sí mismo en el espejo, grande y oscuro, como si fuera un lejano pariente de ellos.

—¡Pablo! ¿Hablabas solo? Oía tu voz entre el viento. Primero creí que soñaba... ¿Qué decías?



—¿Para qué quisiste tener tanta tierra?

Los ojos asombrados subieron desde el lecho una mirada dulce.

—Y tú ninguna. ¿Por qué?

—Sí claro... Me parece inútil atarme a ella.

—A mí, quererla recorrer.

—¿Para qué te servía toda?

—Me ha dado cosechas, ganados, jardines...

—Yo los veo al pasar. Me basta contemplarlos.

—¿Eso te basta? Necesito más. Por mí y por ti.

—¡Yo no necesito tanto!

Pablo anduvo cejijunto por la alcoba. En un marco ovalado sonreía una dama de cabellos blancos.

—Nuestra madre—dijo con voz suave—era como yo: andariega, desprendida.

—Nuestro padre—y el hermano señaló a un caballero de frente abombada—era como yo: trabajador, desvelado.

Un largo espejo estrecho, con pajarillos y flores pintados en sus bordes, devolvió dos miradas que consideraban a dos seres tan opuestos.

—Marcos, ¿sabes tú qué es la tierra?

—Pablo, asiento del hombre para que él viva su fruto.

—Y el cielo, ¿qué es el cielo?

—Lo que no puede uno coger desde la tierra.

La paz inundaba el bosque. Pablo volvió a la puerta. Paseóse entre los pinos. Nadie. Poco a poco comprendió que podría tener fiebre y sintió pena de que el desconocido no reapareciera.

—¡La tierra! ¿Qué es la tierra?—casi gritó.

—Raíz, ¿cómo te preguntas?—dijeron a su lado.

Ahora sí era el desconocido surgiendo a su nivel como su propia sombra.

—Si las raíces gritan es por las bocas de sus ramas. Y yo no tengo ramas.

—Pues todo cuanto hiciste en el mundo fué siempre de semillas propias.

—También Marcos sembró pinos.

—Pinos de tierra, que no se van de la tierra.

—¿Cómo se acierta?

—¡Ah...!

Pablo se enfureció súbitamente:

—No se dice ¡ah! y se escabulle uno después de lanzar la inquietud. ¿Cómo se acierta? ¡Dilo tú!

Al otro le llameaban los ojos y toda su cara traslucía cuando contestó:

—Se mete la cabeza en el corazón, se mete el corazón en la cabeza. Eso es. Así es.

Después se alejó sombrío, derramando arcángeles otra vez en los pinares.

—¡Pablo, Pablo! ¡Hablas solo otra vez!

Despavorido, Pablo cerró la puerta; jadeaba.

—¿Hablabas yo solo?

—Sí—y el enfermo tenía miedo—. Ven a mi lado. Quiero hablarte de algo que tengo decidido hace muchos años. Tú eres un soñador, un incapacitado para la vida ordinaria. Si me muero tuyo es todo cuanto obtuve yo de la tierra. Tuya será toda mi tierra.

Los retratos de los padres se pusieron más tristes.

—¡No, no!—gritó Pablo—. Yo no quiero tierra.

—¡Si eres pobre, hermano mío; si lo vas a ser más al morirme yo!—se dolió Marcos.

—Nada importa—y deliraba al decir—: Yo sólo quiero el cielo. Dámelo—se llegó al espejo, extraño siempre suyo—. Pablo—se dijo a sí mismo con voz tenue—, ¿cómo lograrlo?

Marcos se removía, asustado. Pensó llamar, gritar, pero un dulce ahogo le cogía el corazón. Recordó con esfuerzo: ¿qué podría ofrecerle a aquel hermano tan turbado? Y le vino a la memoria, transeúnte fugitivo, el recuerdo de un joven al que vio morir en la guerra...

Ya sobrevenía el día. La luz avanzaba despacio. Pájaros y árboles alargaron plumas y hojas en busca del sol.

—¡Pablo!—y el enfermo rasgaba su camisa de hilo, asfixiándose—, hermano, ¡perdóname!

Fué tan violentamente breve aquello... Cerró los ojos con dulzura y se quedó muerto. Pablo le besó con respeto la frente. Al componer su figura le halló crecidas en las manos y en los pies largos tallos de hierba gris...

III

A la puerta del corral se asomó la esposa del hombre visitado por la fortuna. El pensó: «¡Qué alegre está hoy mi mujer!». Y este hallazgo le hizo olvidarse por un segundo de su sorpresa ante la desaparición de la desconocida taumaturga. Luego pensó que debió dormirse y soñarlo todo, y sintió un golpe violento en el corazón, pues hay sueños que debieran ser eternos.

—¡Torcuato!—dijo su mujer—, fíjate qué desastre han hecho los perros con las gallinas!

Pero al acercarse él sólo vio unas aves aligeradas de plumas cerca de unos mastines pacíficos y acostados. El corral estaba blanco, los animaluchos comían alegremente y se oía cantar a los colorines, a los jilgueros, a las calandrias... entre el hervor apasionado de las hojas de los árboles.

—Nieves, ¿cómo estás tú tan guapa hoy?

—¿Qué me dices?

Se miraron sorprendidos y ella le notó un velillo en los ojos, azul, insignificante. «Tendrá fiebre el pobre mío», se dijo.

—Sí; estás guapa y alegre; consérvate así—se volvió al campo, que trasladaba olores de frutos maduros—. También la tierra se ha puesto hermosísima. ¡Qué gozo da verla!

Cuando se halla a la Naturaleza con entusiasmo, con amor, ella corresponde con ternura. Se esponja, se crece y comienza a girar parsimoniosamente enseñando sus tesoros: desde la hoja chiquitita del almendro hasta la hormiga afanosa, la nube esculpida en mil formas... Su gran zodiaco revistiéndose hoy de solemnidad para que Torcuato extremara sus ojos lúcidos.

—Oyeme, mujer; he tenido una visita y un regalo que no esperaba nunca.

Nieves se detuvo cerca del pozo, vistiéndola el sol con saya de resplandor.

—¿Quién vino?

—Una mujer, una señora preciosa. Era blanca como las almendras, y al reírse movía pájaros en su garganta. Yo no sé si de verdad o de fantasía, pero, ¡si la hubieras oído hablarme!

El cubo alzado, lleno de luces del día, Nieves sonrió con malicia.

—Seguro que vendría a comprarte gallinas o algún cordero... ¿Qué fué lo que te regaló: buenas palabritas?

—No—dijo él muy ofendido—. Ella no pidió nada. ¿Para qué lo querría? Me ofendió la felicidad; la última felicidad...

—¿Qué me dices?

—¡Mi felicidad última!—vagaron sus ojos por el cielo; ¡cuánto lujo de nubes dorándose como peces esbeltos sobre el olivar!—. Esta noche dormí pcco; entre sueño oí que me decían cosas raras que no pude entender. Al empezar a hablar la desconocida se me removieron dentro y creí comprender lo que me decía. Se puso a ofrecerme la salud de los hijos, la riqueza, la juventud...

Nieves había soltado el cubo y se venía hacia su marido con el pañuelo de seda negro anudándose al cuello.

—Era una loca, ¿verdad?

—No; cállate y escucha. Estaba sana, sonreía, parecía un arcángel. Yo no acepté nada porque todo sería peor que si volviera a empezarse la vida, ahora que ya la hemos vivido...

Ganada por el misterio, ella sentóse frente a Torcuato. Entre los dos palpitaban unas palomas grises y blancas picoteando el trigo. Dijo:

—Una vez me contaron un cuento muy parecido. A un labrador le ofrecieron tres dones, eligió y fué desgraciado hasta que volvió a ser como era al principio...

—También yo lo sé. Pero no elegí nada. Sólo le dije: «Si tanto poder tienes haz que todo lo que vean mis ojos sea hermoso». Ella accedió y se fué. No la ví irse. Desapareció como si la rebara un aliento. Desde entonces tengo más frescas las venas, respiro mejor. Y tú me pareces hermosa otra vez, mejoró el campo y los animales de la casa están más sanos.

Cogida por un profundo respeto, Nieves admitió a su marido. ¿Cómo se le ocurrió pensar en tal petición? ¿Es que no existían cosas de mayor urgencia? Fué a reprochárselo y al ir a hablar pensó que acaso deliraba Torcuato, que todo era un sueño. Le preguntó:

—Vamos, hombre. ¿Cómo ves tú aquello que hay antes del Barranco del Agua?

Se trataba de unos monteculos desnudos, con cardos, al final de los cuales sobresalían cipreses y chopos, perales y olmos...

—Veo lo que vengo viendo desde que nací: unos montecitos que parecen senos de muchacha cercados por el ansia de los cardos en flor violeta; y más lejos están los árboles del tío José, tan frescos como en primavera. Todo es pequeño delante del Javalcón; sin embargo, yo ví láminas antiguas en un museo y todo esto me recuerda el color de sus pinturas. Se pone uno triste, pero feliz, viendo que las cosas se marchitan con dulzura, como las flores. Es muy bonito este campo.

Marido y mujer se sonrieron, de acuerdo; pero ella pensaba que era tan seca la tierra, tan desnuda y fría... que los árboles no decían nada y que los cardos arañaban cual lanzas. Suspiró.

—¡Ojalá nos traiga suerte, que no desgracia, el regalo que te han hecho los duendes!

Era el mediodía. Circular hora de sombras alrededor de los habitantes del campo. Los pájaros acordaron el silencio para engullir las oruguitas indefensas. Trabajaron en apretar el cerco de perfección todas las criaturas. Nieves se fué, desconcertada, a la cocina poblada de colores rebullidores, y Torcuato paseó despacio entre las higueras.

Muy poco a poco, despegándose con delicadeza y lentitud del cielo erguido, avanzaba un grupo de seres. El hombre recordó haber visto en alguna parte, quizá también en sueños, un concierto de figuras semejante. Era espléndida la composición, el calor, la agilidad... Se detuvo la mano en la barba, meditando. Nunca viera nada mejor a plena luz, verdad, entre el cielo y la tierra. Sintió el deseo de eternizar aquella llegada, de no morir él nunca, de que el mundo continuara exacto a como él lo estaba viendo hoy. La hierba, el agua resbaladiza, el aire, un olor caliente que no se sabía de dónde saltaba... ¿Qué milagro hacía su ser hoy? Por entre los montes fronterizos, di-

minuto, el tren de Iznalloz subía con esfuerzo; y también era sencillamente magnífico verlo de metal negro a través del pasillo de vendavales de los pequeños pero agrios puertos.

La eternidad comenzaba su tarea dentro de Torcuato. Su rudeza de hombre de la tierra estaba esclavizada al imperio del don hecho a sus ojos. Sus ojos se veían ya desde todas partes, alumbraban fanáticos poseyentes. ¿Vendrían a verlos aquellos hombres que se acercaban en procesional ritmo? Se los tocó temblando, y al contacto de ellos, duros, parpadeantes, las yemas de sus dedos sufridos se hicieron tiernas, sensibles como los dedos de una doncella.

Gritó, sensibilizado extraordinariamente, y acudió su mujer con un lienzo en las manos y una vasija de barro.

—¿Qué te pasa, por qué gritas?

El se le iba rápido, asíéndola:

—Tengo miedo de verlo todo tan hermoso. Fíjate cómo resaltan aquellos que vienen sobre el cielo. Tengo los ojos en carne viva, como si me los acabara de parir mi madre. ¿No ves tú qué maravilla de luz? ¡Si me retumba toda dentro!

—Entra conmigo; habrás madrugado mucho. Duerme un rato después de comer...

Estaba puesta la mesa en la cocina. Los platos de barro cocido, floreados; las jarras del agua y del vino; los tomates, las patatas, las peras y la carne con hojas de verdura cerca... Y él sonrió inocente.

—¡Vaya festín, Nieves! ¿Por qué pusiste tan lujosa hoy la mesa?

Un horno encendido pareció la ventana donde Nieves batía unos huevos; luego pasó una nube, sopló el viento; los perros ladraron a los que se estaban acercando.

—Todo suena bien. Oigo fuentes y veo rosas. O tengo fiebre, o soy Dios mismo.

Nieves estaba profundamente preocupada: los hijos, ya inutilizados por la guerra, quizá el viejo estropeado de la cabeza... La casa se enfriaba con el otoño. Los perros bullían demasiado; no había azúcar para el café, ni café, ni jabón para lavar... Si se muriera ella de pronto, sin ruido, con la sencillez con que se piensa tantas veces... La vida era horrible, difícil.

—Nieves, vamos a comer. Jamás nuestra tierra dió tomates como estos, ni mejores patatas, ni fueron tan tiernos nuestros corderos.

Ya el rumor de los que venían se colgaba del tejadillo. Risas de mujeres, de niños y el ladrar atormentador de los mastines.

Fué prodigioso que sobresaliera de todas la voz de un pájaro al que desbarataron su reposo. Al volar, esférica y solicitada, se le arrolló a las alas la tarde con su primer de plumas.

IV

Lejos de allí, pero unidos a estos seres por los zos de sangre infinitamente firmes, otras dos criaturas acababan de sufrir un golpe muy negro. Y solos, aplanados de silencio y de llanto, decidieron buscar el abrigo del dormitorio. Era muy oscura ya la tarde las habitaciones rebosaban suspiros y desconsuelo; de todos faltaba la vocecilla rubia del hijo; en todos los espejos se notaba el hueco de una imagen definitivamente ahora en el trasmundo. De las galerías donde retumbaba el viento venía la ausencia de una sonrisa clara, recién nacida, que se burlaba de la creación.

El, con ese luto interior que anega desesperadamente de negro el vestido, acarició la frente de ella.

—Vente a descansar.

Y la condujo a donde más insufrible se hacía la carencia de la vocecilla rubia, porque el hijo nació en aquella alcoba.

De un rincón brotó la sombra con mayor violencia; tanta y tan espesa que casi tenía voz.

Ella se dejó caer en el lecho y él se acercó a un cristal empañado. La calle se movía abajo con hombres abstraídos bajo la lluvia finísima.

—¡Duérmete!—pidió el marido con la tranquilidad ternura del que está muy triste.

Dormir significaba olvidarlo todo. El, con la brasa de la frente apoyada en el cristal, no olvidaba. El pequeño suceso de que se muera un hijo no representa ya nada de gigantescas proporciones. Sólo para los padres es inmenso; sólo para las madres es eterno.

El esfuerzo de amarse, el de ahondarse cada uno en el otro, dar el hijo, sostenerlo y crecerlo como una rama de nuestro tronco, y luego lo más vulgar: verlo morir.

Todo el trabajo perdido; todo el amor perdido. Perdida la intimidad del hombre con la mujer, talada, arruinada. Volver a empezar el amor, levantar la vida que se hundió... Suspiró y ella abrió los ojos con espanto.

—¿Qué? ¿Llora?

—¿Llora quién?

—¡Ay, mi hijo! Creí que lloraba aún.

Y el llanto de la madre se derramó, inundándolo todo de tragedia. Techo y suelo se juntaron y apenas si el hombre pudo deslizarse entre la sombra.

—No llores, alma mía...

Pero se fundieron los dos llantos en uno. Más apretado, como años atrás se juntaron los latidos para crear otro corazón.

La noche se empapó de silencio. Uno que no supiera llorar hubiera creído que todo estaba quieto, que allí no quedaba más que sueño... Los ojos se dilataban queriendo ver, no lo que la sombra cubría, sino lo que está más allá de la sombra agitando sus bracitos y su vocecilla asustada.

Fué haciendo la lluvia más recia, aumentando el tronco y ensanchando sus ramas. Pronto azotó los cristales con aletazos de ave iracunda y retumbó ahincadamente sobre los techos.

El pensó en los árboles que resecos del verano crepitarían ahora bajo el agua; en las alamedas, cuya tierra ardorosa embebería frescor para muchos días; en las torres, que desprenderían el agua a la mañana siguiente con la misma gracia que los pájaros se desprenden del rocío.

Ella, primero, oyó el agua sin distinguirla, sin arrancarla de los otros ruidos que le fingían el llanto o el aleteo de su hijo... Luego, irguiéndose, comprendió. Un latigazo de dolor sacudió su cuerpo, levantó su espíritu la arrojó en medio de la habitación...

—¡Mi hijo!—gritó por encima del agua—. Está mojándose mi hijo. Cuando aún guarda el calor de mis besos me lo está apagando el agua.

Entonces entendió el hombre que la lluvia taladraría, habría taladrado ya la tierra que aquella tarde extendieron sobre el muertecito, y que todo él, con su pequeña caja blanca, yacería pronto en una charca de hielo...



Como si presintiera el drama de sus únicos hijos sanos, en otra tierra más allá del Javalcón, Nieves estaba hoy profundamente preocupada. Tenía otros hijos, sí; pero estaban inutilizados por la guerra; quizá el viejo andaba estropeado de la cabeza... La casa se enfriaba con el otoño. Los perros bullían demasiado. No había azúcar para el café, ni café, ni jabón para lavar... Si se muriera ella de pronto, sin ruido, con la sencillez con que se piensa tantas veces... La vida era horrible, fea, difícil.

—Nieves, vamos a comer. Jamás nuestra tierra dió tomates como estos, ni mejores patatas, ni fueron más tiernos los corderos que nos nacían.

Ya el rumor de los que venían se colgaba del tejadillo. Risas de mujeres, de niños, y el ladrar atormentador de los mastines irritados.

Fué prodigioso que sobresaliera de todas la voz de un pájaro al que desbarataron su reposo. Al volar, esférica y solicitada, se le arrolló a las alas la tarde con su primer de plumas.

La que preguntaba era una mujer que no encajaba en el grupo; una pobre madre a la que había jugado el destino la broma atroz de darle un hijo ciego.

Nació con la magnífica sencillez de todo lo normal. Después de bañarlo depositáronlo junto a la madre.

—Un niño—dijeron todos.

Y la madre, con voz atormentada, preguntó y asintió:

—¿Un niño? ¡Un niño!—durmiéndose después con perfecto sueño de cansancio.

Durante muchos días nada extraño ocurrió en el niño. Día por día el diálogo de la madre con el hijo fué adquiriendo mayor intimidad y sosiego. Ella le alimentaba a pleno sol, para que la piel fuera aun más luminosa y tibia, más maternal. Los amplios ojos del niño nunca estaban húmedos, por mucha luz que les diera. En ellos podían verse reflejados todos los paisajes límpidamente. Como agrandados en claridad lucían cada vez con mayor pureza. A ellos buscaba asomarse siempre la madre, pero sólo conseguía volcarse, recogerse luego con decepción, porque el niño—preñado todavía a su lucero—no devolvía mirada ni afán. Quietos los ojos oscuros, aunque abiertos, dormían.

Aprendió a sonreír el niño cuando oyó la música. Y desde entonces siempre que el piano producía belleza él enrojecía sus labios con un gracioso movimiento de gozo.

Oía bien. Cuando el padre se acercaba, lento, con el ensueño de soledad en las sienes—era un hombre que se afanaba por aquellos campos andaluces y su sed—, el hijo se inquietaba por volverse hacia él. Toda la familia estaba loca con el recién llegado al mundo; a todos les satisfacía. Solamente a la madre se le quedaba un extraño descontento, una agitada reserva que en desvelos sobre la cuna le estallaba en horribles dudas: «¿Sería que ella no amaba a su hijo como todas las madres aman a los suyos?».

No dijimos que aquella pobre mujer tenía una espaciosa frente característica de los privilegiados del talento o de la locura. Toda su vida estuvo tan dolorosamente intervenida por la razón que en realidad ella desconocía el arranque ciego del corazón y el aun más trágico de la carne. Siempre sobre sus instintos, vidente de su impetu vital, llegó al amor como a un texto y a la maternidad con la serena alegría de haber cumplido su fin amoroso. Si estaba triste o alegre, sus ojos permanecían abiertos al sol de toda sonrisa, con una tranquilidad de buena ley que, sin embargo, parecía cerebra] de tan perfecta y segura. Tal crítica propia sobre su falta de amorosidad sobre su exceso de «cabeza» produjeron en su alma el terror de no saber amar a su hijo con el encendido amor que veía en otras madres.

Fué muy corto el tiempo que estuvo preocupada.

Porque una mañana radiante adivinó la raíz de su dramático descontento, de su insatisfacción.

El niño, desnudo en el sol, veía oyendo músicas cercanas; la madre lo miraba a los ojos abiertos, serenos en la ardiente luz, y un hielo de angustia le cogió el alma. ¡Su hijo no veía! Impasible, lo mismo le caían en las hermosas pupilas rayos de sol que dulces sombras templadas.

¡Ciego! ¡En aquella hermosísima mañana con músicas, únicas bellezas que llegaban al niño!

La soledad del padre campesino se llenó de llantos. Todos se dedicaron a educar—inconsciente, pero afirmativamente—los demás sentidos del niño: ventanitas por donde tendría que salir y entrar la vida del cielo.

Cuando la voz del hijo quiso afirmarse, la madre reunió a la familia.

—Yo no quiero que mi hijo sepa que es ciego—exigió—. Todos cuidaremos lo que hablemos en su presencia. Quiero que ignore lo que es su desgracia. Que él crea que todos somos iguales a él. ¡Que nunca sepa nada de la luz!

Fué una escena durísima. A todos les pareció loca semejante decisión, imposible de llevar a efecto. Pero la madre dió el ejemplo: el niño vivió en sus habitaciones, atendido por su madre, moviéndose dentro de la sombra con la soltura más sencilla. Todo lo aprendió como los demás niños ciegos, pero sin saber lo que era «ser ciego».

La palabra «luz» no existía. Solamente Dios sabe el trabajo que cuesta no hablar de la luz.

Hasta la adolescencia.

La casa se llenó de ruidos alegres, de perfumes deliciosos, de sabores delicados, de tactos inefables. El joven oyó gusto, aspiró y sintió la más fina caricia, el aroma más puro, el mejor sabor y la música más hermosa. Sus ojos eran los únicos que nada sabían si no era del sueño...

—¿Para qué son ellos, madre?—Indagó un día.

—Para dormir, hijo.

¿Qué daño le hacían a la eternidad los pobres ojos esclavos de la sombra? Porque una tarde de gloria, cuando el muchacho oía desde el campo la marcha del lejano río, se acercó a él una niña. Era delgadita y breve; jugando se escapó de su caserío y la fortuna la llevó junto al ciego.

—¡Qué guapo eres!—alabó compasiva.

Los oídos, amigos de la música, transmitieron dulce temblor a las manos del muchachito. La niña le acariciaba la cabeza con ternura.

—¿Estás solo? ¿Me viste llegar? ¡Ay, es verdad que tú no puedes verme!

Dos veces oyó el ciego una palabra desconocida.

—¿Me conoces?—preguntó sobresaltado.

—Sí, porque te veo asomado a tu ventana cuando mi madre toca su piano.

—¿Me «ves»? ¿Y qué es «ver»?

El asombro confusiónó a la niña. ¡No podría satisfacer la pregunta aunque quisiera!

—¿Qué es ver? ¿Qué es ver?

Todo el campo se llenaba de su voz, de su tremendo y desconocido dolor súbito. Y entonces llegó la madre, próxima y tan lejana que no pudo evitar aquello espantoso.

—No sé decirlo. Yo no soy ciega. Yo no sé qué es ver, porque veo.

Ya estaba la madre junto al hijo, sorbiéndole el ansia, trasvasándose su locura.

—¡Madre! ¿Qué es ver?

¡Hasta dónde puede ser eterna la eternidad!

—Hijo, eso que tú sueñas... Lo que haces cuando duermes, ¿recuerdas? eso es ver.

V

Todo aquello lo recordó de pronto, el hombre a quien buscaba el tropel, mientras miraba a la mujer que andaba tan mal encajada allí. Luego, miró a la muchacha que le traían, mostrándosela. Entre Torcuato y la jovencilla sobresalió la corriente ardorosa de la simpatía, de una frenética adhesión. Ella le veía dichoso, como un animal joven en posesión de sus remos ágiles. Pero que gozaba al poder, acaso, estrecharla como haz de espigas granadas preguntándole aquellas cosas que sólo a él podían ser contadas.

—¡Dice que le conoce a usted, tío Torcuato!—gritaba alguno.

—¿Y es verdad?—asediaba otro.

—¿Qué haremos con ella si nadie sabe quién es?

—Dejádmela a mí.

Se consultaron entre ellos y los mozos se sintieron propicios a la inteligencia.

—Con usted se queda, ¡ea!

Y se fueron. La tía Nieves sonreía, confidente, al socaire de sospechas socarronas.

—Diga la moquita; ¿tiene el novio por acá?

La otra sonreía también como sonreirían los pájaros si pudieran.

—¿Novio? No le tengo en ninguna parte. ¿Sólo se camina cuando se ama a un solo hombre?

—Torcuato andaba tanto cuando me buscaba a mí, y yo cuando iba a su encuentro—sentóse junto al pozo, que se dobló de musgos para evocarlo todo a su vez—. Era el mozo más cumplido de toda esta cortijada: un hombre de una vez. Tenía más fuerza que un mulo, trabajaba de la mañana a la noche y aun podía cortejarme, cuidar de unas flores y bailar los domingos conmigo.

—Yo ando por andar.

—¿Andar por andar?

—Y canto por los caminos..., porque sí.

—Cuando yo cantaba era porque venía a verme Torcuato.

—Y río porque me alegra el campo. ¿Sólo se ríe por amor?

—No lo sé. Desde aquellas risas ni él ni yo hemos vuelto a reír nunca...

—Y lo amo todo, lo doy todo; espero siempre que todo se haga por la gracia y no solamente por el esfuerzo.

—¡Ay! Pues el esfuerzo es lo único que da algo seguro. ¿Qué es la gracia; quién la da? Si él y yo no hubiéramos trabajado tanto, ¿qué tendríamos?

—Y trabajando, ¿qué teniais cuando yo vine?

Se miraron los esposos contristados, como si no tuvieran nada ante ellos: ni corrales, ni huerita, ni árboles, ni trigo, ni maíz, ni palomas, ni ganado...

—... Porque todo cuanto yo veo que teniais, ¿os lo llevaréis a la tierra con vosotros, o lo dejaréis aquí?—de todos los países acudieron ahora ruiseñores: del frío de los parques ingleses, del rocó francés del espesor hindú, de la sagrada cumbre donde el ruiseñor máximo tiene su morada—. Yo no trabajé lo que dejaré, ni amé lo que se quedará, ni busco lo que ya vino... Toda esa tarea es para los deshabitados de la gracia. Nosotros los ungidos por su óleo, existimos solamente para llegar un día a los términos del hombre laborioso y regalarle aquello que no pudo obtener nunca con el sudor de su trabajo. Tú, que tanto has querido a tu hombre, ¿qué cosa que no sea de la tierra y para la tierra le has dado?

La voz de la mujer, deslumbrada, se atrevió al murmullo:

—El me dió hijos; yo le di hijos.

—¿Y qué son ellos, así, solamente, así?

Se levantó de su asiento, y fué alta palma blanca, ave ligera que se ceñía sus vuelos:

—Yo era sola, pobre; vivía lejos, tenía dolor y lágrimas cuando pasó un hombre, cuando sobrevino una voz que me anunció la gracia de verlo todo hermoso: creía en los seres, pero en ellos mismos porque sí. Supe que eran transitorios como las nubes, menos perdurables que sus cosas, y me oí verles inventar absurdos para adherirselos. Separarse los hombres, trabajar sin soñar, sin reír, sin darse las manos llenas de dádivas, de amor, de ilusión, porque sí. Sin embargo, mi corazón estaba rico de presentes. Alguno, loco, insensato, me regaló. Salí a los caminos adelante, acercándome a todos los vacíos del mundo. Donde los hombres lloraban puse mayor dolor para rebelarlos contra el color; donde las mujeres reían, les enseñé a comunicar su alegría a las tristes. Y aquí, que todas las cosas sobran, di a tu hombre el don que me pidió: mis propios ojos investidos de hermosura, eterna complacencia suya, desprendida satisfacción ajena a una cosecha o a un ganado.

¿Es que hablan los seres fugitivos una lengua de viejísimas raíces, aquella de los primeros montes, la de los conquistadores de la selva...? Porque ni Torcuato ni Nieves sabían qué era aquello que oían, pero se ensanchaban sus pechos en cuatro hojas carnosas ante la hermosura del cielo revestido de sus ropajes más solemnes.

—¿A dónde iba cuando llegué? Estaba dormida cuando en mi sueño un hombre se debatía por el peso, cargados sus brazos de esfuerzos y de frutos. Pero en su alma no había luz. Cuando holgaba, nada, si no eran cosas de la tierra, alentaba dentro suyo. Tuve pena de no verle buscar una estrella en el cielo. Me dolió como si me quemara no escucharle cantar ni ensalzar el aire que movía sus cabellos blancos... ¿Se morirá sin pararse, embriagarse, adorar la belleza del mundo sin pensar en su utilidad? Eché a andar y hallé a Torcuato. Cuando le dejé mi corazón oía a hierbaluisa, a nardos...

En todas las cimas de los montes, hogueras. Y en las sienas de los que oían, resplandores azules. Angeles del maíz, músicos de la uva, planiferas de la



noche, entonaban su coro lustral. La joven se alzaba otra vez, yéndose...

—No tengo maleficio. Mi dádiva es pura. Ten, hombre, que necesitas ver por ver, antes de morir, tus ojos hermosos. Te los piderá Dios cuando abandones aquello que hiciste para dejarlo aquí.

La voz bronca del hombre interrogaba:

—¿Todo por la gracia? ¡Es por la gracia que tú eres hermosa, pura, limpia! Por la que Nieves y yo nos sentimos unidos y distantes. ¿Por la gracia es que yo comprendo cuán bueno es no pertenecer ni poseer más que a ti?

—Con los ojos estos, ¿cómo podrías apegarte a mezuquinas propiedades efímeras? ¡Puedes ser dueño de toda la Creación, sólo con soñarla y verla—

Gemía Nieves, pobre y asolada:

—¿Y qué haría yo ahora con mis ojos?

—Cerrarlos.

Cantaban ya los conjuros de la noche. Torcuato se irguió y vió una luna de color de oro sobre las cenizas del suelo...

—¿Cuántos ven lo que yo?

—¿Qué más da? ¡Mira!

Redonda noche de ruedas eléctricas. La mujer del elegido lloraba bajito...

—Trabajamos juntos. Juntos siempre. ¡Y ahora yo no veré lo que él vea!

—¿Y qué si le verás a él?

Reposo. El agua empezó a nadar en las arterias del cortijo. Entre las sendas, la mística blancura de la taumaturga realizaba espigas.

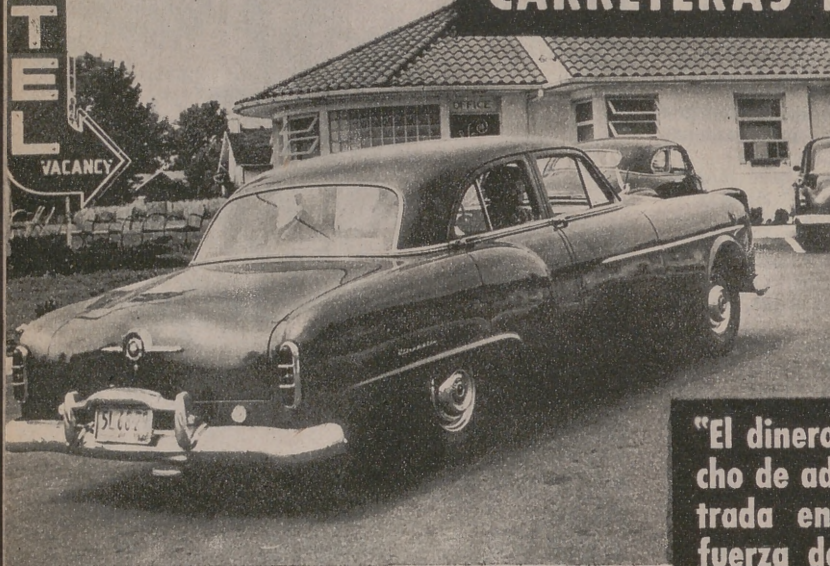
—¡Enseñame a ver lo que ves tú!

Tan doliente el ansia, que el hombre sonrió con dulzura:

—¿Ves el blancor suyo, cómo brillan sus cabellos, su espalda y sus manos? ¿Oyes la luna? ¡Alcanzas aquellos pájaros que vuelan debajo de las nubes y parecen racimos de uvas chicas? ¡Mira qué caballos vienen sobre nosotros!

Las manos se retorcieron con la voz sarmentosa:

—¡No veo nada, está oscuro! ¡Tú sueñas!



CUATRO MIL NUEVOS MOTELES CADA AÑO A LO LARGO DE LAS CARRETERAS NORTEAMERICANAS

**SON COMO UNA PEQUEÑA
EDIFICACION DE UN CUENTO
DE HADAS QUE SURGE ANTE
LOS OJOS DEL VIAJERO**

En estos establecimientos no hay ni criados ni criadas, ni camareros ni camareras. El viajero trae su automóvil a la puerta de la habitación.

"El dinero no sirve para comprar el derecho de admisión a nuestra Sociedad; la entrada en ella se gana y se conserva a fuerza de mantener constantemente un común nivel de limpieza, cortesía y moral"

A lo largo de las carreteras de los Estados Unidos, e incluso en los alrededores de las grandes poblaciones, unos edificios singulares y especiales destacan su presencia: son los moteles. El motel es una especie de parador o albergue de carretera, pero que no tiene ningún punto de contacto con el albergue corriente que estamos acostumbrados a ver en España. El motel existe, se edifica y se extiende como una cosa propia de la vida americana. Propia y útil, necesaria para muchas personas, tantas como las que caben en los 53.000 hoteles dispuestos no solamente para los 57 millones de personas que gozan de permiso de conducir automóvil, sino para aquellas que quieran descansar y gozar de un paisaje y de una tranquilidad óptima y máxima. El volumen de negocios que en un año vienen a realizar estas instalaciones hosteleras llega a la cifra de 60.000 millones de pesetas, lo que demuestra la importancia y buen resultado de los mismos.

Muchas personas también prefieren el motel de las afueras al céntrico hotel del centro de las poblaciones. El motel, situado en un lugar silencioso, apacible con un paisaje magnífico y maravilloso, no posee el inconveniente de los ruidos nocturnos callejeros: se vive en pleno campo, se tiene el coche aparcado en la puerta, se puede llegar en poco tiempo al lugar de trabajo y, sobre todo, se dispone de una independencia y una simplificación de formalidades en el trato que hace y asegura una clientela superior y fija. Esto último, el mínimo de servidumbre y de etiqueta explica tal vez por qué el magnífico hotel Shoreham, de Washington, céntricamente si-

tuado en la capital de los Estados Unidos, se dispone ahora a construir en sus propias inmediaciones un motel.

EN UN MOTEL CADA UNO PUEDE HACER LO QUE QUIERA

El aspecto exterior es lo primero que cuidan los buenos moteles americanos. Anunciados a lo largo de las carreteras por carteles que proclaman sus nombres, sus instalaciones y su exacto emplazamiento, los moteles se esfuerzan por atraer al viajero. El motel ofrece exteriores impecables, amplios accesos asfaltados, un césped de un grato y bien atendido verde, lleno de confortables sillas de colores que, no obstante su respetable tamaño, pueden ser levantadas fácilmente con un dedo; sombrillas y mesas de vivos colores y casi siempre una piscina de agua transparente y clara, tentadora en los días calurosos y rodeada de flores y plantas que le dan buen ver en todas las épocas del año.

El motel viene a ser así como una pequeña edificación de un cuento de hadas que surge ante los ojos del viajero. Los moteles, en la casi generalidad, no disponen más que de un solo piso, y las habitaciones, situadas en el interior de los edificios que constituyen el conjunto del motel, unas veces están aisladas y otras han sido dispuestas de una manera uniforme y continua. La disposición, de todas formas, no influye para nada en el resultado final: el más absoluto silencio y la más perfecta paz y tranquilidad imperan a lo largo de estas residencias de carretera.

El 33 por 100 de los moteles posee servicios de comidas en establecimientos anejos. O, por el contrario, hay siempre un co-

medor o una casa de comidas cercana—a la que se llega fácilmente a pie o tras breve recorrido en coche—que realiza la misión de dar de comer a los automovilistas que no llevan comida propia. Porque el llevar comida propia y comerla en la propia habitación es otra de las comodidades de estos edificios. Quizá una de las frases que mejor resumen las características de un motel es la de «cada uno puede hacer lo que quiera—sin molestar a nadie, se entiende—, que nadie le dirá absolutamente nada.» El residente disfruta así de una manera totalmente directa de la sensación de una paz obtenida en cualquier kilómetro de cualquier perdida o intensa carretera de cualquier Estado americano: Nevada, Tejas, Florida. Cada paisaje presenta su motel, y cada motel, su paisaje. Un complemento siempre acorde y armonioso.

EL AUTOMOVIL A LA PUERTA DE LA HABITACION

Al llegar a un motel determinado, el viajero se dirige a la oficina que sirve de recepción, conserjería y caja. En una tarjeta impresa escribe su nombre, lugar de residencia habitual y su firma. Lo probable es que haya reservado ya la habitación, enviando incluso un dólar por adelantado como prenda de su propósito de ocuparla en la fecha anunciada. En cuanto se la adjudican paga anticipadamente el precio del alojamiento, que ha de abandonar por la mañana o a la hora que desee. El precio, como es natural, está en función de los días que el usuario

ES
AS
AS

ÉN
NTO
NTE
E R

criado
pa.
ción

ere-
en-
a
un
oro



Cada paisaje presenta su motel, y cada motel, su paisaje. Un complemento siempre acorde y armonioso

ha de permanecer en el motel. El único criado visible, por lo regular de raza negra, le lleva a la habitación correspondiente y coloca en ella un recipiente repleto de cubitos de hielo, perfectamente producidos con agua cristalina y potable, y los vasos que sean precisos, limpios, esterilizados y envueltos en papel celofán. La estancia ventilada y limpia, presenta la temperatura adecuada en invierno y en verano. Gracias al hielo y a los vasos, la sed del camino puede quitarse con agua fresca y con «whisky», si el viajero lo lleva consigo.

Porque una especial característica de los moteles americanos es que en ellos no se despacha bebida alcohólica de ninguna clase, ni siquiera cerveza. Esta medida contribuye en alto grado a mantener el orden de la cambiante comunidad diaria. Aparte de evitar en gran parte los accidentes de tráfico, que tienen su causa en el alcoholismo.

No son precisos ni ascensores ni escaleras para llegar a la habitación. Antes de entrar en ella el viajero ha podido aparcar su automóvil precisamente a la puerta de su misma residencia

—más todavía, a la puerta de su misma habitación—, entre dos rayas anchas y blancas que definen con exactitud el lugar que ha de ocupar el vehículo sin invadir espacios reservados a otros aparcamientos. Así no necesitará por la mañana de nadie que le lleve el maletín hasta el coche ni tendrá que alejarse del sitio donde durmió para encontrar su vehículo. El resto del equipaje ha pernoctado, seguro, en el portamaletas del automóvil.

Cuando un usuario novato llega por vez primera a la habitación de un motel tiene la impresión de vivir en la habitación de una clínica o de un sanatorio: las

paredes están pintadas con pintura de gran calidad, al estilo de una sala de operaciones, limpias e impecables; si se pasa un paño húmedo por el suelo—hecho de materiales de último modelo—quedará sin huella alguna de polvo o suciedad; la iluminación de la estancia y la del cuarto de baño—estudiadas al detalle y dirigidas con evidente e innegable maestría—resultan perfectas tanto para la visibilidad general como para afelzarse o como para poder leer cómodamente sentado en la cama; empotrado en la pared—mejor dicho, un cuarto pequeño, lo que los americanos llaman «closet»—, ofrece espacio sobrado para colgar buen número de prendas y almacenar equipajes; los cajones de las cómodas corren silenciosos, abriendo y cerrando sin dificultad; hay mesas y mesitas en los lugares en que debe haberlas; butacas, sillas y todo, en fin, cuanto es útil, necesario y cómodo.

«La comodidad antes que nada» puede ser también otro lema del motel al servicio del viajero. Por ejemplo, la comodidad en las camas destaca de forma extraordinaria. Los anchos colchones de las camas no están hechos de lana o borra, con muelles metálicos, expuestos al moho, a la oxidación o a la creación de grandes montañas y depresiones que atormentan el sueño; los colchones de las camas de los moteles son de espuma de caucho, una espuma blanda, muelle, resistente, aireada, ligera y fácilmente reversible. Las almohadas están a tono con los colchones; los dos juntos aseguran un sueño tranquilo, reparador y perfecto, como corresponde a la conjunción de todos los elementos necesarios puestos al servicio del cliente. El motel para el cliente, no el cliente para el motel. Esta es también otra de las divisas de la organización. Divisas todas ellas no de palabra, sino de cumplimiento. Las cifras del negocio lo demuestran.

COCINA ELECTRICA Y NEVERA AL SERVICIO DEL VIAJERO

La gracia exterior del motel



Como oasis en la carretera, el motel surge ante el viajero

reside en su paisaje, en su silencio en la falta de personal innecesario que muchas veces atosigan y agobian al viajero que busca descanso y tranquilidad. La gracia interior reside en la habitación.

Uno de los aparatos más perfectos de que disponen los moteles son los aparatos de calefacción y de refrigeración de las habitaciones. Lo mismo la calefacción que la refrigeración son regulables a la temperatura exacta deseada por los ocupantes de las habitaciones; se han eliminado los tormentos que antiguamente por exceso de calor había que sufrir en invierno en los mejores hoteles de París, o el frío que se experimenta durante esa época del año en muchos hoteles ingleses, o la molestia que supone la falta de aire acondicionado, durante el estío, en casi todos los hoteles de Europa. Esto no pasa en un motel de carretera.

En las habitaciones de muchos moteles hay anejas cocinillas eléctricas con fregadero y servicio de cocina, mesa, cacharros, vajillas cristal y cubertería. Lo bueno no es que estas facilidades existan, sino que, al marcharse los clientes sin ser vistos por nadie, continúan existiendo sin merma alguna en los respectivos inventarios.

Igualmente, en gran número de estos moteles existen en sus habitaciones aparatos de televisión y de radio, teléfono y neveras, las cuales producen hielo y permiten conservar en las debidas condiciones los alimentos llevados por el viajero y aseguran con entera independencia de un servicio, por más señas inexistente, la posibilidad de servirse por sí mismos en sus propias habitaciones unos fiambres, unas frutas frescas o una leche fría sin necesidad de tener que salir a lugar alguno o estar pendiente

de la camarera o camarero encargado del servicio.

La habitación del motel es un pequeño reino. El rey es el individuo o la familia que la utiliza. Un reino que tiene un orden justo a la llegada y que conserva el mismo a la salida. Este éxito se debe no sólo a la dirección del motel, sino a los usuarios de estos establecimientos turísticos. El buen uso de las instalaciones, la educación y el respeto por las cosas que han de servir para los demás, es otra propiedad importante de la clientela. La unión de las dos es lo que permite los grandes éxitos. Como éste de los moteles.

LAS CAÑERIAS NO SE ATRANCAN Y CORREN LOS DESAGÜES

El complemento indispensable de una habitación es el cuarto de baño. Un cuarto de baño con agua fría y caliente, con agua en los grifos a todas horas, es condición óptima y deseada.

En un motel moderno, el cuarto de baño es modelo de fontanería. El agua que sale por los grifos, perfectamente potable, ha sido suavizada con aparatos especiales, con lo que, a la vez que resulta agradable para los que la utilizan, no atasca las tuberías, hasta el punto de obturarlas virtualmente, y conserva la propiedad de fluir con fuerza. Esto se debe, además del hecho de conservar los tubos su diámetro original, a que el agua está sometida a presión complementaria de la fuerza de la gravedad. El agua de esta forma, corre por tuberías y cañerías con fuerza, con persistencia y con el mayor coeficiente de utilización perfecta.

El desagüe, que en muchos hoteles ha constituido una pesadilla para el huésped, en los moteles americanos ha sido solucio-

nado totalmente. No hay atrancos en los desagües porque éstos suplementan los preponderantes efectos de la gravedad mediante la suficiente sección de sus correspondientes cañerías, con lo que la desaparición del agua del lavabo o del baño es una operación rápida y segura.

En estos cuartos de baño, la ducha es igualmente una auténtica delicia. Varios factores contribuyen a su perfección. A las virtudes de la «rosa» o dispositivo por donde irrumpe el agua en chorros relativamente gruesos o tan finos como agujas de coser, ha de unirse la de una presión artificialmente producida que impulsa con tal fuerza el líquido que éste parece que nos pincha o amenaza nuestro equilibrio. Requisito indispensable es asimismo una constante temperatura en parte producto de la presión constante del agua caliente y de la fría o de la mezcla de ambas que nunca debe de reflejar el fenómeno del encogimiento del chorro cuando en alguna parte cercana se abre o se cierra otro grifo. Interesa evitar también que el cliente se moje la cara o la cabeza mientras manipula con los mandos de la ducha: esto se consigue siempre que, para que el agua caiga en la bañera, exista un grifo único y, en el mismo, una válvula susceptible de determinar alternativamente, según la posición en que se encuentra, no sólo la caída del baño sino su salida por la ducha. Obtenida la mezcla de aguas a la temperatura deseada, se eleva la válvula para que el líquido fluya por la ducha; terminada ésta, basta la presión del pie sobre aquella para cortar la ducha en seco sin mojarse el rostro ni la cabeza, a lo que también contribuirá el que la «rosa» se encuentre situada a una altura conveniente.

El cuarto de baño, así, por obra y gracia de la fontanería moderna, es un instrumento que funciona. Casi tan importante como dormir para el cansado viajero es encontrar una buena ducha o un buen baño de templada agua en la habitación elegida. Esto existe, con seguridad y con perfección en cualquiera de los 53.000 moteles de Norteamérica.

NO HAY NI CRIADAS NI CRIADOS, NI CAMAREROS NI CAMARERAS

El servicio en los moteles no existe, porque en la práctica resulta innecesario. Su eliminación supone un tanto más en el haber de establecimientos que han organizado sus instalaciones de forma que el cliente pueda prescindir casi en absoluto del servicio. Lo único que en verdad necesita el viajero que se hospeda en un motel es el que alguien le indique la habitación que ha de ocupar y deje en ella unos trozos de hielo. Una vez dentro de ella es señor de cuanto ve. En las habitaciones de los moteles puede permitirse el lujo de prescindir de ese lujo, que antiguamente se computaba según el número de auxiliares al alcance de nuestras llamadas. El «on n'est jamais meilleur servi



El comedor de un motel abre sus ventanales al paisaje

que par soi même» de los franceses ha sido superado en el motel por una serie de inventos prácticos que sustituyen la teoría del servicio humano, ajeno o propio por la de la perfecta eficacia de la organización de un servicio mecánico y automático subordinado y completo.

Es ésta la gran fuerza de los moteles: la de revelar a sus clientes que el viajero, aislado del personal del servicio que en otros tiempos y con sibarítica tendencia juzgaba indispensable para su bienestar, dispone, no obstante de cuanto necesita para su comodidad máxima, siendo dueño y señor de todo ello.

Existe en los moteles, huelga decirlo, servicio eficiente para la diaria limpieza y preparación de las habitaciones; de realizarlo impecablemente, a juzgar por los resultados, se encargan criados masculinos o femeninos que trabajan durante las horas más adecuadas bajo la inexorable vigilancia del director del establecimiento. Pero el servicio se presta a la habitación—no, directamente, al huésped que la ocupa—en sí; el huésped es libre de tener que recurrir a sus semejantes para conseguir servicio. Es ésta una gran fuerza del motel tal como se concibe su funcionamiento en Norteamérica.

SER DIRECTOR DE UN MOTEL ES UNA ESPECIALIDAD DIFÍCIL

El director de un motel es alma, nervio y pieza fundamental de un hospedaje, que, sin su intervención asidua, ni siquiera se concibe que funcione. Sus aptitudes han de ser múltiples. Ha de dominar la técnica de la hostelería, infinitamente sutil y compleja; ha de saber, entre otras cosas, lo que conviene sobre recepción de huéspedes, contabilidad, relaciones con sus empleados; ha de entender de fontanería y electricidad, decoración interior, arquitectura del paisaje, propaganda y publicidad, algo de relaciones públicas, promoción de su negocio y ventas al público. Son muchas las personas con conocimientos de algunas de estas cosas; pero el dominio de todas ellas lo poseen muy pocas.

Por lo mismo, el director de un motel ha de aprender a fondo su oficio antes de lanzarse a ejercerlo, y, a tal fin, no faltan Centros adecuados en los Estados Unidos; Escuelas de Hostelería, algunas tan capacitadas para enseñar la profesión como el Lewis Trainin School, de Washington, y hasta Universidades, como la de Cornell, cuyos títulos de aptitud constituyen un valioso certificado de competencia profesional. Es en Centros como éstos donde el candidato a director de moteles aprende cuanto debe saber de las disciplinas indicadas arriba y de sus deberes generales fundamentales: cómo adquirir con acierto los artículos que se precisan, Seguros diversos, cuidado de los pavimentos y de la lencería, legislación hotelera, iluminación, calefacción y refrigeración de habitaciones, instalaciones para suavizar el agua, lavado de ropa y formación profesional de empleados.



Los automovilistas y sus acompañantes encuentran comodidad y descanso en el motel

Con raras excepciones, en los Estados Unidos, el director de un motel es su mismo propietario, con lo que se reúnen las condiciones ideales para el éxito del negocio, a tal punto, que el contacto directo y amistoso entre el cliente y el dueño del hospedaje, que le recibe y actúa de cajero, es uno de los factores que más contribuyen a asegurar el auge del motel, restando huéspedes a los hoteles.

Son raras en Norteamérica las cadenas o redes de moteles, pues aunque existen algunas agrupaciones de moteles, éstas no pertenecen a Sociedades Anónimas de gran capital, sino más bien a propietarios individuales, que se han reunido para mejor defender sus intereses.

DOSCIENTOS SESENTA MIL MILLONES DE PESETAS INVERTIDOS EN LA CONSTRUCCION DE MOTEL

El motel es ya una parte característica e inseparable del paisaje norteamericano; su estilizada y moderna silueta brinda una acogedora bienvenida cuando se coronan las, no pocas pendientes de las cuidadas carreteras de este vasto país. Fácilmente accesibles, no surgen en ellos los problemas que se plantean al viajero cuando llega a un céntrico hotel, con vestíbulos frecuentados por amigos o desconocidos, prontos a discernir en ellos las huellas del cansancio del camino. Las despedidas son también más gratas; no obstante, la calidad de las instalaciones, las facturas a pagar son relativamente módicas, por no estar cargadas con miras a cubrir las abultadas nóminas de un personal que resulta indispensable en establecimientos mayores. Más aún: el problema de las propinas no existe.

El 89 por 100 de los moteles está abierto todo el año; un 16 por 100 de estos establecimientos suministra gasolina y lubricantes a los coches de sus clientes; el 23 por 100 posee instalaciones propias para el lavado de ropa; el 25 por 100 de ellos venden a sus visitantes comestibles y artículos diversos. Los más modernos disponen de 60 a 80 habitaciones para alojar a sus huéspedes; el promedio de las mismas, en la mayoría de los casos, es de unas 20, cumpliéndose así una de las reglas básicas de la buena construcción en el orden hotelero: la que aconseja que aquellas, en establecimientos de esta clase, no sean nunca menos de 20, ya que, mientras no se sobrepase esta cifra, los gastos generales permanecen invariados, aunque el número de habitaciones sea inferior a ellas.

A 6.500 millones de dólares—260.000 millones de pesetas—se acerca ya la cuantía de los capitales invertidos en construir moteles en Norteamérica; los que existían en 1953 fueron frecuentados por 650 millones de clientes. Dos cifras que hablan por sí solas mucho más que todos los razonamientos.

CUATRO MIL NUEVOS MOTEL CADA AÑO

En Norteamérica, el advenimiento del motel ha llenado un vacío considerable, porque ha satisfecho la necesidad, creada durante los últimos años por el tremendo desarrollo del viaje en automóvil, de contar con hospedajes adecuados a lo largo de las carreteras principales y en las inmediaciones de localidades importantes. Crece sin cesar la población de los Estados Unidos, y en la misma o superior medida crece también el número de automóviles particulares en este gran país, donde ruedan el 75 por



La habitación del motel es alegre y confortable

100 de los coches que existen en el mundo; para 1960 ascenderá a 59 millones el total de los matriculados. ¿Cómo dudar del porvenir de los moteles, de los que ya hay dos en la nación por cada hotel que funciona en ella? Tan sólo durante sus vacaciones anuales los norteamericanos dedican hoy a sus gastos de hospedaje el equivalente a cien mil millones de pesetas; el número tiende a aumentar, y la proporción de esa suma fantástica que ingresa en la caja de los moteles es cada año mayor.

En el año pasado se inauguraron 4.000 moteles en los Estados Unidos; la construcción de algunos costó millón y medio de dólares—60 millones de pesetas—, y, en determinados casos, más—hasta 20 millones de pesetas más—, dándose la circunstancia de que los más lujosos son los que atraen mayor clientela y mayores beneficios. No todos los hoy existentes son una maravilla; los hay modestos, como también hay otros

que exclusivamente alojan a individuos de raza negra. Pero los establecimientos de poca categoría van siendo sustituidos por nuevos, que causan admiración. Hay lugares de recreo, como Las Vegas, en el Estado de Nevada, que cuenta con cerca de 300 moteles; en California hay 7.300; 4.500 en La Florida, donde actualmente se construyen moteles nuevos de una punta a otra del territorio; 3.500 en Texas, y otros tantos en el Estado de Nueva York. Junto a estos datos, no parece que el alza registrada en los precios de la edificación—un 120 por 100 en sólo nueve años—actúe adversamente sobre el desarrollo del motel en Norteamérica.

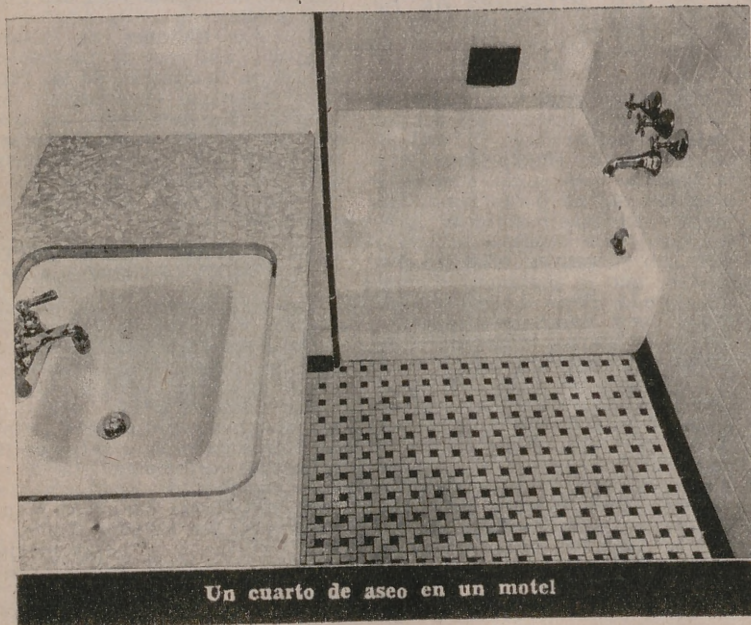
El porvenir es claro y seguro, y los nuevos establecimientos que ahora se construyen responden, con instalaciones y servicios cada vez más completos y perfectos, a las oportunidades abiertas por semejantes perspectivas, y a las responsabilidades que las misma-

imponen a los llamados a beneficiarse de ellas. El ejemplo a seguir es el de los moteles agrupados por su alta categoría bajo la denominación común de «Quality Courts», de los que existen cerca de 400 en los veinticuatro Estados que se extienden entre el Atlántico y el río Mississippi, al este de los Estados Unidos. La agrupación es modelo de su clase; el Consejo directivo, dedicado a vigilar las medidas que adoptan los socios de la entidad para mantener y aumentar la fama de sus establecimientos, está regido por directores en activo de moteles, a la vez propietarios de los hospedajes a cuyo frente actúan. Los socios poseen voz y voto en las deliberaciones y en la elección de consejeros de la agrupación; éstos sirven sin ser remunerados, dedicando gratuitamente no poco de su tiempo a viajar e inspeccionar los hoteles de los socios y de los que aspiran a serlo. «Los «Quality Courts»—reza un aviso publicado por la agrupación—ofrecen las mayores seguridades a las señoras que viajan solas. Todos los «Quality Courts» se precian de su limpieza física y moral.» «El dinero no sirve para comprar el derecho de admisión a nuestra Sociedad; la entrada en ella se gana y se conserva a fuerza de mantener constantemente un común nivel de limpieza, cordialidad, cortesía y moral. Por eso, pueden ustedes fiarse de nosotros.»

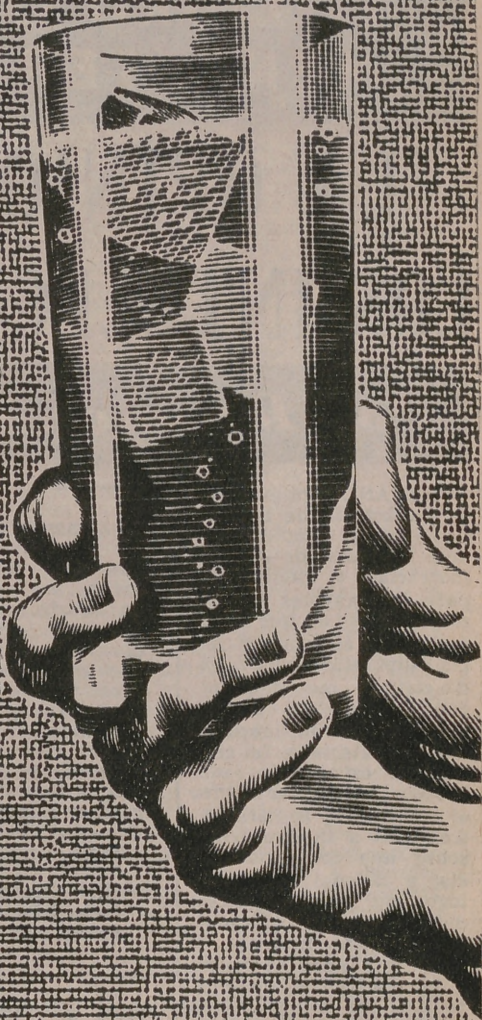
Los que con tanto orgullo sientan estos principios, no engañan a nadie cuando los proclaman.

Cada vez serán más los moteles que den la bienvenida al viajero a lo largo de las carreteras norteamericanas. En la oficina donde se le recibe será acogido con un cordial «Hallo!»; las formalidades—mínimas—de inscripción en el registro, y previo abono de la factura, serán cosa de un momento; un sonriente negro vestido de blanco se moverá para indicar la habitación; a un paso de la puerta quedará aparcado el coche. La habitación dispondrá de una ventilación perfecta, una temperatura deseable y un bienestar inmejorable; el viajero dormirá suavemente hasta la hora que desee. Si tuvo la precaución de aprovisionarse, podrá tomar el desayuno en la misma habitación, o, si el tiempo es bueno, en la terraza; a la vista está la piscina, en la que, si el día es propicio, podrá nadar. La maleta está hecha en un instante. Sólo queda poner en marcha el coche y partir, sin despedirse de nadie, del motel donde acaba de pasar horas tan gratas. La factura está ya pagada; no existe problema de propinas, ni de su cuantía, ni de quién ha de recibirlas. El coche se desliza por el desnivel que lleva a la carretera; delante tiene el viajero un nuevo día y los azares de la ruta, de cuya fatiga se repondrá en algún otro motel que le espera cientos de kilómetros más adelante.

Conclusión: el auge del motel en Norteamérica descansa sobre bases firmes.



Un cuarto de aseo en un motel



PARA LA SED
SOBERANO
HIELO Y SELTZ

Salero

GONZALEZ BYASS

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA OPINION DE LOS INTELLECTUALES

Por **Raymond ARON**

Liberté de l'Esprit

RAYMOND ARON

L'OPIUM
des
INTELLECTUELS

Calmann Lévy

TRATANDO de explicar la actitud de los intelectuales, implacables ante los fallos de las democracias, e indulgentes para los mayores crímenes, con tal de que sean cometidos en nombre de las supuestas buenas doctrinas, me encontré con las palabras sagradas: izquierda, revolución, proletariado. La crítica de estos mitos me llevó a reflexionar sobre el culto de la Historia, y después a interrogarme sobre una categoría social a la cual los sociólogos no le han concedido la atención que merece: la «intelligentsia».

En este libro se trata a la vez del estado actual de las llamadas ideologías de izquierda y de la situación de la *intelligentsia* en Francia y en el mundo. Se trata de dar respuesta a algunas preguntas que algunos más que yo se han planteado: ¿Por qué el marxismo vuelve a estar de moda en una Francia donde la evolución económica ha desmentido las profecías marxistas? ¿Por qué las ideologías del proletariado y del partido tienen tanto éxito, a pesar de que la clase obrera es menos numerosa? ¿Qué circunstancias dirigen en los diferentes países las maneras de hablar, de pensar y de obrar de los intelectuales?

A comienzos de 1955 las controversias sobre la derecha y la izquierda, la derecha tradicional y la nueva izquierda, se han vuelto a poner de moda. Aquí y allí, se han preguntado si era necesario situarme en la derecha antigua o moderna. He rechazado siempre estas categorías. En la Asamblea, los frentes se delimitan de otro modo, según los problemas que se discuten. En ciertos casos, se distingue con rigor una derecha o una izquierda: los partidarios del acuerdo con los nacionalismos, tunecinos o marroquí, representan, si se quiere, a la izquierda, y, sin embargo, los defensores de la represión o del «statu quo» son la derecha. Pero los patrocinadores de la soberanía nacional absoluta, los partidarios de Europa, los que consienten en organizaciones supranacionales, ¿están a la derecha? Con razón se podría cambiar los términos.

La modernización de Francia, la expansión de la economía, son tareas que se imponen a la nación entera. Las reformas a realizar trapeizan con obstáculos que no son presentados solamente por los «trusts» o por los electores moderados. Los que se aferran a formas de vida o a modos de producción anacrónicos no son siempre los «grandes» y votan frecuentemente a la izquierda.

Personalmente Keynesiano, con alguna nostalgia del liberalismo, favorable a un acuerdo con los nacionalismos tunecino y marroquí, convencido de

EL mayor mérito de la obra de Raymond Aron, que hoy resumimos en estas páginas, es la capacidad del autor para analizar los hechos sociológicos que nos toca vivir en nuestros días. Aron, a duras penas, sobre todo teniendo en cuenta su formación liberal llena de prejuicios, se enfrenta con el mundo ideológico de nuestros días y demuestra cómo muchas de las ideas motrices de la gran política no son ya más que mitos anacrónicos y superados en la mayoría de los casos por la ciencia y la economía. Naturalmente el lastre de sus concepciones le impide, en la mayoría de los casos, esbozar soluciones que se enfrenten adecuadamente con el mundo falso, pero perfectamente organizado del marxismo.

ARON (Raymond): «L'Opium des Intellectuels. Liberté de l'Esprit.» Calman Levy. Paris, 1955.

que la solidez de la alianza atlántica es la mejor garantía de la paz, será, según que se hable de la política económica de Africa del Norte o de las relaciones entre el Este y el Oeste, clasificado unas veces a la izquierda y otras a la derecha.

TRES MITOS: LA IZQUIERDA, LA REVOLUCION Y EL PROLETARIADO

Izquierda, revolución y proletariado, conceptos que están de moda, son las réplicas tardías de los grandes mitos que hasta hace poco animaban el optimismo político, progreso, razón y pueblo. Estas tres nociones pueden tener una interpretación sensata, pero dejan de ser razonables y se convierten en míticas como consecuencia de un error intelectual. Para restablecer la continuidad de la izquierda a través del tiempo o para enmascarar la división de sus fuerzas en cada época, se olvida la dialéctica de los regímenes: el deslizamiento de los valores, de un partido a otro, la adquisición por la derecha de valores liberales contra la planificación y el centralismo, la necesidad de establecer entre objetivos contradictorios, un compromiso de prudencia.

La experiencia histórica del siglo XX revela la frecuencia y las causas de las revoluciones de la edad industrial. El error está en prestar a la revolución una lógica que no tiene y en ver en ella el término de un movimiento, conforme a la razón, esperando beneficios incompatibles con la esencia del acontecimiento. Existen ejemplos en que después de la explosión, la sociedad vuelve a la paz y el balance es positivo. Sin embargo, el medio como tal, permanece contrario a los fines que se propone. La violencia de los unos contra los otros es la negación, algunas veces necesaria, siempre evidente, del reconocimiento recíproco que debe unir a los miembros de una comunidad. Al desenraizar respetos y tradiciones se arriesga a destruir el fundamento de la paz entre los ciudadanos.

El proletariado no puede reivindicar y obtener un puesto en las comunidades de nuestro tiempo. Durante el pasado siglo aparecía como la víctima de las sociedades industriales: el progreso económico le ha hecho en Occidente el esclavo más libre y mejor remunerado de la Historia, y el prestigio de la desgracia deberá caer ahora sobre minorías más maltratadas que él. Servidor de las máquinas, soldado de la revolución, el proletariado no ha sido nunca como tal, ni el símbolo, ni el beneficiario, ni el dirigente de un régimen cual-

quiera que sea éste. Ha sido, por una mixtificación utilizada por los intelectuales, por lo que se ha bautizado como proletario al régimen que se arroga una ideología marxista.

Estos errores tienen por origen común el optimismo en las ideas, junto con el pesimismo en lo real. Se tiene confianza en una izquierda que siempre recluta los mismos hombres al servicio de las mismas causas. Los dirigentes izquierdistas se sitúan en medio de la jerarquía y movilizan a los que están abajo para arrojar a los que están en alto. Son semiprivilegiados que representan a los no privilegiados, hasta que la victoria haga privilegiados de ellos. El sentido común nos ordena a no transfigurar una palabra equívoca. Se ha establecido tan frecuentemente el despotismo invocando la libertad, que hay que prestar mucha atención, ya que los valores son traicionados a cada instante. Optimismo delirante, la designación del proletariado para una tarea única, pesimismo excesivo, la indignidad de las otras clases. Se escribe que en cada época una nación sea más que las otras creadora. Pero esta filosofía no atribuye a ninguna colectividad una virtud política y moral que la ponga por encima de las leyes comunes. Las clases se prestan menos aún que las naciones a la discriminación del elegido y de los réprobos. O las clases engloban conjuntos tan vastos como los de los obreros y los industriales, y en este sentido participan, más que por sus sufrimientos, por su voluntad en el destino histórico, o se confunden con minorías dominantes, nobleza o burguesía, y tienen una misión que cumplir, una obra que edificar y no una conversión que operar. El proletariado, sometido a la ruda disciplina de las fábricas, no cambia de naturaleza variando de dueño, como no cambia tampoco la naturaleza de las sociedades.

Izquierda, revolución y proletariado, supuestos victoriosos, suscitan más problemas que los que resuelven. Si se eliminan los privilegios de los nobles, no subsisten más que los de la autoridad del Estado o los que se sirven de sus funciones. El derecho del nacimiento, al desaparecer, deja libre paso al del dinero. La destrucción de las comunidades locales refuerza las prerrogativas del Poder central. Doscientos funcionarios ocupan los puestos de docientas familias. Cuando la revolución ha ahogado el respeto de las tradiciones y ha extendido el odio de los privilegiados, las masas están dispuestas a inclinarse ante el sable del jefe, esperando el día en que el apaciguamiento de las naciones y el tiempo restablezcan una legitimidad, que pueda tener ascendiente a los consejos de la razón.

En el mundo occidental la revolución está detrás nuestra y no delante. Aún en Italia y en Francia no tenemos ya Bastillas que atacar o aristócratas que colgar. La revolución posible en el horizonte tendrá por tarea reforzar al Estado, constreñir los intereses y acelerar los cambios sociales. Contra el ideal antiguo de una sociedad, estable en sus costumbres y en sus leyes, la izquierda y la derecha de mediados del siglo XX se sienten cautivadas igualmente por la revolución permanente de que se jacta la propaganda americana y que se le imputa, en otro sentido, a la sociedad soviética.

SUPERACION Y ANACRONISMO DEL MARXISMO

El marxismo no tiene ya apenas un puesto en la cultura de Occidente, ni incluso en Francia ni en Italia, donde una importante fracción de la *intelligentsia* se ha adherido abiertamente al stalinismo. En vano se buscará un economista digno de este nombre que se le pueda calificar de marxista en el estricto sentido de la palabra. En *El capital* se atisba un presentimiento de las verdades keynesianas, y hasta un análisis existencial de la propiedad privada o del régimen capitalista. Sin embargo, nadie prefiere hoy las categorías de Marx a las de la ciencia burguesa, cuando se trata de explicar el mundo actual. Igualmente se buscará sin resultado a un historiador notable cuya obra se jacte de seguir el materialismo dialéctico.

Sobrepasado en el plano de la ciencia, más actual que nunca en el plano de las ideologías, el marxismo, tal como se interpreta en la hora presente en Francia, aparece ante todo como una interpretación de la Historia. Los hombres no viven catástrofes semejantes a las que han quebrantado a Europa en este siglo sin interrogarse sobre el

sentido de estos acontecimientos trágicos o grandiosos. En búsqueda de esperanza, durante una época desesperada, los filósofos se satisfacen con un optimismo catastrófico.

El marxismo es intrínsecamente una síntesis: combina los temas principales del pensamiento llamado progresista. Ahora bien, esta síntesis ha sido siempre más seductora que rigurosa. Ella no aclara la incompatibilidad que existe entre el carácter inteligible de la totalidad histórica y el materialismo. El materialismo metafísico, al igual que el materialismo histórico, hace extraña, si no contradictoria, esta combinación de necesidad y de progreso que propugna el marxismo. ¿Por qué esta ascensión en un mundo entregado a las fuerzas naturales? ¿Por qué la Historia, cuya estructura está dirigida por las relaciones de la producción, debe abocar a una sociedad sin clase? ¿Por qué la materia y la economía nos traen la certeza de que se realizará la utopía?

El stalinismo agrava las dificultades internas del marxismo poniendo el acento sobre un materialismo vulgar y eliminando todo esquema de la evolución histórica. La *historia sagrada* que el marxismo saca del remolino de los hechos profanos va del comunismo primitivo al socialismo del futuro. La situación en la que estallará la revolución será sin precedentes. Una vez pasado este hecho catastrófico, la idea del progreso estará garantizada. Después de la revolución proletaria el progreso social no exigirá ya revolución política.

La revolución de 1917 en Rusia y el fracaso de la revolución en Occidente crearon una situación imprevista, que hizo inevitable una revisión de la doctrina. Se conservan las concepciones relativas a la estructura de la historia; pero puesto que el partido proletario ha triunfado por primera vez allí donde las condiciones de madurez capitalista no se habían cumplido, se confiesa que el desarrollo de las fuerzas productivas no determina solamente las posibilidades de la revolución. Sin embargo, no se resignan a proclamar que las probabilidades de la revolución disminuyen a medida que progresa el capitalismo, y lo que se hace es confundir el movimiento que va del capitalismo al socialismo con la historia del partido bolchevique.

En otros términos, para reconciliar los acontecimientos de 1917 con la doctrina ha sido necesario abandonar la idea de que la Historia recorre las mismas etapas en todos los países y decretar que el partido bolchevique ruso es el representante calificado del proletariado. La toma del Poder por el partido es la encarnación del acto prometeico por el cual los oprimidos sacuden sus cadenas. Para la tercera internacional, la identificación del proletariado mundial y del partido bolchevique ruso constituye el objeto primario de la fe. Para cualquier comunista, sea staliniano o malencovista, no hay que distinguir entre la causa de la Unión Soviética y la de la revolución.

EL PARTIDO Y LA HISTORIA

Se continúa invocando a las leyes de la Historia, expresándose como si el partido debiese a su ciencia de la historia su clarividencia y éxito. Los dirigentes bolcheviques, como todos los hombres de Estado, se han equivocado muchas veces en las previsiones más importantes, y han creído durante años, después de 1917, en la revolución en Alemania, no pensaron en la vuelta de Chan Kai Chek, no han previsto en 1941 el ataque alemán, ni en 1945 la próxima victoria de los comunistas chinos.

No es necesario haber leído *El capital* o *El imperialismo, estadio final del capitalismo* para comprobar, después de 1918, el entrecruzamiento de conflictos entre las clases en los países occidentales, las rivalidades entre las grandes potencias y el levantamiento contra Europa de los territorios coloniales de Asia y Africa. La doctrina enseña que estos conflictos conducirán al socialismo, pero no precisa ni cuándo ni cómo; se limita a describir una coyuntura en la cual la acción humana intenta colocar un final que ninguna ley objetiva ni impone ni excluye.

El partido se encargó de la revolución que la dialéctica del capitalismo tardaba en provocar y que el reformismo de los sindicatos estaba a punto de impedir. Incluso el Estado se decidió a colectivizar la agricultura, que, abandonada a ella misma, suscitaba *kulaks* por millones. Ministros de Educación y de Propaganda, los marxistas se sientieron irresistiblemente tentados a realizar por decreto lo que, según su versión del materialismo his-

tórico, tendría que ocurrir espontáneamente. Decidieron provocar la literatura y la filosofía, que, según la doctrina, debería haberse producido espontáneamente en una sociedad socialista en vías de florecimiento. De la proposición aparentemente científica—arte y pensamiento están en función del medio histórico—se pasa al principio del despotismo: la sociedad, en la expresión que le da el Estado, que impone una ortodoxia a los economistas, a los novelistas, e incluso a los músicos. Puesto que el arte ha sido corrompido por la civilización burguesa, será salvado por el realismo socialista.

Y no se detienen aquí. El hombre mismo, se nos dice, será regenerado por el cambio de las condiciones de existencia. El empleo de procedimientos típicamente capitalistas adaptados al egoísmo eterno, salarios y fondos en provecho de los administradores, no sugiere que el hombre nuevo nazca de sí mismo. Una vez más, los Gobiernos van a acelerar el desarrollo de la dialéctica. Educación, propaganda, formación ideológica, campaña contra la religión, por todos los medios se esfuerza uno en modelar los individuos, según la idea que se hace del hombre y de su situación sobre la tierra. Pavlov sustituye a Marx y la teoría de los reflejos condiciona la del materialismo histórico. Se imaginaba que el sentimiento religioso moriría por sí mismo, a medida que se redujera la escisión que existe entre la sociedad tal como es y como debería ser. De hecho la «reflexiología» no agota la explicación de la existencia más que lo hacía la sociología materialista, ni explica la supervivencia o el despertar de la fe entre los proletarios liberados o los burgueses satisfechos. Una vez más, el fracaso de la ciencia prepara la acción despótica. Ministros, comisarios, teóricos jueces de instrucción, armados de métodos pavlovianos, intentarán hacer que los hombres sean como deben de ser, si la filosofía oficial es verdadera.

Esta ambición prometeica es uno de los orígenes intelectuales del totalitarismo marxista. No obstante, la paz volverá al mundo cuando, con la experiencia del gobierno, la caída del fanatismo y la toma de conciencia de insuperables resistencias, los revolucionarios se den cuenta de que no se pueden rehacer las sociedades según un plan ni fijar un objetivo único a la humanidad entera. La política no ha descubierto aún el secreto de evitar la violencia; pero la violencia se hace todavía más inhumana cuando se crea al servicio de una verdad a la vez histórica y absoluta.

¿EL FIN DE LA EDAD IDEOLÓGICA?

Por una aparente paradoja, la difusión de la misma civilización técnica a través del planeta da un carácter particular a los problemas con los que se enfrentan las diversas naciones de nuestra época. La conciencia política de nuestro tiempo está falseada por el desconocimiento de estas particularidades.

Liberal, socialista, conservadora, marxista, nuestras ideologías son la herencia de un siglo en el que Europa no ignoraba la pluralidad de las civilizaciones, pero no dudaba de la universalidad de su mensaje. Hoy las fábricas, los parlamentos, las escuelas, surgen en todas las latitudes; las masas se agitan, los intelectuales toman el Poder. La Europa que acaba de vencer y sucumbe ya a su victoria, a la revuelta de sus esclavos, vacila en confesar que sus ideas han conquistado el universo, pero que no han guardado la forma que tenían en nuestras querrelas escolásticas y en nuestros debates.

Prisioneros de la ortodoxia marxistaleninista, los intelectuales del Este no tienen el derecho de confesar hechos evidentes: la civilización industrial comporta múltiples modalidades, entre las cuales ni la Historia ni la razón imponen una elección radical. Los del Oeste vacilan algunas veces en hacer una confesión de sentido contrario; sin la libertad de investigación, la empresa individual, el espíritu de iniciativa de los comerciantes y de los industriales, quizá esta civilización no habría surgido. ¿Las mismas virtudes son indispensables para reproducirla o para prolongarla? Extraño siglo en el que se da la vuelta a la tierra en cuarenta y ocho horas, pero en el que los principales protagonistas del drama se ven obligados, a la manera de los héroes de Homero, a cambiar sus injurias de lejos.

La India no puede tomar modelo ni de la Europa de hoy ni de la de 1810. Suponiendo que la ren-

ta nacional por cabeza de la población y el reparto de los trabajadores sea en la India de 1950 lo que era en Europa hace siglo y medio, las fases del desarrollo económico no serán homólogas. La India recibe las adquisiciones técnicas en lugar de inventarlas, recibe las ideas inventadas en la Inglaterra laborista, aplica las lecciones de la medicina y de la higiene contemporáneas. El crecimiento de la población y de la economía no se realizarán en el Asia del siglo XX como lo fueron en la Europa del XIX.

Particularizada por la edad económica y demográfica de los países, la política lo está también por tradiciones propias de cada nación y de cada esfera de cultura. La teoría debe y puede enumerar las circunstancias—fuerza de la unidad nacional, intensidad de las querrelas de lenguas, religiones o de partidos, integración o disolución de las comunidades locales, capacidad de la élite política, etc.—que determinan en cada país las posibilidades del éxito parlamentario.

La técnica staliniana, al menos en la primera fase, permanece aplicable en todas partes en las que el partido, gracias al ejército ruso o el ejército nacional se ha apoderado del Estado. Una doctrina falsa inspira una acción eficaz, porque esta última está determinada por consideraciones tácticas fundadas en una experiencia de medio siglo.

El error de la doctrina se manifiesta por la repugnancia de muchos a esta seudoliberación. En la Europa no rusa los regímenes comunistas han sido incapaces de instalarse, y quizá son incapaces de mantenerse sin el concurso del ejército rojo. Con el tiempo, las singularidades nacionales—fase del desarrollo económico, tradiciones—se reafirmarán en el interior del universo soviético.

El mundo soviético no es la víctima de sus errores, sino que lo es el Occidente. Religión de intelectuales, el comunismo recluta adeptos entre los intelectuales de Asia y de África, mientras que la democracia razonable del Occidente gana frecuentemente elecciones libres, pero no recluta apenas militantes dispuestos al triunfo de la causa.

«Al ofrecer a China y al Japón—ha dicho Toynbee—una versión secularizada de nuestra civilización occidental, le hemos dado una piedra cuando lo que nos pedían era pan. Mientras que los rusos, al ofrecerle la fe del comunismo y la técnica le han dado una especie de pan: un pan negro y sucio, si queréis, pero pan; será un aliento que contiene un poco de sustancia nutritiva para la vida espiritual, sin la cual el hombre no sabe vivir.»

El comunismo es una versión degradada del mensaje occidental. En él se contiene la ambición de conquistar la Naturaleza, de mejorar la suerte de los humildes, aunque sacrificando lo que fué la libertad de la aventura indefinida y sometiendo el desarrollo de la economía a una planificación rigurosa y la edificación socialista a una ortodoxia del Estado.

Los occidentales, los intelectuales sobre todo, sufren de la dispersión de su universo. La dispersión y la oscuridad de la lengua poética, la abstracción de la pintura, aíslan a poetas y artistas del gran público que ellos afectan despreñar, del pueblo para el cual en el fondo ellos mismos piensan trabajar. Físicos y matemáticos, en los límites extremos de la exploración, pertenecen a una estrecha comunidad, que arranca la energía al átomo, pero que no arrastra a los hombres políticos sospechosos, a la prensa ávida de sensaciones, a los demagogos antiintelectualistas, a los políticos, la libertad de sus opiniones y de sus amistades. Dueños de las partículas nucleares y esclavos de la obsesión del espionaje, los sabios tienen el sentimiento de perder todo el control de sus descubrimientos en cuanto transmiten el secreto a generales y ministros. Ni el economista ni el sociólogo saben si la humanidad va hacia la apocalipsis atómica o hacia la gran paz. Quizá la ideología aporte el sentimiento ilusorio de la comunidad con el pueblo, de una empresa regida por una idea y por una voluntad.

Solicite una suscripción a

POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5, MADRID

Revista mensual :—: 10 pesetas

REBELION COMUNISTA EN TRIESTE



EL ANTIGUO CLAN DE BERIA EN EL EXTRANJERO, DA SEÑALES DE SUPERVIVENCIA

LA BOMBA DE BELGRADO ESTALLA EN TRIESTE

A las cinco en punto de la tarde del día 27 de mayo volaba sobre el aeródromo de Belgrado un bimotor plateado. Dió dos vueltas a lo largo antes de comenzar el aterrizaje, mientras, haciéndolo, espantaba una bandada de cuervos negros que cruzaban, como dueños y señores, el cielo grisáceo. Cientos de soldados inmóviles cubrían las pistas. En el bimotor llegaba la expedición soviética.

Cuando el avión detuvo sus motores se hizo un silencio total entre los centenares de personas que, entre periodistas y personajes de Belgrado, estaban invitadas al acto. Un hombre separado de los demás, con uniforme gris y azul y galones dorados, aguardaba sobre un tapiz oriental. Nada más abrirse la carlinga del bimotor, que llevaba dos estrellas rojas, este hombre comenzó a andar, a un paso corto y pausado, hacia el avión, por una estrecha alfombra roja que llegaba hasta la misma pista de aterrizaje. Era Tito.

La primera persona que descendió del avión, corto de talla, completamente calvo, vestido de gris y llevando una corbata azul, fué Kruschév.

Los dos hombres se encontraron en la cinta roja de la alfombra. Tito llevaba su mano derecha, en saludo militar, hasta



VITTORIO VIDALI,
contra las
declaraciones
de Kruschév
en Belgrado

Izquierda: Una fotografía de Vidali cuando era conocido como Carlos Contreras, en las Brigadas Internacionales. Abajo: Vittorio Vidali, en su despacho de la vía Capitolina, núm. 3, sede del partido comunista de Trieste

su gorra de mariscal, cubierta también de oro. Después se estrecharon las manos. Nada más hacerlo llegaban Bulganin y Mikoyan. Todavía estaban cambiándose las palabras de bienvenida cuando Kruschév se dirigió hacia el micrófono de Radio Belgrado, que habían instalado muy cerca del avión.

Quizá mucha gente de la que esperaba conocía exactamente las palabras que iba a pronunciar Kruschév; pero, sin embargo, el cinismo y el desenfado de su discurso superaban todos los pronósticos.

Comenzó con palabras de amistad. Era curioso verle allí, en medio del silencio, hablar con su lenta voz, mientras se veían brillar los dientes de oro. Luego prosiguió: «Queremos olvidar todos los malos recuerdos de este período, producidos por el papel provocador jugado en las relaciones rusoyugoslavas por los enemigos del pueblo, Beria y Abakumov, más otros que han sido desenmascarados. Hemos estudiado cuidadosamente los documentos sobre los que se habían fundado las acusaciones e insultos contra los dirigentes yugoslavos, y se ha comprobado que los documentos habían sido preparados por los enemigos del pueblo...»

La cosa era tan burda que na-

die sabía qué decir. Cuando Kruschév intentaba que se leyera su discurso en croata, Tito le invitó a subir al «Rolls-Royce» negro que les esperaba. Durante un momento les rodeó el tumulto de las motos de la Policía, y seguidamente comenzaron a desfilar camino de Belgrado. Los coches de la Prensa que seguían el cortejo marchaban a 80 kilómetros por hora.

Pero la declaración de Kruschév unas horas después de pronunciada, caía como una bomba en Trieste. Y ello así porque el problema más curioso que sucede siempre a los cambios de la política rusa está unido a la situación en que quedan los partidos comunistas extranjeros, que quizá hasta ese mismo día han estado defendiendo encarnizadamente todo lo contrario. Algo así ha ocurrido en este caso. La bomba se arrojó, sí, en Belgrado, pero estalló en Trieste.

LOS OTROS «TRAIDORES».

El día 28 de mayo la vía Capitolina de Trieste veía subir, por la breve cuesta que está próxima al colegio de San Giusto,

a la gente de Vidali, el jefe del partido comunista triestino. La nueva sede de la organización es una casa blanquecina, con una puerta de entrada de cristales opacos, en la que hay siempre vigilantes. Unos minutos después de las siete llegaba un coche, un «1400», del que descendía Vittorio Vidale y la neuróloga Laura Weiss, quien recientemente ha estado asistiendo a Togliatti durante su enfermedad. La fiesta comenzaba.

Nadie sabe lo que acordaron los quince hombres que se reunieron con Vidali en el fondo de la sala de juntas. El hecho cierto es que se tomó una medida inmediata: la rebeldía.

La forma de manifestarla fue publicando en el semanario de Vidali, en «Il Lavoratore», un artículo que iba a causar una tremenda sorpresa. El editorial comenzaba: «No estamos de acuerdo con la declaración del «compagno» Kruschew sobre el régimen interno yugoslavo ni sobre la interpretación que se hace de la resolución aprobada por todos los partidos comunistas después de la información de junio de 1948... Los comunistas triestinos debemos sentirnos fieles a la lucha de estos últimos años contra el partido yugoslavo...»

Desde hacía muchos años, desde el trotskismo, no se había oído nada semejante contra una decisión de la «nación-guía».

¿Qué significa?

Por lo pronto, no hay que olvidar ni un solo instante que la virazón de Moscú, señalada oficialmente por Kruschew en Belgrado, corresponde a la vieja treta de echar las culpas a los muertos. Depurados están Beria y Abakumov, cuya muerte terminó por ser, a su vez, el anuncio de la caída de Malenkov. Pero, ¿quiénes son los otros «traidores»? La respuesta está clara: todos los que intervinieron en el Congreso comunista que declaró a Tito fuera de la ley. Así son las cosas. Lo que ocurre es que Vittorio Vidali, el «capo» del partido comunista triestino, fue el personaje principal en aquella función.

UNA TARDE DE JUNIO DE 1948

Trieste es la zona aguda y sensible entre Italia y Yugoslavia. Durante los siete años que ha durado la comedia y el drama de la ruptura de relaciones políticas entre Moscú y Belgrado había un punto, quizá el único del mundo, donde los hombres de Tito y los fieles a Rusia convivían y se hacían frente. Ese punto era Trieste. Pero el comienzo de la historia fue tan pintoresco y asombroso como lo ha sido ahora el cambio de frente.

Una tarde de junio de 1948 el partido comunista del Territorio de Trieste, que entonces estaba bajo las órdenes directas de Tito, recibía la comunicación de la Komintern anunciando que Tito era un desviacionista y un enemigo del pueblo. A los hombres de filas la noticia les cayó, igual que

ahora, como una homba, porque era una cosa inesperada.

Sólo uno de los hombres presentes, Vittorio Vidali, sabía que ello tenía que llegar. El fue quien presentó a la Komintern, en el Congreso de Bucarest, las pruebas de la «traición» de Yugoslavia.

La dirección del partido se reunió, para discutir las medidas que habían de tomarse, en el edificio de los obreros portuarios. Vidali martilleó la cuestión, tomándola exclusivamente bajo un objeto preciso: la obediencia a las consignas de Moscú. Un tético de aquella reunión ha recogido alguna de sus recomendaciones: «No perder un minuto en pensar; decir una sola palabra: Rusia.»

Sin embargo, la empresa de tomar las riendas del partido triestino no fue completamente fácil. Muchos hombres, como Branko Babich, el comisario político que estuvo en el año 1941 en la defensa de Kasara, se mantenían al lado de Tito. Así comenzó, sangrienta, una lucha que iba a durar varias semanas.

Vidali consiguió tener de su parte al grupo más numeroso, y la sede del partido fue ocupada militarmente por sus hombres, permitiendo, a pesar de ello, la formación de un pequeño partido comunista «titista», que tenía a su vez un Sindicato, capitaneado por Bartolo Petronic. Cuando Trieste vuelve a Italia, Vidali sigue siendo el acusador número 1 de Belgrado, coincidiendo además con la política del partido de Togliatti en Italia.

De todas formas, el partido comunista de Trieste ha seguido funcionando siempre de forma independiente y sin estar incluido en ninguna de las Federaciones del partido italiano. Esta situación de total independencia estaba determinada por dos circunstancias: el conflicto en sí de Trieste y la situación personal de Vidali frente a Togliatti y Luigi Longo, el segundo de a bordo. Para entender bien el misterio de la actitud personal de muchos de los jefes del comunismo italiano hay que seguir su historia personal.

VITTORIO VIDALI ERA «EL COMANDANTE CARLOS» DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

En un 50 por 100 los jefes actuales del partido comunista italiano son antiguos ex internacionales de las Brigadas que estuvieron en España. Todos ellos, con nombres falsos, han participado, de una forma u otra, en las «depuraciones» que hicieron en España.

Togliatti estuvo en España con su mujer, Rita Montagnana, como representante directo de la Komintern. Luigi Longo, bajo el nombre de Luis Gallo, fue el comisario político de la II Brigada Internacional. Su mujer, Teresa Noce, fue la miliciana Estrella. Y Longo, como todo el mundo sabe, es el segundo, jerárquicamente, en el partido comunista italiano. Con un sinnúmero de

otros muchos destacados está Vidali, quien, bajo tres nombres —Carlos Contreras, «Comandante Carlos» y Scrimenti—, jugó uno de los papeles más singulares de nuestra Cruzada: depurar los propios cuadros de las Brigadas de todos los trotskistas. Era y fue una ocasión única la guerra española para terminar, sin que nadie pudiera saber nunca nada concreto, con todos los enemigos.

Dependía Vidali, como agente de la G. P. U., directamente de Beria; pero tenía a su lado a Togliatti y a Longo. La depuración alcanzó a hombres tan conocidos como Picella y Maruccci. En el caso del asesinato del primero, comunista de Parma, ha habido un incidente curioso: uno de los primeros hombres que delataron a Vidali fue «El Campesino».

Lo cierto es que el «comandante Carlos» llegó a tener una fama impresionante. Considerado como uno de los hombres más auros, los italianos llegaron a pensar, conjuntamente, en su asesinato. Sólo el fin de las Brigadas Internacionales, diezadas en Brunete, iba a terminar por sí misma la aventura sangrienta. Pero de la relación de unos y otros en España iba a surgir, encadenados a un común secreto, un odio extraordinario.

Siguiendo ese rastro no extraña que al final de la guerra en España los internacionalistas italianos se encuentren poco dispuestos unos hacia otros. Pacciardi comienza la terrible requisitoria contra Togliatti, y cuando Vidali aspira a entrar a formar parte de la sección italiana de la Internacional Comunista hay un hombre que públicamente protesta contra esa posibilidad: Longo, o el comisario Luis Gallo.

Sin salida en Italia, Vittorio Vidali marcha a América como enviado especial de la G. P. U. Tiene su centro de operaciones en Méjico, donde organiza sangrientamente la depuración del partido. Mala y dura debió ser su presencia cuando, al poco tiempo, como repetición de sus hazañas en España, se le conoce allí con el sobrenombre de «El jaguar de Méjico». Se casa allí con una divorciada mejicana, hija de un diplomático, que era destacada comunista. Antes fue el hombre que planeó el asesinato de Trotsky.

Pasa de vez en vez la frontera e interviene en otros asuntos de la misma raíz en Norteamérica. Uno de ellos, el más famoso, es el asesinato del anarquista (ya se sabe, trotskista) Carlos Tresca, realizado con toda perfección y misterio cuando salía de la Redacción del periódico «El Martello», entre las calles Quince y Octava Avenida de Nueva York. Su mujer, Margaret Silver, reprodujo en toda la Prensa americana una carta enviada por Tresca a sus amigos de Méjico, en la que, presintiendo su próximo fin, advertía que había llegado a su conocimiento que Vidali estaba en Nueva York.

Tales son los hombres, unidos por lazos de sangre y de odio, que hoy se enfrentan nuevamente. No es extraño, por tanto, que sean otra vez Longo y Vidali quienes han vuelto a encontrarse.

se, al menos, en guerra de periódicos

LA REACCIÓN DE «L'UNITÀ»

La aparición del sensacional artículo de Vidali contra Kruschév causó una enorme impresión en Roma. Togliatti, enfermo, tuvo reunión en su misma casa. Nada se sabe, con precisión, de los acuerdos tomados; pero cabe tener una idea concreta de ellos por el artículo de Luigi Longo en «L'Unità». Se trata de un artículo cauteloso y diplomático, que tampoco toma decisiones decisivas sobre el caso Vidali. En otro tiempo se hubiera tratado de la expulsión y de sanciones severas. Ahora, Togliatti, después de la rebelión de Secchia, de las escisiones de Cucchi y Magnani, que han fundado un partido independiente, la situación de crisis del partido comunista italiano es bien evidente. De todas formas, es curiosa lectura el artículo de Longo. Comienza: «Hemos leído con maravilla y estupor el artículo publicado en «Il Lavoratore» de Trieste sobre las declaraciones de Kruschév a su llegada a Belgrado. El artículo expresa una posición equivocada y superficial de las palabras de Kruschév, que están mal referidas y mal interpretadas...» Dada la palmetada, el articulista busca una justificación honorable, jocosamente extrañal, para el rebelde, con estas palabras: «La declaración del «compagno» Vidali puede encontrar una justificación en la exasperación producida por la lucha política que ha dividido por tantos años el partido local. Pero estamos seguros que después de haber examinado la declaración de Kruschév con más atenta reflexión se dará cuenta de su error y tomará una nueva posición...»

Era, naturalmente, la invitación a un «arrepentimiento». El artículo de Luigi Longo aparecía en los periódicos italianos el día 1 de mayo; pero desde dos días antes se habían hecho esa misma pregunta todos los italianos de Trieste. Es famoso que cuando se encontraban dos personas se preguntaban:

—¿Tú che ne pensi? ¿Terra duro o mollera?

Lo que en lenguaje castizo vendría a ser lo siguiente:

—¿Qué piensas? ¿Se mantendrá duro o cantará la gallina?

Nadie olvidaba, sin embargo, que la situación era grave.

Casi a las mismas horas que aparecía el artículo de Longo se reunían, en el número 3 de la vía Capitolina de Trieste, quince hombres: el Ejecutivo del partido. En la calle unos muchachos de la D. C. (Democracia Cristiana) habían pegado unos anuncios en los que se veían, perfectamente recortadas, dos opiniones de los comunistas triestinos en el curso de los últimos años. En la primera se decía: «Para nuestro porvenir votamos la unión con Yugoslavlia» (26 de julio de 1945). La segunda, del 9 de septiembre de 1948, decía: «El Comité Central del partido bolchevique demuestra la política criminal de Tito.» Cuando salieron los encontraron en la calle. Con

la primera además se definía el carácter antifilialiano del partido comunista triestino.

Pero unas horas antes, al mediodía, Vittorio Vidali, que no tiene por costumbre asistir a las recepciones, se había presentado en el palacio del comisario general, el prefecto Palamara, para asistir a la fiesta de la República.

La entrada de Vidali resultó pintoresca. Los periodistas le rodearon, preguntándole nuevas de la «rebelión». El cónsul americano, Mr. Sims, que asistía también a la recepción, solicitó que se lo presentaran. En un rincón del salón, durante un momento, el diplomático y el «capo» triestino conversaron en inglés. En otro momento Vidali se encontró frente a frente con Belihar, director del periódico filoyugoslavo de Trieste. Los dos hombres se miraron un momento. Belihar, malintencionado, le preguntó:

—¿Cómo terminarás?

—Está por ver—contestaba Vidali.

CANTO LA GALLINA

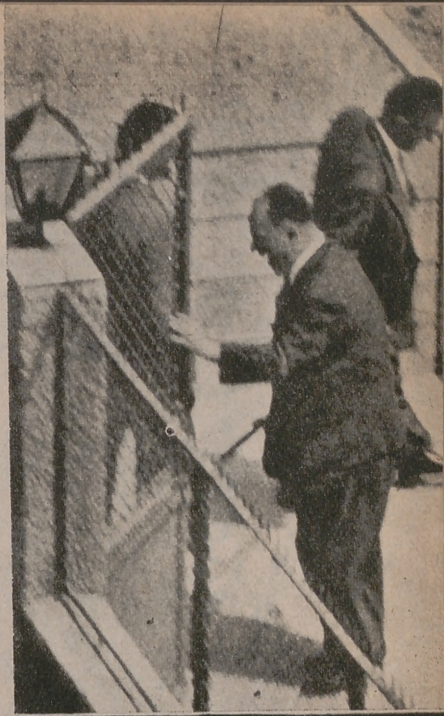
Creo que en esta batalla entre Roma y Trieste el día 2 de junio ha sido importantísimo. Hasta el día antes Togliatti, enfermo de enfermedades nerviosas incurables, no había salido de su casa; pero ese día se presentó en el Quirinal para ofrecer, con Longo, sus respetos al Presidente de la República. Rápidamente se movilizó un tercer hombre. Este tercer hombre, con sempiterna pipa en la boca, es el periodista comunista «Ulisse», cuyo verdadero nombre es David Lajolo.

La tarea de «Ulises» ha sido convencer a Vidali de la necesidad de una rectificación de su artículo de «Il Lavoratore». No se conocen las razones que ha dado «Ulisse», en nombre de Togliatti, a Vidali; el caso es que rápidamente «L'Unità» publicó un repliegue de Vidali. No se trataba de una declaración total de adhesión a las declaraciones de Kruschév; pero no se trataba tampoco de las afirmaciones publicadas por «Il Lavoratore». ¿Es el fin de la controversia?

Es indudable que no. En principio, el caso Trieste tiene que resolverse de una manera terminante. ¿Se hará cargo del partido la Federación de Almedrola? Por lo pronto, «Ulisse», que llegó en un magnífico «Alfa 1600», daba a conocer el segundo «round». Pero el día 6 de junio el editorial de «Il Lavoratore» volvía a poner las cosas en el mismo lugar que el primer día. La declaración a «L'Unità» fue el sábado 4. La nueva hoguera de «Il Lavoratore», el lunes día 6.

LOS SUCESORES

Tres parecen ser las fórmulas para terminar con el caso Trieste. Que el partido comunista italiano se haga cargo del «territorio independiente». Que Eugenio Laurenti sea nombrado director del «Corriere di Trieste» y jefe de la local. O que Carlo Liskovitch, el brazo derecho de Vidali, a quien los humoristas triestinos llaman el «Delfino», pase a ocupar su cargo.



Vidali, con dos de sus ayudantes, abre la puerta del jardín de su casa

De las tres soluciones, Roma parece inclinada por la segunda, que además está de acuerdo con la nueva versión de Moscú. Eugenio Laurenti es considerado como antividaliano y formó parte de los guerrilleros de Tito. Pero, ¿qué se hará de Vidali? ¿Cómo dejar a este hombre peligroso detrás?

LA CRISIS INTERNA DE LA BOTTEGHE OSCURE

Todos los acontecimientos últimos han tenido mal signo para el comunismo italiano. La crisis sindical de la C. G. T., que demuestra que en el Norte, en las grandes zonas industriales, se van perdiendo hombres y puestos de importancia, cristaliza con el fracaso táctico de las elecciones de Sicilia, que han dado el triunfo a la Democracia Cristiana.

Si a esas notas graves se añaden las sucesivas crisis ocurridas en la Botteghe Oscure, la sede del partido en Roma, no quedará más remedio que formar un estado de opinión sobre un verdadero malestar político.

Como coincidencia importante con el caso de Vidali hay que unir los sucesos de Palermo.

Hace unos días el senador comunista Scoccimarro, durante un discurso, se había pronunciado «absolutamente», pidiéndoles, por los comunistas Cucchi y Magnani, fundadores de la Unión Socialista Independiente. El asunto tomó tales proporciones, por su significación (blandura, etcétera), que pasó a convertirse en verdadera noticia para los periódicos. Se dió contraorden desde la Botteghe Oscure, y el senador Scoccimarro, al que habían escuchado millares de personas, rectificó diciendo que jamás había dicho una cosa semejante.

Reciente la rebelión de Secchia, el caso Vidali confronta una irremediable situación interna. Eso es todo por hoy.

LA DIPLOMACIA RUSA COMIENZA A DISPARARSE POR LA CULATA



ALEMANIA SE HA APUNTADO DEFINITIVAMENTE AL LADO DE LOS OCCIDENTALES

ADENAUER, SI VA A MOSCU, IRA «CON TODA LA FAMILIA»

EN el curso de una entrevista concedida por el canciller Adenauer al autor de este trabajo de hoy, y que fué la primera que concedió a un periodista extranjero después de aquellas críticas elecciones del mes de septiembre de 1953, el anciano canciller pronunció poco más o menos estas palabras relativas a Rusia:

—No se puede ser blando con los rusos. Ellos sólo entienden el lenguaje de la fuerza. La política a seguir con ellos tiene que ser una política enérgica, de decisión. No se puede ceder ni un palmo más.

Hace dos años estas palabras eran un punto de partida. Hoy son un punto de llegada. Lo comprendieron así ya entonces norteamericanos y alemanes, y por eso se han entendido tan bien en el terreno de las relaciones internacionales. No se cedió ni un palmo más, y los resultados están a la vista.

Murió Stalin: los Estados Unidos siguieron fabricando cañones. Se registró entonces un cambio teatral en la política rusa. No importa: los Estados Unidos siguieron fabricando cañones. Cayó Beria: los Estados Unidos siguieron fabricando cañones. Cayó Malenkov: los Estados Unidos continuaron fabricando cañones. Y ahora tenemos el «New-



Arriba: Foster Dulles, Eden, Adenauer y Pinay, en el hotel Waldorf Astoria, de Nueva York.—Abajo: Eisenhower estrecha la mano de Adenauer a su llegada a la Casa Blanca

Look» soviético de la neutralización.

No importa: los Estados Unidos siguen fabricando cañones. Siguen armándose y armando al mundo libre, absolutamente indiferentes a los bruscos cambios de decoración de la política soviética. Y reforzando esta sana e inteligente perseverancia en el camino elegido, Washington viene empleando un lenguaje realista y duro, conminatorio, muy poco alentador para los que tengan el propósito de lanzarse a una nueva aventura bélica.

No estaban los rusos acostumbrados a esta táctica ni a este lenguaje. Definitivamente han pasado los tiempos en que una sonrisa de Molotov era recibida en Occidente con un suspiro de alivio o en que un portazo del difunto Vichinsky sumía en graves preocupaciones a las Cancillerías occidentales. Ni las sonrisas, ni los portazos ni las amenazas, ni las promesas consiguie-

ron desviar el objetivo que se habían propuesto los Estados Unidos: incorporar a Alemania al sistema occidental de alianzas, rearmándola. Fueron estériles todos los esfuerzos desesperados que hicieron los rusos para torpedear y hundir los famosos acuerdos de París. La cosa siguió adelante, hasta el final, y bien puede decirse que por primera vez en diez años de posguerra la diplomacia soviética tuvo que replegarse con las manos vacías.

Alemania era la carta más importante que estaba en juego, y Rusia la ha perdido, viéndose obligada a pedir armica. Estamos asistiendo en estos últimos meses a un cambio fundamental en la marcha de las relaciones internacionales. La Unión Soviética ha perdido la iniciativa en el torneo diplomático. Y la ha perdido porque sus iniciati-

vas no nacen ya de su fuerza, sino de su debilidad. Es ella ahora la que tiene que transigir, la que tiene que ceder.

Ceder y no otra cosa ha sido el invitar al canciller austriaco Julius Raab a que fuese a Moscú para ofrecerle en bandeja de plata un tratado de paz que había rehusado a los austriacos durante diez años.

Ceder y no otra cosa ha sido el comerse la humillación de ese ir a Canosa que ha sido el viaje de Bulganin y Krutschev a Belgrado para reconciliarse con el Judas de la Kominform, con el traidor y odiado Tito.

Ceder y no otra cosa ha sido su llamada a las puertas de Adenauer para que también vaya a Moscú. Finalmente, ceder ha sido el aceptar una conferencia de los «Cuatro Grandes» en condiciones que casi pudiéramos llamar leoninas; en condiciones impuestas con «lo tomas o lo dejas» por los Estados Unidos, que Moscú no ha tenido más remedio que acatar.

¿Por qué cede Rusia tanto terreno? Pues la cosa está clara: porque los otros parecen más decididos a actuar que a hablar; porque los otros señores siguen fabricando cañones dispuestos a lo peor aunque en espera de que suceda lo mejor; finalmente, porque a Rusia se le ha reducido casi al límite máximo el margen de seguridad en el que podía moverse agresivamente. Un paso más y tropieza con uno de esos pactos militares occidentales que, al ser «pisados», provocan una reacción en cadena: «Una agresión lanzada contra cualquiera de los abajo firmantes se considerará automáticamente como una agresión contra todos los demás.»

Rusia ha ido demasiado lejos. Ahora sabe que cualquier movimiento en falso puede costarle la vida al artista: una guerra sería su destrucción total. En consecuencia, marcha atrás.

POLÍTICA DE LA «BIG STICK»

Es a esta «marcha atrás» a lo que se ha dado en llamar «New-Lock» de la política soviética. El plan de esta nueva política, ideada al parecer por Krutschev, consiste en establecer en Europa Central un bloque de naciones neutrales que actúen como un almohadón entre el bloque comunista y el bloque anticomunista. La primera fase de realización del plan fué Austria. La segunda, Yugoslavia. La tercera, Alemania. Y ya se habla de que la cuarta podría ser Grecia.

La clave de este plan es, naturalmente, Alemania. Sin ella, un bloque neutral no tiene sentido. Austria y Yugoslavia, por sí solas, son meros peones en el tablero. Alemania es la «dama», y sólo con ella se puede dar jaque mate a la política de los Estados Unidos en Europa.

Y quien dice Alemania dice, al menos por ahora, el canciller Adenauer. La amistad de los americanos, por un lado, y la debilidad de los rusos, por otro, han hecho de este anciano ex alcalde de Colonia, que a los setenta años, cuando todo el mun-



Una reciente foto del canciller Adenauer a su llegada a Washington

do se jubila o está ya jubilado, inició una brillantísima carrera política, el árbitro de la situación mundial, el hombre clave del futuro de Europa. Mala suerte la de los rusos al tener que «seducir» a un hombre durísimo de pelar, inaccesible a las promesas y a las amenazas, partidario —ya lo hemos visto— de emplear el lenguaje de la «big stick», de la gran estaca, y de emplear la misma estaca ya no por vía oral si fuese necesario.

Nosotros esperábamos la invitación a ir a Moscú que le hicieron los rusos; para nosotros no fué una «bomba» ni un «impacto», como lo fué, por lo visto, en las Cancillerías occidentales y en la misma Alemania. Era de prever que, una vez perdida su batalla contra los acuerdos de París y que una vez en marcha el plan de neutralización iniciado con Austria los rusos atacarían por donde más les duele: por el país y por el hombre que, si les fallan, invalida por completo dicho plan.

Hemos de confesar que Moscú eligió muy inteligentemente el momento de cursar la invitación. Sabía perfectamente que el canciller tenía ya hechas las maletas para trasladarse a los Estados Unidos. Sabía también que iba a resultar difícilísimo que Adenauer aplazase este viaje para sustituirlo por el de Moscú. Pero los hombres del Kremlin pensaron: «Esta invitación, en este momento, nos va a dar la medida exacta de la vulnerabilidad del canciller alemán a las ofertas que le hagamos y en las que siempre va envuelta la reunificación de Alemania. Nos dará también la medida exacta de su vulnerabilidad ante la opinión pública y ante la oposición socialdemócrata. Si Adenauer renuncia a su viaje a los Estados Unidos y viene corriendo a Moscú, podemos tener esperanzas de abrir un buen boquete en la amistad entre americanos y alemanes del Oeste. Si se va a Washington entonces la cosa será mucho más larga y problemática.»

«LO TOMAS O LO DEJAS»

Adenauer, sin pensarlo un momento, eligió el camino de Washington, cerrando la puerta sobre las narices de Moscú. Este, una vez más, falló el tiro. Una vez más también—ya nos iremos acostumbrando a ello— las magníficas promesas rusas —nada menos que reconocimiento oficial del Gobierno de Bonn— fueron desdeñadas por un anciano canciller que prefirió irse a orillas del Potomac a charlar con sus amigos Eisenhower y Foster Dulles y a recoger un di-



El Presidente Heuss y el canciller Adenauer

ploma en la Universidad de Harvard.

Y lo que es peor todavía: en los Estados Unidos el canciller alemán, lejos de sentirse muy honrado por las «generosas» ofertas soviéticas, por su graciosa invitación, ha puesto también, «como un Eisenhower cualquiera», sus condiciones, su «do tomas o lo dejas». Entre ellas, ni más ni menos que el no reconocimiento por parte de la Unión Soviética, por parte de sus defraudados anfitriones, de la línea Oder-Neisse como frontera oriental de Alemania.

Estas condiciones puestas por Adenauer indican dos cosas: la primera, que si acude a la cita de Moscú no es para contentarse con vagas promesas sobre vagas cuestiones de relativa importancia; la segunda, que la iniciativa diplomática ha pasado de un salto a manos del canciller alemán.

¿Qué harán los rusos? La frontera Oder-Neisse fué una de tantas desafortunadas secuelas de la conferencia de Yalta. Se propuso esa línea, que nunca fué frontera entre nadie para compensar a Polonia de las pérdidas territoriales que tuvo en beneficio de la Unión Soviética. Según los acuerdos de Yalta, el espacio comprendido entre los ríos Oder y Neisse y la frontera polaca sería administrado por Polonia hasta que el tratado definitivo de paz con Alemania resolviere esta cuestión. Como no hubo tratado de paz, Polonia se ha incorporado de hecho esos territorios radicalmente alemanes.

Este espacio es la tercera Alemania: la primera es la de Bonn; la segunda es la de Pankow; la tercera es la de los territorios administrados por Polonia.

El Oder-Neisse está en el mismo corazón de los alemanes. Cuando en Bonn se habla de la reunificación del país no se piensa solamente en la Alemania del Este, en la República Popular que se gobierna desde Pankow, que es un barrio de Berlín; se piensa también en esos territorios concedidos temporalmente a Polonia. Son, pues, tres y no dos las Alemanías que hay que reunificar, y por eso Adenauer ha planteado esta reivindicación como punto de partida para tomar el avión de Moscú.

Si, ¿Qué harán los rusos? He aquí un grave dilema. Queda dicho que si rechazan esta condición de Adenauer, tienen que despedirse de su plan de neutralización. Pero si no la rechazan, ¿qué va a pasar con los polacos? Estos dirán que los territorios situados al este del Oder-Neisse les fueron «adjudicados» para compensarles de las pérdidas a favor de Rusia, su aliada, su amiga, su «protectora» que suponen nada menos que 200.000 kilómetros cuadrados.

Lógicamente, podrían decirles a los rusos: «Muy bien: Devolvamos a Alemania las tierras tuyas. Pero en ese caso, devolvédnos a nosotros los 200.000 kilómetros cuadrados con que os habéis quedado.» Polonia es hoy un pobre satélite de la Unión Soviética,

dispuesto a decir amén a cuanto Rusia mande. Pero, ¿cuál sería la reacción del pueblo polaco, que existe todavía, y cuál la reacción de los pueblos de los otros satélites, en trance de poner su barba a remojo? ¡Difícil salida, señor Molotov!

ALGO HUELE A PODRIDO EN EL ESTE

Difícil, sí señor. Ya fué difícil hacer pasar a los comunistas alemanes de Pankow por la oferta moscovita de reconocer oficialmente al Gobierno de Bonn, su enemigo, su rival, la cuchilla permanentemente que tienen arimada a la garganta. ¿Qué ocurriría aquel día en Karlhorst? No lo sabemos. Sólo sabemos que la Prensa alemana, al día siguiente, estrenó un «Herr Adenauer» como una casa, en sustitución de los calificativos que habitualmente precedían a su nombre.

¿Qué ocurriría en Varsovia, si Moscú accediese a discutir sobre la línea Oder-Neisse? Si a todo esto, ya de por sí inquietante, añadimos la reacción de los comunistas italianos; sobre todo de los cristinos ante la reconciliación rusoyugoslava. podremos decir que algo comienza a oler a podrido al otro lado del telón de acero.

FRENTE COMUN

A estas alturas estamos ya en situación de afirmar que el «New Look» soviético ha fracasado estrepitosamente en uno de sus objetivos: el de fracturar la unidad entre los occidentales y, sobre todo, la unidad entre Alemania y los Estados Unidos. Lejos de ello, estos dos países han soldado todavía más su amistad y su identidad de puntos de vista.

No habrá, pues, neutralización de Alemania. Para lo bueno o para lo malo, el destino de esta nación se juega ahora al lado de los occidentales, y si Rusia no tiene otra cosa que ofrecer, bien puede envainar su plan y pensar en otro asunto.

Cuando la oferta soviética llegó a Bonn, una parte de la opinión pública y, por supuesto, la oposición socialdemócrata, se pusieron a gritar histéricamente: «¡A Moscú! ¡A Moscú!» El canciller, imperturbable, terminó de hacer sus maletas y se marchó a los Estados Unidos. Y ahora, es esa impaciente parte de la opinión pública, e incluso la oposición socialdemócrata, las que, una vez serenada la cabeza, han comprendido que Adenauer tenía razón y que difiriendo la visita a Moscú no hacía más que arrebatarle a los rusos, con un golpe maestro, la iniciativa en eso de la reunificación de Alemania. Es ésta, ahora, quien pone las condiciones a cambio de mucho, casi de todo; antaño las ponía Rusia, a cambio de nada.

Alemania, como nación vencida y ocupada, no era más que una «geografía muerta» para unos y para otros. Alemania, soberana e independiente, es una potencia mundial capaz de alterar el equilibrio de las fuerzas en presencia. Ese equilibrio lo ha alterado en favor del Occidente y así lo han visto rusos

y norteamericanos; éstos, primero y a tiempo; aquéllos, después y a destiempo, cuando los acuerdos de París tomaban la recta final. En definitiva, el fracaso ruidoso de la C. E. D. despidió a Rusia; no pudo imaginarse los recursos de Europa en materia de inventiva, y menos todavía que la solución había de partir de algo tan innocuo como era el tratado de Bruselas, exhumado por Anthony Eden en el momento más inspirado de su carrera política.

Al día siguiente de recuperar Alemania su plena independencia y soberanía, la Prensa inglesa y la Prensa francesa se preguntaban con recelo: Y ahora, ¿qué hará Alemania; qué hará el canciller Adenauer? Temían que una vez logrados esos supremos objetivos de la independencia y soberanía los alemanes hiciesen una política alemana, pensando solamente en Alemania. La respuesta la ha dado ahora el anciano canciller en Washington: su país está al lado de los occidentales, de una vez y para siempre. El Presidente Eisenhower, más confiado que sus amigos de Londres y de París, al enterarse de que Moscú quería jugar con Adenauer la carta Julius Raab, contestó simplemente: «Estoy seguro de que el canciller será leal a sus compromisos. Podemos confiar en él.»

LA TERCERA VISITA

Ha sido ésta la tercera visita que ha hecho Adenauer a los Estados Unidos. La primera vez, le recibieron con reservas y mucho protocolo. La segunda, apenas trascendió a la Prensa. La tercera, ha valido para sellar una amistad germanonorteamericana que en lo sucesivo gravitará poderosamente sobre las relaciones internacionales.

Alemania, acaba de entrar por la puerta grande de las potencias mundiales de primer orden. Y su anciano canciller, ha sabido ganarse el aprecio y el respeto de quienes un día fueron enemigos de su patria. En el palacio Schaumburg, Adenauer tiene cinco retratos dedicados. Uno es del ex alto comisario norteamericano John J. Mc Cloy y dice así: «A Konrad Adenauer, un arquitecto de la nueva Alemania y de la nueva Europa». Otro, es del arzobispo de París, monseñor Feltin y reza así: «En recuerdo del 12 de mayo de 1953». Un tercero, va firmado por Alcide de Gasperi: «Recuerdo de un fausto encuentro, 15-18 de junio, 1951». El cuarto es de Churchill: «Churchill a Adenauer, con los mejores votos de Churchill». Y finalmente el quinto es de Eisenhower: «A Adenauer, de Dwight D. Eisenhower».

La mejor dedicativa, es la de Mc Cloy. Porque, efectivamente, Adenauer es uno de los arquitectos de la nueva Alemania y de la nueva Europa.

Es, también, el talón de Aquiles de la diplomacia soviética.

M. BLANCO TOBIO

VELOCIDAD: RIESGO Y PROGRESO DE ESTE SIGLO



El último modelo de tren norteamericano de la Union Pacific Railroad's que hace el recorrido Los Angeles-Chicago a más de 200 kilómetros por hora.— Abajo: Casas de la R. A. F. describiendo un «looping» completo

LA catástrofe automovilística del circuito de Le Mans ha centrado el interés del público en el tema de las velocidades mezclada con la cuestión de los reflejos que hacen falta para conducir un bólido a casi 300 kilómetros por hora.

¿Poseía los reflejos imprescindibles Levegh cuando explotó su «Mercedes» sobre la multitud?

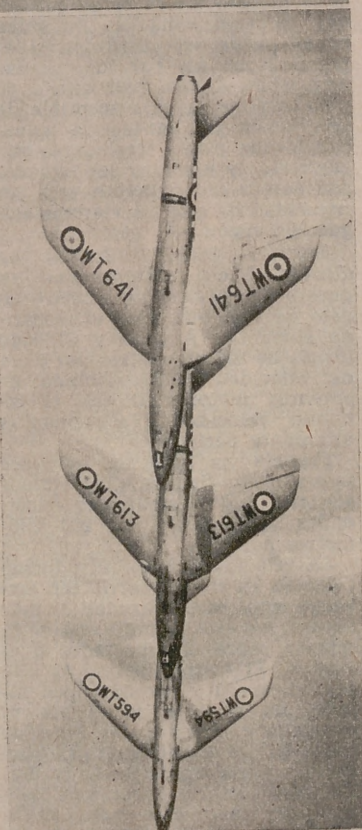
Con motivo de la catástrofe de Le Mans se ha recordado el reciente gesto rapidísimo de Ascari, que demostró la perfección de sus reflejos al desviar sobre las aguas del puerto de Montecarlo su bólido, que iba a estrellarse contra la muchedumbre.

Se ha discutido también sobre si los reflejos pierden elasticidad con los años y si constituye un gran peligro para los espectadores el presenciar el paso de pilotos de bólidos demasiado maduros. Pero todo esto son hipótesis y puntos de vista, ya que el problema es más hondo y hasta más amplio, ya que comprende no solamente el riesgo en el circuito, sino también en la autopista y la carretera.

Las competiciones deportivas automovilísticas influyen en la venta de las grandes marcas. Los «grandes premios» tienen en el aumento de venta la compensación de los gastos de organización, y de ahí que se haya establecido como una especie de carrera de armamentos entre los fabricantes por ver correr su marca a una velocidad que no solamente hace ilegible el número del coche, sino que ni siquiera permite apenas divisar el paso velocísimo del bólido.

Las competiciones deportivas influyen sobre el tráfico normal de carretera, en la venta de las marcas y también en la psicosis

EXITOS Y FRACASOS EN LA CONQUISTA DEL KILOMETRO POR HORA



de la velocidad. Las familias burguesas se deciden a veces a comprar un tipo de automóvil triunfador y potente en las carreras célebres, para salir al campo los domingos.

En Estados Unidos y en otros muchos países se hace una fuerte campaña para evitar los accidentes automovilísticos, que, como se ha dicho muchas veces, ocasionan más víctimas que la misma guerra.

La psicosis mundial de la velocidad va en aumento de año en año, y así es preciso que esa aceleración vaya acompañada de las medidas y mejoras técnicas oportunas para la seguridad del hombre: las señales adecuadas, la potencia y rapidez de los frenos, las luces amarillas en el borde de las autopistas, los tirantes de plástico —última novedad— que sujetan a los viajeros a su asiento como los cinturones que se emplean en la aviación, la pista estriada, la dirección única y la buena educación profesional de los conductores son las medidas que pueden neutralizar un tanto por ciento considerable de los riesgos derivados del aumento de velocidad.

Es evidente que el aumento de la velocidad supone un riesgo máximo para el tráfico terrestre. El apretar demasiado el acelerador de un automóvil es, casi siempre, dirigirse ciegamente al riesgo y al accidente, ya que no solamente pueden fallar los frenos en un momento dado, sino también los «reflejos del conductor».

No es lo mismo conducir un bólido «grand prix» en una competición deportiva, un «Mercedes», un «Ferrari», un «Lancia»... especialmente construido para alcanzar grandes marcas de velo-

cidad, que un automóvil de turismo por una carretera, donde la velocidad se enfrenta con la intensidad de tráfico y los riesgos imprevistos de la ruta.

Aunque no se le pueden exigir al automovilista medio los reflejos nerviosos rapidísimos y la pericia de un Juan Manuel Fangio, sí es preciso que el hombre de la carretera tenga, cuando va al volante, serenidad y nervios sanos.

EL LIMITE DEL CUERPO. LA EXPERIENCIA DEL CORONEL STAPP

La conquista de la velocidad está condicionada por ciertos límites de resistencia del organismo humano que, no obstante, pueden ser rebasados con la adopción de ciertas protecciones.

Y entra aquí en juego un «as» de la velocidad terrestre: el teniente coronel Stapp, médico de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, que ha sido el hombre que se ha desplazado a más velocidad sobre la corteza del globo en 1954. Su récord no perseguía ningún fin deportivo. Ha corrido a más de mil kilómetros por hora, con un propósito muy distinto.

A últimos de diciembre pasado, el teniente coronel Stapp, después de unas pruebas iniciales, se lanzó sobre un extraño vehículo experimental, mezcla de avión reactor y locomotora, sobre raíles e impulsado por cohetes, con el que logró una velocidad de 1.011 kilómetros por hora, en la base experimental de Alamogordo (Nuevo Méjico), que ha sido escenario de tantas pruebas de proyectiles dirigidos y aparatos supersónicos.

Stapp, sin más protección que un casco de plástico —¿para qué le hubiera servido si llega a estrellarse a tal velocidad?— se lanzó en su bólico descubierta para experimentar los efectos de una aceleración de tal magnitud y los del frenazo correspondiente.

EL TREN SE ACERCA A LOS 300, PERO MANTIE- NE LA SEGURIDAD DEL PASAJERO

En el tren, la combinación velocidad-seguridad se ha conseguido bastante bien. Pasa algo semejante a lo que ocurre en el mar. Los modelos de nuevos trenes superveloces son seguros y antes de su puesta en servicio con destino a líneas comerciales han sufrido pruebas teóricas y prácticas que les colocan poco menos que fuera del peligro insensato de la velocidad.

En tres países, principalmente los nuevos modelos de trenes veloces han tomado carta de naturaleza: Estados Unidos, Alemania y Francia. Ello es debido, más que nada a la rectitud y llanura de sus tendidos férreos, que permiten desarrollar enormes velocidades, imposible cuando se tropieza el obstáculo pesado y molesto de las montañas.

El último modelo de tren alemán es el «tren volador». El tren volador es un tren monocarril. Circula por un solo carril, montado en una especie de muro o puente de cemento armado. La estabilidad durante la marcha es

perfecta. Para mantenerla, los vagones tienen una especie de «alforjas» metálicas, que forman un todo con su estructura, las cuales caen a ambos lados de las ruedas y el carril central. Todos los vagones llevan propulsión propia y están hechos de aluminio, lo que les proporciona una ligereza extraordinaria, unido todo ello a que su tamaño es más pequeño que el de las unidades de los ferrocarriles corrientes.

El tren volador, a pesar de desplazarse sobre un solo carril, ofrece más seguridad que los que vienen circulando desde que se inventó este medio de locomoción. Ello se debe a tres razones principales: una, la supresión de las señales «visuales», que han sido sustituidas con un sistema de control automático, bajo la vigilancia del jefe de tren; otra, porque es «casi imposible» que se produzca un descarrilamiento debido a la forma de desplazarse el móvil y a los sistemas de seguridad establecidos en las «alforjas», en las ruedas supletorias y, sobre todo, gracias a la absoluta estabilidad en las curvas. Esto se puede conseguir gracias a la rueda central —más que rueda es un rodillo— que va encajado en el carril.

El tren volador desarrolla una gran velocidad. Más de 300 kilómetros por hora es su velocidad de crucero. Es un espectáculo realmente impresionante verle tomar las curvas con una inclinación superior a los 45 grados. En este tren se han suprimido para los pasajeros toda clase de vaivenes o traqueteos, por medio de un parecido sistema giroscópico que hace conservar a todos ellos siempre la vertical.

Otra ventaja de este modernísimo modelo férreo es su capacidad de transformación. Su única rueda puede ser sustituida si es preciso por un par de ruedas adaptables a cualquier ancho de vía. Igualmente es susceptible de adaptación de llantas de goma, con lo que puede trasladarse por carretera y efectuar los enlaces con aeródromos, puertos, etc., sin necesidad de que los viajeros salgan del vagón.

En los Estados Unidos, la «Union Pacific Railroad's» ha puesto en servicio un nuevo modelo de tren que hace el recorrido entre Los Angeles y Chicago a más de 200 kilómetros por hora de velocidad media. Dotado de potentes motores Diesel, el binomio velocidad y seguridad es altamente perfecto.

Francia ha probado, no hace mucho, un tipo de locomotora eléctrica que ha alcanzado velocidades superiores a los 250 kilómetros por hora.

La velocidad se ha introducido también en el ferrocarril. Sin embargo, aquí esta velocidad es más segura; no está el fantasma de la muerte sobre el espectador o el viajero. El tren, silbando el aire por su nuevo y aerodinámico diseño, no se sale de la vía ni atropella a espectadores. Sólo los fallos de los guardaguasas pueden desencadenar una catástrofe. Fallos que, por otra parte, van cada vez desapareciendo más en la medida que se han sustituido las

señales por equipos enteros de control automático.

DEL «NAUTILUS» DEL CAPITAN NEMO AL «NAUTILUS ATOMICO»

Desde luego en el agua, la conquista de la velocidad no presenta ni mucho menos los peligros que en la tierra o en el aire. Al menos para lo que suele llamarse «la población civil». El líquido elemento es temible por sus tempestades, por sus galernas, por sus tifones, por sus nieblas, por los icebergs... Por muchas cosas, entre las que no suele contarse, salvo excepción, la velocidad. Pese a que también, aunque de modo más lento, se ha avanzado mucho en la conquista de la velocidad en el mar. Media un largo camino de adelantos de la época en que solamente se conocía el submarino fantástico del capitán Nemo, el profético «Nautilus» de Julio Verne, que recorrió las veinte mil leguas de viaje submarino, y estos días nuestros, en los que es ya una realidad el submarino atómico, bautizado con el mismo nombre que hizo célebre su imaginario antecesor: «Nautilus». Media un verdadero mar de progreso entre los primeros barcos de motor que cruzaron el Atlántico y los modernos trasatlánticos, «los cinta azul», que transportan carga y pasajeros de Europa a Norteamérica en menos de una semana.

Pero siempre en el mar los hombres se mueven con mayor sensatez. Salvo alguna competición deportiva, todas las demás experiencias, todos los restantes ensayos, todas las últimas novedades y adelantos no se centran necesaria y únicamente en la pura y simple finalidad de ir más aprisa. Cuentan también otros factores: la autonomía de acción, la mayor capacidad de maniobra, etc.

Y si no hubiera sido porque detrás de todo ello asomaba la oreja el espectro de la guerra, habría resultado plenamente confortador leer las informaciones que saludaron las pruebas del atómico «Nautilus»:

«Los problemas planteados para llegar a construir esta primera nave atómica han sido perfectamente resueltos, según demuestran las pruebas de servicios realizadas; sus órganos delicados, contruidos con circonio, nuevo metal...»

«La magnífica nave ha costado alrededor de 2.000 millones de pesetas, considerando solamente el submarino propiamente dicho. Y 5.200 millones si se incluye el coste del motor atómico experimental.»

«La tripulación dispone de camas con colchones de espuma de caucho y luz y ventilación individuales. El submarino dispone de una máquina tocadiscos, aparatos de radio y televisión, y una sala de cine capaz para 52 espectadores.»

Y así, datos técnicos, características de confortabilidad y su mayor velocidad mencionada entre un montón de particularidades, sin dedicarle una atención preferente. Lo único lamentable entre tanto progreso es que tal

ensayo no quedará circunscrito a las acciones de paz aunque este nuevo método de propulsión de naves signifique, sin duda un paso decisivo en la utilización pacífica de la energía atómica.

Como el progreso no se detiene, se anuncian para el año 1962 las flotas atómicas. Y en los Estados Unidos ha navegado ya un submarino de tipo nuevo, el «Albacore», de forma semejante a un cetáceo, que, según las referencias comunicadas al público es aún más veloz que el «Nautilus» atómico.

En el agua el peligro de la velocidad aparece, como decíamos al principio, cuando se persigue la velocidad como un fin en sí misma. El caso de Mario Verga es aleccionador. Intentar un récord de velocidad motonáutica le costó la vida.

Poseía el récord mundial de bólidos de 500 kilogramos de peso y el récord italiano de los 800 kilos.

La muerte le llegó sobre el bolido acuático «Laura III», que había sido bautizado así en homenaje a Laura, la hija única del campeónísimo.

El bolido de Mario Verga era digno del «Pájaro Azul», de sir Malcolm Campbell; del «Crusader», de John Cobb; de «Miss América» de Gar Wood, y de la «Miss England», de Kaye Don. Estaba dotado de dos motores «Alfa Romeo» de 1.500 c. c. y 800 caballos de fuerza cada uno y poseía un timón de cola de fuselaje aeronáutico.

Este bolido acuático estaba pensado y construido para batir la marca mundial de velocidad sobre el agua.

Mario Verga llevó su bolido al lago Iseo, en Italia del norte, a unos 90 kilómetros de Milán y durante mes y medio se puso a realizar pruebas con su potente «tragamillas».

El 9 de octubre pasado fué el día que el campeónísimo escogió para la prueba definitiva.

A primeras horas de la mañana Mario echó a andar los dos motores, emprendiendo con su bolido una alucinante carrera que marcó en el lago una estela de espumas. Había gente en la orilla que seguía con interés los saltos del aparato. Cuando todo parecía marchar bien, el bolido da un gran salto sobre el agua, y pica de morro, en medio de una gran explosión que el eco llevó por las montañas. Después de dos horas de búsqueda se pudo encontrar el bolido sumergido, en cuya cabina estaba aprisionado y muerto Mario Verga.

Y ya se ha empezado a hablar, a discutir y a hacer cábalas sobre la existencia de una «barrera del agua».

DESINTEGRACION EN PLENO VUELO

También los aviones tienen su historia negra. La conquista por la velocidad aérea ha sido pagada con el tributo de muchas vidas humanas. Y de los nuevos modelos de aeroplanos, los aviones a reacción han ocupado la primacía.

Los aviones a reacción alcanzan velocidades superiores a



1.200 kilómetros por hora; es decir, mayores que la velocidad de propagación del sonido en el aire, que es de unos 340 metros por segundo. Los vuelos supersónicos han obligado a la resolución de problemas técnicos que antes eran totalmente desconocidos. A tales velocidades de marcha, el aire, aun el más enrarecido, se comprime delante del avión, creando dificultades de estabilidad, con el fenómeno reflejo de presiones y velocidades de desplazamiento, que no parecen ser uniformes en todas las partes del aparato. A consecuencia de estos fenómenos, en 1952 un avión a reacción se desintegró en pleno vuelo en Farnborough (Inglaterra). Como solución al problema aparecieron las alas en delta, que aminoran aquel efecto.

A los 15 kilómetros de altura, que es la zona de vuelo de los aviones a reacción, las condiciones físicas de los pilotos ya no se mantienen íntegramente; existen una serie de anormalidades que llevan incluso a la paralización fisiológica del piloto. Por ello, los técnicos aeronáuticos están concentrando todos sus esfuerzos teóricos en la sustitución de pilotos-hombre por pilotos automáticos, con lo que los aviones en el futuro próximo serán total y absolutamente teledirigidos.

Los pilotos de prueba son los hombres a los que esta fiebre por la velocidad en el aire, les ha producido consecuencias más dolorosas y en mayor número. Ahí está el caso del piloto inglés teniente O. Bronfield. El 21 de junio de 1951 ensayaba el último modelo de aparato a reacción salido de las fábricas inglesas. «Durante diez minutos volaba describiendo círculos sobre la pista de aterrizaje —contaba un festivo presencial—. Se le vió prepa-

rando el descenso, y a 60 metros de altura pareció poco propicio al aterrizaje. De pronto emprendió una subida vertiginosa y tuvimos la impresión de que el motor se paraba. Vimos con terror romperse el aparato, y empezaron a llover sobre el terreno trozos de metal incandescente, obligándonos a todos los presentes a huir. De vuelta a la pista ardía la cola. A 200 metros, el cuerpo destrozado del piloto se calcinaba. Un motor había caído a una distancia de 1.500 metros de la cola.»

En el terreno comercial, la mayor contribución trágica a esta superación de la velocidad aérea está en la historia terrible y luctuosa de los «Comet». El «Comet» es el avión de propulsión a chorro más grande del mundo para el transporte de viajeros. El 10 de enero de 1954, el «Comet I» despegaba del aeropuerto romano de Ciampino para cubrir el trayecto que le faltaba hasta Londres. Comenzó a subir con la rapidez característica de los aparatos de propulsión a chorro; al llegar a los 8.000 metros de altura, el radiotelegrafista lanzó un mensaje comunicando su situación normal y el propósito de alcanzar los 12.000 metros. A los pocos momentos el avión hacia explosión y caía al mar frente a la isla de Elba hecho pedazos. Unos meses más tarde, el 8 de abril de 1954, el «Comet II» salía del aeropuerto de Roma con destino a Egipto. Igualmente el telegrafista comunicó estar subiendo hacia los 10.000 metros. Luego el avión caía al mar cerca de las islas Lipari, en el Mediterráneo. Motivo: Se producía una «fatiga del metal» por la altura. Resultado: Prohibición del Gobierno inglés para la utilización de estas aeronaves en las líneas comerciales.

No es bastante. Todavía el 17 de julio del año pasado, el «Victor», bombardero atómico inglés, capaz de volar a 17.000 metros de altura, a una velocidad de cerca de 2.000 kilómetros por hora, corría igual suerte.

Tres ejemplos estos que indican la pérdida de vidas humanas en el capítulo ingrátido de la velocidad aérea.

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

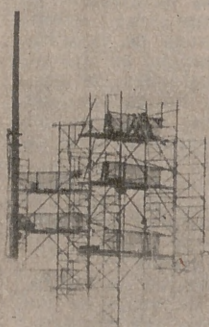
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

VELOCIDAD: RIESGO Y PROGRESO DE ESTE SIGLO

El V-2 disparado recientemente en Florida (Estados Unidos), que alcanzó una altura de 48 kilómetros. Derecha: estas seis fotos revelan el efecto de la aceleración positiva y negativa sobre el doctor Staap cuando iba en su trineo, movido por cohetes, a más de 500 kilómetros por hora. Abajo: el «Matador», nuevo caza supersónico de las Fuerzas Aéreas norteamericanas para la defensa de Europa



EL CÁNCER DEL VERTIGO
NUEVA ENFERMEDAD DEL
HOMBRE EN LA TIERRA
EL MAR Y EL AIRE

ÉXITOS Y FRACASOS EN LA CONQUISTA DEL KILOMETRO POR HORA

